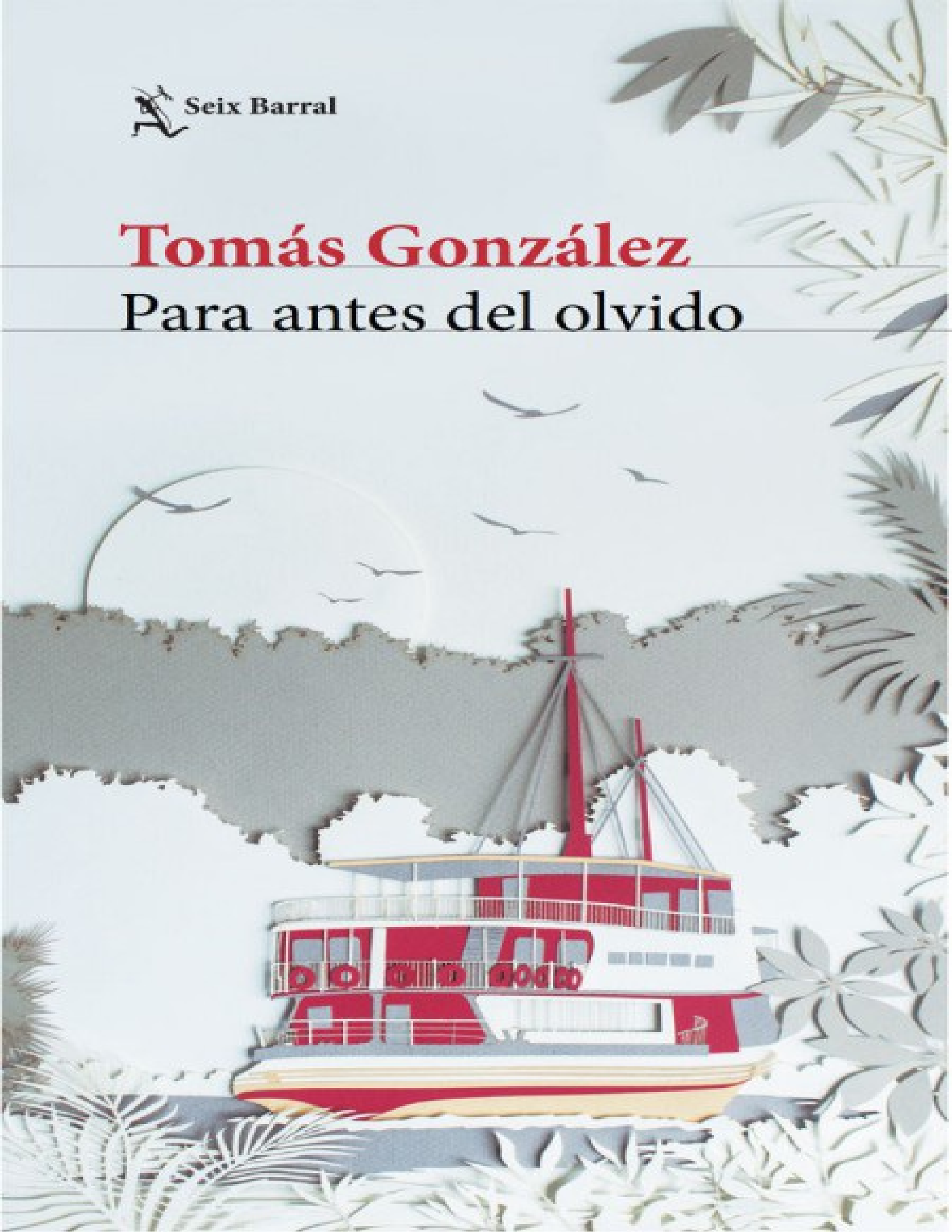


 Seix Barral

Tomás González

Para antes del olvido





Seix Barral Biblioteca Breve

Tomás González

Para antes del olvido

Diseño colección: Josep Bagà Associats

© Tomás González, 1987

© Edición revisada por el autor, 2014

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5755-0

ISBN 10: 958-42-5755-2

Primera edición: abril de 2017

Impreso por

Desarrollo E-pub

Digitrans Media Services LLP

INDIA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*A la memoria del fotógrafo
Melitón Rodríguez*

Quiero agradecer a la familia de Alfonso González Ochoa el que me haya proporcionado los diarios que me ayudaron a crear esta ficción. A través de sus ojos jóvenes logré crearme la ilusión de regresar en el tiempo y aun la de ganarle a la muerte.

*El hombre nacido de mujer tiene una corta vida,
toda llena de alegrías y miserias. Llega,
brilla un instante y después es cortado como si
fuera una flor; pasa como si fuera una sombra
y nunca permanece en el mismo estado.*

SEGÚN JOB 14, 1-2

ENVIGADO, 1977

Josefina, acostada en su cama, recuerda con vivacidad la remota imagen de tres sauces altos mecidos casi por la luz del sol —porque viento no había — balanceándose por siempre en aquella lejana tarde, cuando él la besó bajo su sombra. De Honda le llegaría después un poema en el que se hablaba de un pomar y se mencionaban unas rosas que no hubo. Josefina tiene aún en su boca el recuerdo de su propia boca joven, y el eco de su corazón joven todavía está en su corazón.

Recuerda que esa misma noche Matilde, la que trabajaba en la casa de su tía Pastora, madre de Alfonso, vino a despertarla.

—¡Despertate, Fina, que va a nacer! —se oyó su voz por la ventana.

El ternero salió del vientre profundo de la vaca soltando vapor al amanecer, enclenque y tierno. Más tarde Josefina pondría la oreja en sus narices para que le resoplara en el oído y sentir un delicioso escalofrío.

Una cópula de gatos aguerrida e inhumana estalla en el tejado. Josefina, acostada en su cama, siente sed y tristeza. Alarga un brazo flaco y pecoso, toma un vaso de la mesa de noche y bebe con dificultad un agua que le sabe a estaño. Los gatos aúllan, escupen, se dispersan y dejan espacio al silencio en cuyo fondo, como un sedimento constante, se distingue el chirrido de los grillos. Es de noche. Siente frío. Se sube la cobija hasta el cuello y sigue mirando hacia el techo, donde no ve nada porque está oscuro. Se oye pasar un camión estrepitoso por la calle. Josefina recuerda el entierro de su padre, las coronas, la bóveda, el palustre. Eladio le dijo que ella iba a morirse fácil, porque tenía no se qué en el corazón.

—No sabes cómo te envidio, vieja —dijo también.

Bebe otra vez agua que le sabe a estaño. Le gustaban las pasas que guardaba debajo de la almohada para que Maruja no se las llevara. Pero una vez se le atragantaron y ya no quiso comer más. Coladas de avena casi siempre ahora, o sopas de pajarilla, viscosas, malolientes. «Quiero que el Señor me lleve ya. Soy un inútil bulto de carne en este mundo». Lloro en silencio un llanto abundante y cálido que corre y corre en la oscuridad hasta

que Josefina olvida la causa de su llanto. Se duerme entonces. Altos sauces mecidos casi por la luz del sol porque viento no había.

Tres besos en la boca y uno en la mejilla.

ENVIGADO, 1913

Cuando oyó la voz de su madre, Alfonso abrió los ojos. Llevaba ya un rato despierto, esperando a que ella lo llamara y pensando en la tarde anterior, bajo los sauces. Prendió la vela y apareció su cuarto. «Adiós viejos muebles, objetos queridos», pensó. Había una cama sencilla y una mesa, un crucifijo, una bacinilla blanca a medio llenar por sus orines amarillos, algunos libros que no llevaría, dos candeleros, un daguerrotipo de su madre y otro de Daniel, su hermano muerto. «Viejos muebles queridos», pensó, «¿volveré a veros algún día?». «¿Volveré a veros acaso?», corrigió. «¿Volveré acaso a veros?», intentó corregir otra vez, pero la voz de un turpial, afilada y llena de colores, le hizo olvidar su pensamiento.

Salió al patio. Todo estaba oscuro. En la cocina se movía la sombra de su madre, flecos de su pañolón agigantados, agigantado moño atrás de la cabeza, bella aun en la desmesura de su sombra. Hermanas y hermanos menores dormían en los cuartos. El turpial cantaba en la jaula mientras los otros pájaros se tiraban del trapecio a la lata y de la lata al trapecio. Resopló un caballo. «Dulce quietud del lar querido», pensó Alfonso.

Su madre lo miraba mientras el humo del chocolate le cubría la cara; lo miraba mientras mordía la arepa, que sostenía en las palmas como un niño.

—¿Le traigo más chocolate, niño Alfonso? —preguntó la menuda Matilde con voz dulce, un poco plañidera.

Su padre, lejanamente cariñoso, le dio unas palmadas rápidas en el hombro y le dijo que se cuidara. Alfonso metió el pie izquierdo en el estribo, tiró su larga pierna sobre la montura y se aplomó en la silla. El caballo reculó cuando las riendas se tensaron. La mula con el baúl estaba atrás, gruesa e indiferente.

«¿Hay acaso algo más triste que el dolor de una madre?».

Ella se quedó llorando cuando se fueron, su hijo, el caballo y la mula, clop, clop, clop, por las calles vacías. La mula cojeaba un poco y él pensó en hacerla revisar cuando pudiera. La aurora empezaba a aparecer, ambigua, por encima de las montañas oscuras. «Vieja aldea mía, ¿volveré a verte alguna

vez?».

ENVIGADO, 1977

Muchas veces Josefina se duerme y se despierta y parece como si flotara de oscuridad a oscuridad. El sonido del reloj del corredor se fue apagando a lo largo de los años hasta que terminó por esfumarse. El propio reloj de sus deseos se confundió también, y ahora su sed, su vejiga, la fatiga de su estómago marcan horas intempestivas en horarios sin ritmo ni medida. Y aunque ya no le interesan el día ni la hora, Josefina quisiera ver la luz de vez en cuando. «Un chocolate», piensa. Busca bajo su almohada hasta tocar el papel metálico del chocolate; parte un pedazo, se lo pone en la boca y lo deja derretir sobre la lengua.

Sus ojos sólo alcanzan a ver una franja de luz sobre la puerta, débil, imprecisa, luz de luna tal vez, o tal vez luz de algún ambiguo amanecer.

RÍO MAGDALENA, BUQUE ELOÍSA, 1913

Ya estaban más lejos de Puerto Berrío que de La Dorada. El día anterior Alfonso había pasado a caballo por La Quebra en medio de la neblina, metido en un encauchado grueso, bordeando precipicios y repuliendo sonetos de amor. Desde La Quebra pudo ver a Cisneros abajo, iluminado por una bocanada de sol, sus techos de zinc relampagueando entre las montañas difuminadas por la niebla. Con la audacia de sus veintiún años el muchacho alcanzó a compararlos con la plata bruñida. «El pueblo de Cisneros a primera impresión visto desde lejos bañado por la luz solar parece como hecho de plata bruñida debido a que son techadas con zinc todas las casas que lo componen», escribiría luego con letra preciosista, ninguna coma y ortografía libre.

Horas más tarde el tren salía de Cisneros, bufando, pitando y largando vapor. Alfonso, asomado a la ventana como un niño, miró pasar montes vírgenes y rocas escarpadas. El tren paró en Palestina y Caracolí, donde manotadas de niños desnudos, haciendo una alharaca como de loros, salieron corriendo tras los vagones, ofreciendo botellas de cerveza, quesillos...

—¿Desnudos? —interrumpió Virginia Fábregas, hermosa española pasajera del Eloísa.

—Bueno, algunos tenían pantalones cortos —dijo Alfonso.

—¡Vaya! —dijo Virginia Fábregas.

Ya estaban más cerca de La Dorada que de Puerto Berrío. La española se aburría un poco con el relato demasiado pormenorizado que le hacía el muchacho y, oyéndolo a medias, se entretenía mirando las tortugas y los caimanes que se asoleaban en las playas del río. Cuando Alfonso se enfrascó en una extensa y vigorosa descripción del pujante carácter antioqueño, Virginia Fábregas se distrajo admirando los grandes ojos del muchacho y los gestos de sus manos largas y expresivas.

—Me gustan sus ojos, don Alfonso —dijo—. Son del color de la miel.

El vapor subía despacio por el río. Sonaban los pájaros en la selva, pasaban bandadas de garzas blancas en medio de un inmenso atardecer. Alfonso y Virginia Fábregas estaban sentados en la cubierta, mirando hacia el agua. La española era grande y hermosa; tenía manos grandes, ojos grandes, dientes muy blancos y senos grandes y seguramente muy blancos. Era directora de la farándula española que se encontraba en Honda representando comedias picantes, y venía de Puerto Berrío, donde había intentado conseguir un contrato para su grupo. Cuando mencionó el color de la miel se estaba ventilando con un gran abanico florecido que esparcía su delicioso perfume varios metros a la redonda. La mención de la miel no hizo enrojecer a Alfonso; le sonrió a la señora mientras sentía que el perfume le bajaba por los bronquios, se le metía en la sangre y rodaba pesado por el corazón. La descripción del carácter antioqueño se convirtió entonces en una epopeya y sus ojos brillaron más que nunca. Virginia Fábregas suspiró. Cinco guacamayas sobrevolaron el barco.

—Las paralelas de hierro entre Cisneros y Puerto Berrío son un clarísimo exponente de la pujanza y el vigor de nuestro pueblo —dijo Alfonso—. Durante la travesía no dejé de admirar por un instante y con toda la fuerza de mi corazón la férrea voluntad y el espíritu de lucha de los emprendedores hijos de la montaña que supieron labrarlas palmo a palmo sin importarles ni la muerte ni la inclemencia de los elementos.

La señora Fábregas no dijo nada. Se levantó un poco la falda, aplastó un zancudo que de alguna manera había llegado a su pantorrilla suave y se deshizo con un capirotazo del polvoriento y minúsculo cadáver. La visión de su piel silenció a Alfonso. Con ojos soñadores, la sangre golpeándole en el cuello, miró hacia la playa.

—En cada uno de los mojones que señalan los kilómetros del Ferrocarril de Antioquia deberían levantarse monumentos alegóricos a la lucha, al triunfo y al honor, para recordar a las debilitadas generaciones del siglo XX la tenacidad y la fiereza de las viejas generaciones que supieron engrandecer la raza con el trabajo —continuó de un solo envión, mientras Virginia Fábregas lo oía como desde lejos, sus huesos ya muy debilitados por la lujuria del trópico. «Habla bien el mocoso», alcanzó a pensar.

La oscuridad empezaba a meterse entre las cosas. Las nubes arreboladas que habían flotado más allá de la selva se desteñían poco a poco y tomaban colores plomizos. Un pequeño caserío, entrevero de palma y guadua donde alumbraban luces débiles y ladraban perros flacos, pasó como flotando río

abajo. Un intrincado tejido de sensaciones, que se expandían y temblaban como anémonas centuplicadas, flotaba bajo el vestido de Virginia Fábregas, abriéndose y replegándose con dulzura entre el oleaje de su cuerpo. El muchacho había pedido permiso para retirarse un momento y traía ahora una naranja en una mano y una navaja en la otra. Con movimientos precisos descuartizó en segundos al pequeño ser amarillo y le entregó a ella un casco, metódico en su manera de tener levantados los ángulos de la cáscara para facilitar la mordida. Fragancia de naranja. Zumbido de zancudos. Los dientes blancos se llevaron la pulpa y sonrieron.

—¿Me permite que lo invite a mi camarote, don Alfonso? —preguntó Virginia Fábregas—. Estos mosquitos me están comiendo viva. ¡Vaya que son audaces!

Sonaban las aspas al caer al agua. Sonaban las voces de los negros de la tripulación. Sonaba en el oído de Alfonso la respiración dulce y acompasada de Virginia Fábregas, murmullo marino de una carne a la vez dura y blanda que lo rodeaba por completo, penetrándolo y poseyéndolo desde arriba, desde abajo y desde el centro de sí mismo de manera rítmica, espumosa y al parecer interminable. Sonaba en las riberas la inhumana noche selvática. Una hormiga, negra y nítida como una joya, subió por el pie de la señora Fábregas y caminó hasta su alta rodilla; ella separó una mano de las nalgas del muchacho y la aplastó con inconsciencia, lentitud y pasión. Hacía calor. El olor del carbón de piedra que ardía en las calderas se hacía más penetrante durante la noche. El sudor corría por el cuello de los pasajeros que dormían, o trataban de dormir, en los camarotes asfixiantes.

ENVIGADO, 1977

Cuando León comenzó a interesarse por su historia no sabía mucho sobre ella, aparte de que tenía un moño de pelo blanco meticulosamente envuelto tras una cabeza bien formada, voz muy ronca, y había sido —era todavía— feliz e infeliz de un modo que no se alcanzaba a definir con precisión. Durante su infancia, la historia de Josefina había circulado junto con la de Alfonso con persistencia y no demasiada exactitud. En cierto modo era una especie de leyenda o enigma familiar en el que se repetían una y otra vez los hechos escuetos, pero no se avanzaba nunca en la verdadera comprensión de lo ocurrido. Que había sido muy hermosa, que nunca quiso casarse, que la voz se le quedó ronca por la tristeza, fueron detalles repetidos con insistencia hasta casi vaciarlos de sentido y que después, a medida que morían quienes vivieron los hechos de manera directa, empezaban a interesar cada vez menos.

Un día León supo que Josefina podía darle la oportunidad de ver cómo se destejía la última trama de unas formas que tuvieron su floración plena hacía mucho tiempo. Y empezó a visitarla. «Hace muchos años —comenzaría diciendo en sus notas—, pero en este mismo sitio, hubo dos novios. Las fotografías de Rafael Uribe Uribe adornaban las vitrinas de las peluquerías y las boticas, el tren acababa de llegar (o estaba por llegar) y las humaredas industriales aún no habían empezado a oscurecer el cielo. Los cagajones de mula y caballo caían copiosamente por las calles, aromatizando un modo de vida en el que la represión del sexo alargaba los sentimientos hasta volverlos volutas sutiles. Las sombras de las sotanas estaban pegadas a las tapias de las casas, la excomunión era aún temible y el suicidio de los suicidas recalentaba las cabezas de todos los que hubieran leído versos o los hubieran escrito. Esta historia tal vez nada tenga que ver con el suicidio, pero en todo caso tiene que ver con unos versos que decían así:

*Eran las primeras horas del amanecer
una luna de oro, milagrosa
cual rara flor, bruñida en escarlata,*

*deshojaba sus pétalos de plata
en el pomar. Intenso olor de rosa».*

ENVIGADO, 1977

No fue durante las primeras horas del amanecer, sin embargo, ni hubo luna, pomar o rosa alguna. Ella misma se lo dijo dos días después de que él empezara con sus notas.

Esa mañana León salió de su casa y empezó a caminar con el fólter bajo el brazo, evitando pasar frente a las cantinas que bordeaban la plaza de mercado. Si uno pasa frente a las bocas de los cafés casi puede sentir las vaharadas de cigarrillo y orinal venteándole la ropa. Algún borracho de ojos rojos va a mirar al que pasa (recién bañado, la inocencia del sueño todavía fresca en la mirada), y desde su pavorosa lejanía va a balbucear alguna frase irónica e incomprensible. Una vez León se emborrachó en uno de esos cafés y pudo presenciar, a las nueve de la mañana de un domingo soleado en el que había mucho viento, el asesinato rápido, sencillo, de un hombre borracho a manos de otro. Los tiros, la punzante inverosimilitud del hecho, quedaron para siempre en su memoria; también el convencimiento de la fragilidad de la acuosa estructura orgánica del alma.

Cuando Maruja abrió la puerta el perro comenzó a ladrar, furibundo, en el solar.

—Está amarrado —dijo la mujer.

Era bajita, gruesa y antipática. Su pelo, muy negro, se mezclaba con mechones de pelo extraordinariamente blanco. Era abundante, grueso y parecía muy bien enraizado en el cráneo. Se lo cogía atrás en una trenza pequeña y compacta, de apariencia poderosa.

León encontró a Josefina en la cama pasando las pepas del rosario por entre sus dedos secos y pecosos. Como siempre, tuvo que explicarle que era nieto de Pastora y, como siempre, tuvo que decirle que Pastora no podía estar ni bien ni mal, pues había muerto hacía veinticinco años.

—¡Y tan joven que se veía! —dijo la anciana, muy sorprendida—. Dios la tenga en su gloria.

El cuarto olía a Vick Vaporub, a tapia húmeda y a polvorientas baldosas de ladrillo. La oscuridad se iba poniendo espesa a medida que uno se alejaba del

marco de la puerta y se acercaba a la cama. Y sólo después de un rato empezaban a distinguirse el armario oscuro y el gran cuadro del Corazón de Jesús con su corazón reverberando como una mariposa fosforescente en las tinieblas.

Le entregó las chocolatinas.

—No se las vaya a comer todas al tiempo —dijo—. Fíjese que de pronto se le afloja la barriga.

Ella no se comió ninguna —tendría que ofrecerle al muchacho y había el riesgo de que aceptara—. Mejor las metió bajo la almohada con dignidad, y con dignidad alisó el cobertor sobre su pecho y lo miró.

—Estuve leyendo las cartas que me prestó antier —dijo él—. ¿Usted se acuerda dónde quedaba el pomar?

—No fue un pomar.

Cantaron los sinsontes. Un loro insultaba en el solar vecino.

—Fue en un potrero que había arriba de La Salle. Después lo urbanizaron, creo. Había tres árboles grandes. Sauces. ¿Ya le ofrecieron tintico?

—Ya, gracias —mintió él.

—Fue por la tarde y olía a pasto.

—¿No había rosas?

—Olía a pasto. Él estaba muy bien vestido y olía a agua de Colonia.

Cuando Josefina regresó del potrero con la cara colorada por el amor, traía la quemadura de los besos en la boca. Pepa, su madre, estaba esperándola en la casa, gorda, ojos azules, piel rosada. «¿Ya andabas pendejiando otra vez con el mariquita aquel?», preguntó brutal. «Se va mañana», dijo Josefina, como si eso explicara, justificara o sirviera de algo.

—¿Vivían aquí mismo?

—¿Cómo, mijo?

—Que si vivían aquí mismo.

Josefina dijo que sí.

«Era una casa grande —escribiría León— que quedaba a cuatro cuadradas de la plaza de mercado. Pepa era una señora que había vivido toda la vida con el orgullo de unos orígenes vascos claros e incuestionables. Características suyas eran la manera maniática de hacer lavar la carne antes de freírla, el odio por los negros, el odio por todo lo que fuera o pareciera débil, y la habilidad para enemistarse con los miembros de su propia familia. Todos esos rasgos se habían manifestado desde siempre, pero se desarrollaron notablemente después de la muerte de su marido, persona esta delgada y nerviosa, con

inclinación por la lectura, carencia absoluta de prejuicios raciales, afición por el cultivo de extrañas variedades de mandarinos, pasión por la crianza de turpiales y sinsontes, y cierta manía por el silencio. Murió relativamente joven, de un ataque al corazón. Su mujer lo había querido mucho y lo lloró con gran amargura, amargura que fue dejando al descubierto un malgenio espantoso, posiblemente vasco también, que sólo era soportado por su hija, quien no tenía otra alternativa, y por una sirvienta áspera llamada Rosalba, que también tenía unos muy posibles orígenes españoles “puros”, españoles como de peñasco y tierra seca, y que era muy cabecidura y casi tan malgeniada como Pepa misma. A la muerte de su marido, Pepa heredó, además de la casa en la que vivían, un negocio de curtiembres que vendió casi al día siguiente del entierro, y otras dos casas, de cuyo arriendo vivían. También heredó la manía de cuidar los mandarinos, en lo que se comportaba aún más drásticamente que su difunto marido. Cada fruta era cogida de manera individual, dándole vueltas con paciencia hasta desprenderla del pezón que la ataba al árbol. Cualquier precaución era buena con tal de no aporrear tan sensibles estructuras vegetales. El solo pensamiento de que alguien pudiera coger mandarinas estando los árboles calientes la llevaba a paroxismos de furia, y la sola posibilidad de que alguno de sus sobrinos pudiera tumbar las frutas a palazos la llevó a odiarlos intensamente —entre ellos a Alfonso—, y de ahí, por carambola, a enemistarse con todos sus hermanos».

Cuando León dijo que se iba, Josefina se levantó de la cama, huesuda y volátil, y se deslizó despacio a la oscuridad del otro cuarto.

—No se vaya a ir —dijo. Al rato volvió, su cabeza suave emergiendo de las brumas como la de un fantasma, y caminó hacia él—. Tome, para usted —le dijo, poniendo con mucha delicadeza algo frío en sus manos.

León salió del cuarto y afuera las azaleas del patio relampagueaban, los pájaros comían banano en las jaulas. Abrió la mano y una moneda de diez centavos, acuñada en 1949, brilló con fuerza bajo el sol.

—Quedé hecho —comentó entonces, irónico y conmovido—. Aquí digo adiós a la pobreza.

El perro ladraba como un condenado en el solar.

RÍO MAGDALENA, BUQUE ELOÍSA, 1913

Virginia Fábregas, utilizando su propia pluma fuente, superpuso una delicada aunque firme letra ce sobre la ese de aquel amanecer, dejó caer una tilde sobre los pétalos de plata y preguntó:

—¿Y es que tenéis manzanos en Antioquia, vosotros?

—Manzanos, claro —dijo Alfonso—. Pero, si me permite, ¿dónde leyó usted manzanos?

—En tus versos, hombre. ¿Dónde más?

Alfonso vio la palabra pomar encima de la larga uña roja de la señora Fábregas.

—Son unos árboles muy frondosos que dan frutas huecas de semillas grandes y que cuando florecen largan un aroma exquisito —dijo.

—¡Vaya! —exclamó Virginia Fábregas.

Estaban en el comedor del barco. El café con leche del desayuno había resultado tibio y con natas. La señora Fábregas había levantado la nata desmayada de su café y se había limpiado la uña con la servilleta. En ese momento Alfonso desistió de beber el suyo, recibió el cuaderno que le devolvía la española, pasó unas páginas y volvió a entregárselo.

—Este es otro —dijo.

«¡Dios mío!», pensó la señora Fábregas. El poema se titulaba «A mi novia lejana». Cuando la pulida caligrafía del muchacho empezó a resbalar por sus retinas, insistió: «Dios mío, aparta de mí este cáliz».

A MI NOVIA LEJANA

*Y me vine de tu lado como una
golondrina que abandona sus aleros
... o como esos resplandores de luna*

que se mueven en la paz de los senderos.

*Dejé tirada a la vera de un camino
mi vibradora lira. En mis empeños
—en mis manos el bordón del peregrino—
me embarqué con la coorte de mis sueños.*

*El vapor se va alejando lentamente
y es el dulce rumorar de la corriente
como burla dolorosa de mi pena.*

*Yo me pongo a cavilar en las pupilas
de mi novia. Y en lo dulces y tranquilas
las comparo, a mi pesar, al Magdalena.*

La señora Fábregas le acomodó la hache a cohorte y suspiró. Virginia Fábregas había fracasado artísticamente en Salamanca, Valladolid, Toledo, Sevilla, Linares y Madrid, pero desconocía por completo la amargura. Todo en ella era naturalmente indulgente y apacible.

—Muy hermoso —dijo entonces—. De veras que me gusta, créeme.

No había posibilidad de que él no le creyera. El muchacho incluso leyó otra vez el poema, enfocándolo de lejos como una pintura, y entonces, muy serio, cerró el cuaderno y miró a lo lejos. La señora Fábregas lo observaba con curiosidad.

—¿Cuándo lo has escrito? —preguntó.

—Anoche.

—Pero anoche...

—Esta mañana, mejor dicho.

—¿Has salido de mi camarote y te has puesto a escribirlo?

Alfonso no contestó. Miró la inmensa cordillera al frente de él.

—Parece una fortaleza de musgo —dijo, soñador.

—Desde que llegué a este país estoy viendo montañas, Alfonso —dijo Virginia Fábregas con blanda impaciencia—. Y tú, que naciste en él, parece como si ahora vieras la primera.

—Supongo que usted sentirá lo mismo por sus olivares.

La señora Fábregas, riéndose, se miró los pies e hizo el gesto del que trata de empezar desde el principio.

—Mira —dijo—. No creas que estoy tratando de hacerte una escena de celos o algo así. Sé muy bien que lo nuestro fue fugaz; eres demasiado joven para mí y además ya estoy cansada del amor. Sin embargo, soy mujer, ¡y bien curiosa, vamos! ¿Saliste de mi cama y te pusiste a escribirle?

Alfonso, ceñudo, miraba pasar la hirsuta ribera del río.

—Mi amor por Josefina es santo —dijo entonces.

—¡Vaya! —exclamó, divertida, Virginia Fábregas—. ¡Si sigues como vas te canonizan, hombre!

Un marinero negro, sin camisa y completamente cubierto de sudor, cruzó por el comedor y miró con disimulo a la opulenta señora. La española partió un pedazo de pan, le puso una inundación de mantequilla y lo integró a su cuerpo con un hermoso resplandor de dientes.

A pesar de que no estaba enamorado, Alfonso hubiera preferido que la señora Fábregas perdiera un poco el apetito. Había algo ofensivo en la tranquila entereza con la que aquella mujer aceptaba el poco espacio que él ocupaba en su corazón. En el diario, inmediatamente después de los poemas a Josefina, el muchacho, con su peculiar ortografía, haría una somera descripción de su encuentro con la actriz. «En el vapor —escribiría— trabé muy buenas relaciones con la directora de la farándula de Virginia Fábregas, del mismo nombre, que me permitieron observar en ella una rara deferencia por Antioquia y los antioqueños y un deseo particular de conocer Medellín. Me presenté como periodista montañés, y desde luego gastó para conmigo las mejores atenciones. ¡Muy natural! Deseaba ir a Antioquia, y para los cómicos —como para los jesuitas— la patria está donde se vive bien. En palabras de cómicos yo no me fio: ¡Son siempre demasiado cómicas!».

Con este lacónico recuento, y en especial con la última frase, que él creía profundamente mordaz y definitiva, supo Alfonso vengarse de la bondadosa burla de Virginia Fábregas. Al fin y al cabo su orgullo estaba en juego. Sin embargo, el total de la aventura le llenaba el corazón de agradecimiento y ternura. Alfonso había nacido con un instinto rápido para valorar a las mujeres, y sabía que lo que había disfrutado, su inmersión profunda en aquella poderosa femineidad, era un regalo del destino. «Un regalo de los dioses», habría dicho él mismo, con aquel paganismo poético que poco a poco iba ganando espacio al lado de su catolicismo ancestral.

A las doce del día los tripulantes amarraron el Eloísa a un humilde muelle de La Dorada. Había, como en todas partes, niños flacos de apariencia palúdica, tiendas mal surtidas y cierto olor a podrido. Caía un sol salvaje que

pesaba contra la sombrilla de seda de la actriz. Alfonso y Virginia Fábregas caminaron, casi flotaron, en el calor hasta la estación del tren, donde picachos de vapor blanco salían de la locomotora y se disolvían en el ardiente mediodía.

Una vez sentados en el cómodo vagón de primera se sintieron por un momento felices. Sin embargo, a pesar del ajetreo, falsos arranques, marchas y contramarchas, el tren no se decidía a partir. El perfume caliente que la señora Fábregas removía de su pecho con el abanico aletargó a Alfonso, que cayó dormido en el ancho regazo de la actriz. Más tarde un pasajero abrió un huevo duro y su aroma, hediondo y tropical, se mezcló con el de la española y le inundó el sueño con hálitos de pantano, flores corruptas e imágenes de iguanas y caimanes. Despertaría horas después despeinado, sin sombrero y con la cara arrugada y llena de sudor. El tren estaba en Honda.

Alfonso y la señora Fábregas se alojaron en el Hotel América, donde se hospedaba el resto de la farándula. Los actores vieron entrar a Virginia con un jovencito alto, de frente amplia, muy seguro de sí mismo. Las actrices menores cuchichearon. Virginia Fábregas lo presentó como periodista montañés, y las actrices, con cierto revuelo, pues conocían a su directora, comentaron sin rodeos la impresión que les daba el muchacho. Se oyeron expresiones con acento de ultramar: «¡Pero qué guapo está!». «¡Vaya, que Virginia se las trae!». «Pero mira, ¡sí podría ser su madre!», pero Alfonso no tambaleó ante el cerrado examen. Con movimientos de hombre de mundo hizo su reservación, se despidió de la Compañía y subió con la maleta a la habitación. Llevaba en el bolsillo un boleto de cortesía para la función de la noche.

La representación se llevó a cabo en un teatro caliente que olía a polvo y madera. Cuando aparecieron las primeras actrices, el pueblo, que estaba agolpado atrás, en el gallinero, se puso obsceno y gritón e hizo reventar una pequeña pelea a botellazos que la policía debió aplacar con alguna violencia. Alguien soltó un chiste en voz alta y el teatro entero se rió. Todo finalmente se calmó y comenzó la obra.

Se trataba de un abigarrado nudo de cornudos, amantes en armarios, mujeres de casco flojo, y rápido humor ibérico que rebotaba de un actor a otro, chispeante e incomprensible. El público se rebullía cuando resplandecía un escote o relampagueaba una pierna, de resto se la pasaba cruzando y descruzando sus propias piernas y pescando comida del fondo de cucuruchos de papel. Alfonso estaba sentado en un pequeño palco que crujía como un velero desvencijado al menor movimiento. Una cucaracha, nacarada y

perfecta, cruzó por la deslustrada baranda y se perdió en la polvorosa oscuridad de la cortina. Alfonso trató de concentrarse en la obra, pero la cabeza se le iba para otras partes; pensaba en Josefina, pensaba en las cartas de recomendación que traía en la maleta, trataba de construir mentalmente lo que sería su entrevista con el doctor Restrepo, para quien traía una carta que le dio el gobernador de Antioquia, amigo de su padre. Se veía a sí mismo conversando sobre difíciles temas políticos y diciendo frases que deslumbraban al viejo estadista —sobre todo viniendo de una mente tan joven—, e incluso logró construir frases enteras donde él, Alfonso, combinaba el pensamiento profundo con el calambur afortunado, logrando que al Presidente le brillaran los ojos con simpatía y malicia.

Abajo, entretanto, la señora Fábregas actuaba con fuerza y desesperanza. Era la única persona de la Compañía que había logrado arrancarle al público sinceras carcajadas. Cuando trató de esconder a su amante, pequeño como un coleóptero, bajo sus enaguas, el público, a pesar del calor, había logrado entusiasmarse; también cuando persiguió a su corpulento marido con un sartén de hierro. Pero era imposible que estuviera en todas las escenas, y una vez que la señora Fábregas salía de las tablas el público se deshuesaba y caía en la apatía.

De un modo u otro la obra trabajó su camino hasta el final. Después de la última escena —una reconciliación— se oyeron aplausos difíciles y la Compañía se retiró. Alfonso había inclinado la cabeza desde el palco y la señora Fábregas le había respondido con una sonrisa. «Estuviste magnífica», le dijo más tarde en el restaurante del hotel, donde les sirvieron un filet mignon repleto de cominos.

Al día siguiente visitó las redacciones de los periódicos *Luciérnagas* e *Informaciones*. Sus directores, no mucho mayores que Alfonso, lo recibieron con profunda seriedad. «Fui recibido como un verdadero Intelectual o un meritorio representante de la prensa», escribiría. El director del *Luciérnagas* lo acompañó a la redacción de *Informaciones*, donde tomaron café y hablaron de poesía y de política. Después salieron a visitar el puente Navarro, en algo que por momentos pasó de seria reunión de intelectuales a fresco paseo juvenil.

—Ciento veinte mil pesos hace once años —dijo el director del *Luciérnagas*.

—¡No charlés! —dijo Alfonso.

—En cinco años el señor Navarro lo libró. ¡Y el gobierno le había dado el

privilegio de explotarlo durante veinte lustros!

—¡No seamos tan pendejos! —dijo Alfonso.

Su asombro no era tanto por la buena suerte del señor Navarro como por el puente colgante mismo. Parecía que hubiera salido de la selva espesa, saltado sobre el río turbulento y caído otra vez sobre la selva espesa. Si a los directores del *Luciérnagas* y del *Informaciones* les había caído bien este antioqueño sereno y amable, ahora, viéndolo tan admirado por una obra que a pesar del señor Navarro consideraban como propia, le tuvieron verdadero cariño. De vuelta a la ciudad lo instaron repetidamente a que colaborara en sus periódicos con «algo», con «cualquier cosa», y esa misma noche Alfonso le entregó a uno el poema compuesto a bordo del Eloísa, y al otro un artículo pequeño, ya publicado en Medellín, donde se hablaba de muchas cosas, entre ellas los ferrocarriles y el Progreso. El artículo debió ser retocado y aumentado a fin de hablar del puente, mencionar su belleza sobria y apolínea, y terminar diciendo que era el tipo de obras que necesitaba la República para salir de su atraso campesino y navegar viento en popa con los aires del Progreso Técnico que barrían al planeta de un extremo a otro en esta vertiginosa y deslumbrante primera mitad del Siglo Veinte. Algunas contradicciones —al principio, por ejemplo, se alaba el modo pastoril y simple de nuestros abuelos antioqueños— fueron olvidadas entre la abigarrada poesía épica del texto. Se publicó al día siguiente, cuando Alfonso ya iba en el tren rumbo a Beltrán. Y el poema a Josefina salió tres días después en la tercera página del *Informaciones* —Alfonso estaba ya en Bogotá—, entre una Oda al Libertador y la propaganda de un vermífugo.

ENVIGADO, 1977

Josefina, acostada en su cama, intuye por el olor del aire que afuera está lloviendo. Después, cuando sabe ya que está lloviendo, trata de encontrar el remoto ruido del agua en el tejado, su rumor en los bajantes. Unas veces lo encuentra y otras lo imagina. A veces se duerme, cansada de buscarlo, y sueña con ríos y quebradas vividas por su piel en tiempos idos y ahora pobladas de bagres bigotudos y malignos. Rocas con musgo donde el frío acecha y presencia incomprensible de gente que nunca ha conocido. Es frecuente que busque entonces, como quien busca el origen de algún río, el sitio donde la espera el eterno descanso de sus huesos. Se lastima las rodillas en las piedras, el frío la entristece, sube entre neblinas y lunas azulosas por laderas, se interna en cafetales espesos y borrosos donde el frío y la humedad la martirizan. Encuentra la casa, los secaderos de café, perros que miran, el cuarto donde los costales vacíos se amontonan en el piso. Se mete en el fique buscando el calor y el descanso, y ya dormida vuelve a dormirse entre el tejido rasposo que, más que alejar, atrae el frío y la humedad. Se despierta entonces del sueño de su sueño sin haber logrado un poco de paz o de reposo. Y de nuevo está en quebradas musgosas y agresivas, muy lejos del sitio silencioso donde podría dormir sin caer en otro sueño y sin perderse en otro laberinto. Lloro angustiada. Se despierta entonces.

Está sentada en la bacinilla. Maruja entra con el caldo y la encuentra ahí, con la barbilla hundida en el estómago.

—Esta señorita Josefina siempre es que va a acabar conmigo —dice.

La levanta de los sobacos, la pone de pie y le ayuda a meterse entre las sábanas. La luz que se ve en la puerta no alcanza a penetrar en la oscuridad del cuarto: alumbra intensa y sólida en el marco, pero se queda allí. Por la puerta se oye cantar a los sinsontes.

—¿Llovió anoche? —pregunta Josefina.

—Acaba de escampar.

—Anoche soñé con la finca de mi abuelo, por Fredonia.

—Tómese el caldo —dice Maruja.

—Dormí mal.

—¿Cómo no iba a dormir mal si durmió en la bacinilla?

Josefina sorbe el caldo de la cuchara que sostiene con manos temblorosas y mastica lentamente el corazón de una gallina.

—¿Vino Eladio? —pregunta.

Maruja no contesta.

—Oíste, que si vino Eladio.

—Que no, ya le dije que no. ¿Se quedó sorda?

Y aunque hubiera venido, daba lo mismo. De todas formas Josefina ya lo habría olvidado o, mejor, sumado a las visitas anteriores —y futuras—, cuando el médico la sacaba del cuarto a pesar de sus protestas, violentando dulcemente su terquedad senil y femenina, y la obligaba a caminar por los corredores asoleados donde los sinsontes se movían en sus jaulas con toda la vitalidad del universo, los bananos resplandecían de energía pura, las azaleas irrumpían florecidas en sus ojos acuáticos, reverberaban en el cerebro, entraban en la sangre y bajaban a alegrarle otra vez el viejo corazón. Hablaban entonces de gente que alguna vez habían conocido, de presidentes muertos, de plantas curativas, mientras caminaban despacio sobre las opacas baldosas de ladrillo. El médico la llevaba del codo y la obligaba suavemente a cruzar el contraportón y sus oscurecidos vidrios de colores y a caminar hacia la puerta. Abría los pesados batientes para que la luz se metiera a chorros por el corredor y fuera a reventar contra el verde esmeralda, el rojo vivo, el blanco cremoso de los vidrios. Los automóviles pasaban como ráfagas. La anciana parpadeaba.

—¿Qué se hizo la casa de los Vélez? —preguntaba siempre.

Había sido una casa semejante a la suya. La familia Vélez, deslumbrada por el estilo arquitectónico que algunos años atrás había impuesto líneas horizontales, techos de plancha e inodoros de colores, se sintió avergonzada de sus tejas de barro, sus tapias gruesas y sus baños desapacibles y la vendió para irse a vivir a un apartamento que quedaba sobre una heladería. La pequeña compañía constructora que la compró la hizo caer entonces entre nubes de polvo y vendió sus centenarios portones y ventanas a arquitectos amanerados que las emplazaron en construcciones absurdas y costosas. Y cuando ya tenía el lote pelado, listo para que se emprendiera la construcción de un edificio de seis pisos, la compañía se engarzó en un litigio que le congeló todos los bienes. Durante mucho tiempo el lote se quedaría quieto, lulos de perro creciendo donde antes florecían los naranjos, estiércol humano,

retazos de colchón, pedazos de ladrillo, Kotex, ratas procreando donde antes se enraizaban los icacos. La sorpresa de Josefina ante aquel inmenso hueco era siempre inevitable e intensa.

—La tumbaron, Fina —decía el médico—. El tiempo de nosotros ya se está acabando, vieja.

Entonces se quedaban un rato parados en el umbral, la anciana de ojos cada vez más acuáticos y el médico ya también anciano pero con algo de inmortal en su manera de mantenerse erguido, algo de fantasmal, también, por su sombrero negro, vestido negro, eterna caspa sobre los hombros.

Maruja levanta la bacinilla del piso, camina hasta el solar y vierte en la tierra su dorado contenido. El ceño se le desarruga cuando pasa al lado del perro y le acaricia la cabezota negra. Va hasta un lavadero de cemento donde hay tarros de galletas con enormes begonias florecidas, pone la bacinilla en el suelo y le deja caer un manguerazo. Cejiespesa y compacta, camina entonces con el recipiente de laca blanca y flores azules colgando de una mano y, ya en el corredor, se quita un zapato y aplasta una cucaracha que sube por la tapia. Vuelve a ponerse el zapato, coge el insecto moribundo de una pata y lo entrega por entre los barrotes a un turpial que lo picotea, rápido, y lo integra a su organismo anaranjado. Suenan las campanas de la iglesia. «Misa de diez», piensa Maruja. Se oye un altavoz, a veces claro (anuncia una película), a veces deshilachado por el viento. Maruja se queda un rato de pie, sus grandes ojos cafés mirando sin ver las azaleas, su memoria reconstruyendo la lejana imagen de su abuela, descalza, fumando tabacos malolientes y comentando mordaz los hechos de los hombres.

Cuando llega al cuarto, Josefina está dormida.

ENVIGADO, 1977

Eran dos hermanos, ambos abogados, Javier ejercía en derecho penal y León era demasiado perezoso para ejercer en nada, como no fueran sus propias rarezas y desvaríos. Vivían con su hermana mayor en una casa de tres pisos, no muy lejos de la de Josefina, no muy lejos de la plaza de mercado. Originalmente la casa fue de dos pisos, con una plancha de cemento donde alguna vez León tuvo un gallinero que quebró cuando le subieron el precio al alimento concentrado —hecho que coincidió con su propio hastío por las gallinas—, una conejera que también quebró y un telescopio.

Ninguno de esos proyectos fue, sin embargo, un estricto fracaso. Ciertos anocheceres, cuando León se quedaba largas horas en la terraza leyendo bajo un bombillo que colgaba de un cable, miraba de vez en cuando las orejas y los ojos rojos de sus conejos y así descansaba de letras y de ideas y volvía a hacer contacto con Lo Real; otras veces, mientras se perdía en la maraña de sus pensamientos, el ruido que las gallinas emitían le había traído ráfagas momentáneas del bienestar intestinal que los entendidos conocen como «ser feliz». También el telescopio, aunque muchas veces fue usado para tratar de detallar la actividad vital de las vecinas, supo de vez en cuando realizar su verdadero oficio, enfocando piedras secas en la luna, mirando gallinazos que volaban en el filo de guamos y pomares, y sirviendo de pretexto, en fin, para que los hermanos se quedaran en la terraza tomando cerveza a pico de botella y hablando del ser y de la nada.

La casa fue, pues, originalmente de dos pisos —recién se pasaron de la anterior, derribada hasta los cimientos centenarios por una avenida desabrida y ancha—, pero el abogado penal, una vez sus sueldos se acumularon lo suficiente, construyó un tercer piso en la terraza, abriendo campo para su cada vez más completa biblioteca, sus numerosos discos y sus frecuentes crisis de malgenio. Prefería comprar libros de segunda, mientras más baratos mejor, y los mandaba a empastar en cuero granate y letras doradas. La pasta de lujo resultaba muchísimo más cara que el libro mismo. Eran acomodados en las estanterías por temas y tamaños y de allí se desaparecían a cada rato, no

importaba el tema o el tamaño, para reaparecer días después todos desbaratados, páginas sueltas, notas irónicas al margen y subrayados que parecían trazados en mitad de una borrachera.

—Este h. p. no los lee —decía entonces Javier, refiriéndose a los métodos de lectura de su hermano—. Los roe.

Con paciencia mayor o menor, dependiendo del estado de ánimo en el momento del hallazgo, del aprecio que le tenía al libro y del estado más o menos calamitoso en que le había sido devuelto, Javier cogía el guiñapo literario o filosófico y lo hacía empastar otra vez, no sin antes estudiar cuidadosamente las notas al margen, que siempre dejaba aunque estuvieran a lápiz, y los subrayados, que a veces borraba y repetía con marcador y regla. Cuando el daño había sido demasiado grande o el malgenio andaba en carne viva, Javier podía gastarse algunos pesos haciendo cambiar las cerraduras de la biblioteca o comprando algún baúl con chapa gruesa donde guardaba los libros que apreciaba especialmente. Pero esos eran más bien métodos terapéuticos contra la neurastenia. Días después de cambiados los cerrojos, León encontraba el llavero de la biblioteca sobre el tanque del inodoro o en el poyo de la cocina y, de una manera subrepticia e innecesariamente delictiva que incluso disfrutaba, le hacía sacar duplicados y el ciclo comenzaba de nuevo.

La casa era ahora de tres pisos, pero como la necesidad de terraza ya se había hecho natural en ellos, el techo de la biblioteca —que no podía servir para levantar un cuarto piso, a riesgo de que todo se viniera al suelo— fue acondicionado como mirador, leedero para León y tomadero de cerveza. Había que subir por una frágil escalera de mano que gemía y se meneaba aun bajo el ligero peso de los flacos hermanos, y que por estar apoyada en el estrecho corredor que la construcción de Javier dejó libre hacía pensar en alguna tragedia. León, por ejemplo, viniéndose desde el tercer piso con la escalera en una mano y la botella de cerveza en la otra, aullando en el vacío, rumbo a las cuerdas de electricidad o al techo de uno de los buses que pasaban por abajo todo el día. Cosa que nunca sucedió, por supuesto. No todos sus amigos se atrevían a subir allá y mucho menos a emborracharse arriba. Cierta vez debieron bajar con lazos a uno de ellos, no porque no hubiera podido quedarse arriba durmiendo la borrachera sino porque la gente quería ver si era posible bajarlo con lazos. Y fue posible. El hombre se despertó cuando lo dejaron caer por las gradas mientras lo bajaban del segundo al primer piso, pero no se dio muy duro; miró hacia el techo con ojos

un poco desvariados y volvió a quedarse dormido en espera de que sus amigos lo llevaran de algún modo hasta su casa.

Por lo general la hermana se mantenía en medio de un calmado e inteligente silencio, burlándose a veces con sólo un chispazo de ojos, sonriéndose bastante. Era mucho mayor que ellos y había sido, era todavía, mucho más una madre que una hermana, pues la verdadera madre había muerto cuando estaban muy niños, y el padre poco después. Ella se encargaba del funcionamiento económico de la casa, compraba el mercado, pagaba la luz y dejaba billetes por ahí, sobre la nevera o al lado del teléfono, para que León pudiera comprarse papel, medias y calzoncillos. Problemas de plata no había, realmente, pues el padre había dejado lo suficiente para que los hijos, bajo la serena administración de la hermana, vivieran sin estrecheces. Además, del sueldo de Javier llegaban regularmente ciertos lujos, Lucky Strikes, botellas de vodka, suscripciones de revistas y cosas así, que ella no compraba porque sencillamente no se le pasaba por la cabeza.

Sin embargo, la tolerancia de la hermana, aunque pocos, también tenía sus límites. Una vez, por ejemplo, Javier se trajo a dos de sus clientes, el uno se reía mucho y dejaba ver una encía morada y sin dientes, el otro era moreno, calzaba mocasines y llevaba una camisa negra abierta hasta el ombligo. Democrático hasta el tuétano, Javier los instaló en la sala y comenzó a beber y a oír música con ellos. No se puede decir que los malevos se hayan portado mal ni nada de eso; el que no tenía dientes tendía a reírse mucho y sin motivo y el de los mocasines se puso algo pesado asegurándole a Javier que cuando tuviera algún problema, «necesidad de bajar a alguien», cosas así, no dudara en llamarlo, pero en general se portaron como caballeros e incluso se mostraron un poco tímidos ante la cortesía impecable de la hermana. Se despidieron mucho, dieron mucho las gracias y poco faltó para que le ofrecieran a la hermana bajarse a alguien cuando lo necesitara. Un rato después de que se perdiera el eco de la lúgubre motocicleta que los había traído, ella, sin exaltarse, regañó a Javier de un modo conciso que no admitió réplica, lo que aseguró que en la sala de la casa no se viera nunca más ningún malevo.

Por aquella época León estaba concentrado en un proyecto bastante difícil y se pasaba los días en la terraza, durmiendo y escribiendo. Nunca supo de la visita de los malevos. La obra trataba de un mecánico que viajaba a Estados Unidos, recogía motores de cohete de los cementerios de chatarra y los traía para Colombia, donde los reparaba y los vendía a familias de clase media de

Medellín que querían escapar de la Tierra al borde del cataclismo nuclear, llevándose a las muchachas del servicio y muchos billetes inútiles. La acción transcurría en el Valle de Aburrá en el siglo XXI, y se hacía la descripción, demasiado detallada, por cierto, de otros cohetes hechizos que cruzaban el cielo antioqueño y llenaban el aire con un humo espeso, muy malo para la bilis, según decían las pocas señoras que no se habían ido o extinguido. Todos los animales, incluidas las ratas y los gallinazos, habían desaparecido. El último cura párroco andaba en una sotana harapienta y hedionda, y se la pasaba renegando de Dios y pidiendo comida (un pedazo de vaqueta, la correa de un carriel, lo que fuera) en las pocas casas que quedaban habitadas, de donde era expulsado a pedradas como si fuera un loco molesto y decrépito. León hacía detalladas descripciones de montañas roñosas, quebradas corrosivas que se comían poco a poco sus propias piedras, pomares degenerados cuyas frutas tenían semilla azul y al abrirse soltaban un olor a podrido. Y ciertamente había algo, si no de morboso, al menos de despiadado en la manera como León trataba de inspirarse. Acostumbraba subir a las lomas y mirar el valle desde arriba, concentrándose en imaginarlo tal como habría de ser en doscientos años, la torre de Coltejer negruzca y medio derruida, las montañas como llagadas, y en el aire un vapor plumizo flotando sobre las pocas vidas que quedaban. Sus descripciones tenían cierta belleza mineral y fúnebre. La acción terminaba con la escena del mecánico sacando del cohete por las malas al cura, que se aferraba a la escalerilla en un último y desesperado esfuerzo, mientras el otro le golpeaba los dedos con una varilla. El cohete amarillo y rojo se levantaba entonces de la tierra y el cura se quedaba abajo, carcajeándose con amargura. «¡Marica tan cansón!», comenta el mecánico mientras la nave se eleva entre la humareda negra que la envuelve, cruza la estratósfera y comienza a penetrar en la helada concavidad del universo. En total eran unas quinientas páginas, con descripciones demasiado prolijas y estructuralmente innecesarias que hacían imposible cualquier éxito editorial o existencia editorial alguna.

«Ni siquiera me atrevería a decir que es un fracaso», comentó Javier, quien, sin embargo, empastó la cosa en cuero granate y le puso el título y el nombre de su hermano en letras doradas. «No es que estés adelantado a tu época, yo diría que estás fuera de época, sea la que sea».

León no dijo nada. León tenía orejas grandes, era alto y estrecho de osamenta y caminaba como si le hubieran puesto el pie izquierdo en el tobillo derecho y viceversa. Su fealdad lo había hecho inmune a la vanidad mundana.

Una vez terminado, la calidad del mamotreto lo tenía sin cuidado. Al fin y al cabo había gozado con sus propias gracias y chistes mientras lo escribía, y al fin y al cabo las veces que subió a la montaña y se fumó grandes nubes de marihuana mientras miraba el futuro valle desolado, abajo, había logrado ver, y eso nadie podía quitárselo, la belleza indiferente que rota, flota, se fuga, se pierde, para volverse a encontrar con su propio centro quieto, siempre más allá y al mismo tiempo en la médula de las más complejas construcciones (y destrucciones) humanas e inhumanas.

FERROCARRILES NACIONALES, 1913, RUMBO A BELTRÁN

Pasaban, veloces, cebúes y pastizales. En la estación lo habían despedido la señora Fábregas y Julio Silva, el director del *Luciérnagas*, quien le entregó las cartas de presentación para los poetas Gustavo Rivas y Martín del Castillo, el feliz compositor de «Sor María». Julio Silva era extraordinariamente tímido y la presencia de la exuberante española lo tomó por sorpresa. Sintiendo los huesos un poco trabados, el periodista besó la mano grande que se le tendía, pero nunca supo si se le había tendido para besarla o estrecharla y la confusión lo hizo poner aún más confuso, sucumbiendo a un pequeño vértigo de pánico que le repercutió otra vez en la osamenta y se la atiesó en las junturas. Murmuró algo que tenía que ver con cosas urgentes para despachar, le tendió las cartas a Alfonso, le estrechó la mano a Virginia Fábregas y salió caminando de la estación lo mejor que pudo.

Alfonso y Virginia Fábregas se quedaron solos, sin saber qué decirse. Ella, por hacer algo, le dio la dirección de sus padres en España, donde eventualmente recibiría sus cartas. Los dos sentían, sin embargo, que nunca volverían a verse ni a saber el uno del otro. La señora Fábregas perecería en un accidente férreo cerca de Zaragoza, dos años después, mientras que Alfonso moriría en 1950, en Bogotá, de un fulminante ataque cardíaco. El tren empezó a moverse y Alfonso sacó un pañuelo y lo agitó en la ventanilla. Un perro blanco corrió un rato detrás de los vagones. La señora Fábregas hizo resplandecer su sonrisa en señal de despedida. El tren dejó atrás las casas y ahora corría, rítmico y parejo, entre los amplios pastizales.

Beltrán era un puerto pequeño. El vapor Caribe, amarrado a su frágil y carcomido muelle, parecía más grande que el pueblo mismo, y en todo caso más rico e importante. Era un barco nuevo, de muchos bronces y muchas caobas, y lo mandaba un capitán que parecía también nuevo, llevaba botones dorados en su impecable chaqueta blanca, fumaba una pipa pequeña que olía a dulce de leche y hablaba con un acento costeño suave e incluso un poco lento.

Alfonso había viajado en primera clase en el tren y a bordo del Eloísa, y ahora, para compensar, debía viajar en tercera. Sin embargo, supo caerle bien al capitán, quien le dijo que se hablara con el contador del barco para que le cambiara el pasaje por uno de primera y le entregara las llaves de uno de los camarotes.

Además de Alfonso, viajaban en el barco dos antioqueños que venían de la selva e iban rumbo a la capital de la república, y un millonario sirio. Los antioqueños no quisieron hablar mucho del sitio de donde venían; su parquedad, su aspecto cadavérico, hacían pensar en paludismo, violencia, aserríos infernales. Olían a muerte. Uno de ellos no trataba de disimular la culata del revólver que le asomaba de la cintura. El millonario sirio, aunque tampoco fue demasiado claro en cuanto a sus actividades, era en cambio especialmente alegre y locuaz. Hablaba un español enmalezado e impúdico y por todo lo que decía, por la manera como miraba la selva y el río, se sentía que la luz, las formas del universo lo llenaban de entusiasmo. Todo lo veía y todo lo comentaba. Había viajado mucho. Acodado en la baranda del barco, y con la habilidad de un vendedor de chucherías orientales, desplegó ante Alfonso paisajes y costumbres excitantes que supieron hacer arder en los riñones del muchacho la lujuria por las posibilidades ilimitadas de los viajes. Contó que había conocido varios antioqueños en sus viajes alrededor del mundo. Uno de ellos tenía una hostería en Osaka, Japón, y otro había militado con el grado de teniente en el ejército búlgaro durante la guerra contra Turquía. Y a pesar de lo poco pujantes que se veían los otros dos que viajaban a bordo, Alfonso, esa misma noche y después de despedirse del millonario sirio, escribiría: «¡Salve, pujante y poderosa raza! ¡Antioquia: vuestros hijos en su sed de porvenir se dispersan por todos los rincones del planeta! ¡Y cuántos llegarán, unos a verter su sangre en playas extranjeras por una tierra que no les pertenece, y otros más felices a ser allá, en las perfumadas tierras del país del Sol Naciente, los predilectos de las mejores valkirias y las más bellas odaliscas...!».

Sin embargo, aquella noche Alfonso no soñó con bellas odaliscas ni con imposibles valkirias japonesas. Soñó que estaba en el patio de su casa, por la noche, y sólo se oía el sonido lejano de los grillos. Sentado en una silla de vaqueta esperaba acongojado a que lo que estaba destinado a suceder sucediera. Los campanazos del reloj habían sonado a lo largo de las horas y Alfonso sabía que ya no había escapatoria. No había logrado despertar a nadie. Con los ojos dilatados por el terror vio entonces a su hermano Daniel

que, envuelto en llamas y dando alaridos sin sonido, corría por el corredor hasta desaparecer en una de las tapias. Se oyó otra vez el ruido de los grillos. El reloj volvió a sonar. Alfonso entendió que la eternidad de la agonía era horrorosa y se acurrucó en un matorral caliente, para llorar hasta dormirse.

Despertó de golpe, sintiendo una punzante tristeza en el corazón. Golpeaban las aspas contra el agua. Sonaba el ruido de la noche en las riberas. Su tristeza, ahora que había olvidado por completo lo soñado, resultaba incomprensible. El olor de carbón de piedra que venía de las calderas se había convertido, con la velocidad con que se transmutan las cosas en el trópico, en el olor de la carne tibia de Virginia Fábregas. El recuerdo de la española le recorrió el vientre como una marea fría. «Todo es como un sueño», pensó entonces. «Nuestras vidas pasan como sombras. Pasamos como sombras y somos tronchados como se tronchan las flores», pensó y se detuvo un rato acomodando y recomodando palabras en diferentes frases tristes hasta que se quedó dormido, esta vez con un sueño profundo y sereno.

Al otro día lo despertó la bulla que hacían afuera los de a bordo. Cuando salió, sus ojos todavía algodonosos por el sueño quedaron ciegos bajo la violenta luz del día. El sol reverberaba en los bronce del barco, caía con doloroso esplendor sobre las aguas del río. Entreabriendo los párpados, Alfonso vio pasar las primeras chozas de Girardot. Niños buchones, de pie bajo las ceibas agobiadas por el ruido de las cigarras, miraron pasar el barco con ojos grandes y solemnes. En el momento de despedirse, el capitán recomendó a Alfonso que fuera a visitar las ruinas que había dejado el gran incendio que azotó la ciudad dos meses atrás.

«Populosa, cosmopolita y puramente mercantil», fue la corta descripción que Alfonso hizo de Girardot en la carta que de allí envió a Josefina. La carta dedicaba mucho espacio a expresar el profundo y santo amor que despertaba en su memoria, a describirle la manera como él la recordaba («Tus ojos púdicos, tus decires entrecortados, tus mirares misericordiosos y extraños...») y a mencionar la simpática y selecta gente que había conocido en el barco. De modo que no pudo mencionar el olor a panela que salía a bocanadas de las bodegas, los bultos de mangos que rezumaban su dulzura sobre la tierra repisada, y el atosigue de carretas y mulas estercoladoras que entorpecían las agueridas vías mercantiles del puerto. Más tarde, cuando caminaba ya por las vías céntricas, vio pasar mujeres sentadas en automóviles perseguidos por niños y perros, ellas sonriéndole al viento y dejando atrás la estela de perfumes franceses y largas bufandas de seda. Parejas de novios se sentaban a

conversar en el porche de hoteles elegantes y frescos. Hablaban con el inconfundible acento de la clase alta bogotana, florido y azucarado, y Alfonso los miraba con inconsciente admiración y orgulloso desprecio intelectual. «¡Qué vanos! ¡Qué pequeño es el cerebro de estos sportsmen simpáticos, no hay duda, pero completamente poseídos por la chifladura de la elegancia!», pensó. Sin embargo, fue precisamente en uno de esos hoteles donde se registró y se sentó a gozar de una fría cerveza bávara antes de almorzar.

Ya al atardecer, después de una sudorosa siesta, fue a visitar los lugares del incendio. Seiscientos cincuenta casas habían ardido hasta los cimientos y ahora, a lo largo de muchas cuadras, sólo había pedazos de tapia renegrida, árboles achicharrados y cierto olor a chamusquina. El paisaje era hermoso y sobrecogedor. Parecía como si las llamas hubieran quemado el aire mismo, aniquilando hasta las raíces del sonido y creando un profundo lago de silencio. Ni siquiera los pájaros volaban sobre la tierra quemada. Alfonso se sentó en una piedra. «Me senté en una piedra a contemplar aquel paisaje muerto como si se tratase de uno de los enterradores chaquesperinos que filosofan mientras contemplan una pelada calavera entre las manos».

A las once de la mañana del día siguiente, Alfonso se vio otra vez metido en el vagón de un tren que no se decidía a partir. Era como estar sumergido de nuevo en una eternidad donde las cosas iban y venían de manera caprichosa bajo un calor interminable, absolutamente frágiles y sin embargo inagotables, saliendo sin parar de la amorfa materia pantanosa que había en el subfondo del trópico y que podía compararse, por lo monótona y espantosamente fértil, al chirrido canicular de las cigarras. Alfonso se despertaba, oía las cigarras en los árboles, miraba con párpados de plomo el ajeteo irreal de los andenes y caía otra vez en una modorra pantanosa.

De modo que cuando el viento le golpeó la cara y él abrió los ojos y vio que el tren se movía otra vez entre los frescos pastizales, fue como si regresara de una pequeña muerte.

BOGOTÁ, 1956

El cincel había conmocionado el corredor con su ruido a la vez chillón y retumbante. Durante un corto tiempo, mientras el sepulturero se quitaba el sucio sombrero de paño y enjugaba con un pañuelo viejo su cara terrosa, la palabra «Alfonso» y la fecha de nacimiento, «1893», pudieron sostenerse todavía. Después el hombre volvió a trabajar hasta no dejar más que un roto negro donde sólo se alcanzaba a vislumbrar la vaga presencia de la caja.

Los ladrillos habían caído al corredor con un sonido desagradable y opaco. El día era oscuro y estaba atravesado por un viento helado salpicado de lluvia. La noche anterior el cementerio se había visto alumbrado por los rayos de una tormenta que derribó algunos pinos y tres sauces llorones. Ahora la vegetación se veía marchita y desordenada, pétalos de rosa tirados en las esquinas, ramas delgadas colgando todavía de los árboles entristecidos.

El sepulturero llevaba un vestido de paño raído que incluía chaleco raído, corbata grasienta y una cadena de plata cruzándole el pecho. Pertenecía al último de los cuatro relojes que había adquirido ocho años atrás, directamente de los muertos que llegaron aquella vez a los corredores rezumando la poca sangre que les quedaba. Los había empeñado uno a uno a lo largo de los años y ahora sólo conservaba aquella cadena fría que se metía en el bolsillo vacío del chaleco. Nunca sintió remordimientos, pues una cosa son los relojes y otra los muertos, pero el recuerdo de aquel río de cadáveres, especialmente por los niños, todavía lograba impresionarlo. Sus manos grandes hicieron un ruido como de papel de lija y rasparon las esquirlas que habían quedado en la boca de la bóveda. Miró, maligno y con ojos oblicuos a su minúsculo ayudante, dio una orden en un español que conservaba aún la entonación de las perdidas lenguas chibchas, y el ayudante le respondió con una sonrisa de idiota. Entonces las manos callosas del sepulturero soltaron un pescozón que, después de un chillido, puso al ayudante a aventar con rapidez pedazos de ladrillo a una carretilla de mano.

«Parece un mico», pensó la viuda. Una bocanada de sol se había metido entre las nubes oscuras e iluminaba ahora las gotas de agua que todavía

colgaban de los mármoles. El aroma avinagrado y poderosamente vivo que venía de una pila de coronas desechadas llegó hasta la viuda, que lo aspiró con tristeza. Estaba acompañada de uno de sus hijos, alto y elegante como había sido su padre, y por el empleado de pompas fúnebres, impersonal y serio, quien se encargaría de recibirle los huesos al sepulturero, ponerlos en la urna y devolvérselos al sepulturero para que los metiera en el nicho y los tapiara. El de pompas llevaba una perla gorda, tal vez auténtica, brillando como una luna sobre su corbata negra. Cuando la viuda se cansó de aquel perfume de paja podrida y flores marchitas acercó la nariz a un pañuelo que olía a violetas. En ese momento las inmensas nubes color de piedra se juntaron otra vez y los mármoles, los jardines y hasta el corazón de las gentes se oscurecieron abajo.

El ayudante se fue con la carretilla cargada de pedazos de bóveda y desapareció en una curva, al final de la línea de tumbas. El sepulturero, después de arrimar los soportes que habrían de recibir el peso de la caja —suponiendo que la caja tuviera algún peso todavía—, salió caminando y desapareció también en la primera curva.

Al sepulturero le gustaba darle cerveza al ayudante, que se ponía payaso y hacía muecas absurdas, como una ardilla enloquecida. Sus dientes podridos brillaban, brillaban sus pequeños ojos negros. Cómodo como un dios, el sepulturero acostumbraba sentarse para ver saltar a aquel hombrecito que parecía una copia cómica del sepulturero mismo. De vez en cuando se reía con risa fea e impúdica y largaba un coscorrón que el otro recibía con sorpresa fingida. Al ayudante le gustaba mucho la cerveza, y el sepulturero, en tiendas oscuras que olían a oveja y orines, se había divertido con otros dándole a beber orines con cerveza, cucarrones con cerveza e incluso un poco de petróleo con cerveza. Todo para regocijo general del universo.

Después de un rato el empleado de pompas fúnebres caminó impaciente por los corredores llenos de bóvedas, orientándose bien en un laberinto para el que tenía facilidad —era su vida—, y encontró al ayudante sonriéndole al sepulturero, cada uno con una botella de cerveza en la mano, cada uno sentado en un ladrillo, atrás, en un solar donde se quemaban los ataúdes exhumados y los pedazos de paño gastados por la muerte. El sepulturero miró con fascinación la perla en la corbata del otro mientras se disculpaba diciendo que habían sentido mucha sed.

Cuando el fúnebre grupo de los profesionales de la muerte regresó, encontró a los dos deudos en la misma posición frente a la bóveda. La viuda

había estado pensando en una nueva distribución de los muebles de la casa, cosa difícil, pues había muchos adornos, antigüedades, todos los delicados objetos que Alfonso había comprado a lo largo de su vida. Ahora el ataúd, que seis años atrás había sido escogido no sin trabajo, buscando algo sencillo que no pareciera pobre, salía del pavoroso hueco que le había impuesto su falta de luz durante aquellos años atroces, opaco y apolillado, dejando atrás astillas de madera y flecos de telaraña que al rasgarse producían un sonido espumoso. Las que alguna vez fueron caras y relucientes maderas de nogal lucían ahora como la crisálida de un insecto que hubiera sido chupado, sin romper su envoltura, por otro enorme insecto. El sepulturero cogió una hachuela de hierro y le dio un tajo al ataúd, que soltó astillas de madera y una pequeña nube amarilla formada por comejenes muertos. Las sombras pétreas que habían ensombrecido la sabana fueron barridas por el viento, y un limpio cielo azul había aparecido arriba de todo como si quisiera corroborar que la belleza del mundo no era soslayable. Y la tristeza vivía ahora como si fuera una jugosa planta de sombra, fértil y tropical, no hay duda, y bastante compleja y matizada a su siniestro modo. Pero contra la luz ¿quién puede? El sepulturero le dio otro hachuelazo al ataúd y otra pequeña nube amarilla vio la luz. Uno de aquellos pájaros que se conocen como copetones, abusando de la fecunda irresponsabilidad de lo que existe, se puso a cantar con mucho empuje en un árbol no lejos de las tumbas de Silva y de su hermana. Entonces la tapa del ataúd se abrió como el ala de una gran chapola y el corazón de la viuda latió con fuerza en su propio cofre de tejidos tibios. Lanzaba con vigor chorros de sangre a su cerebro donde formaba, al pasar, los recuerdos más nítidos, los más perdurables aromas. De hecho era ella la que creaba el chisporroteo del agua en los mármoles, el resplandor azulado de las bóvedas y el mismo esqueleto que asomaba ahora sus huesos blancos desde un vestido de paño empolvado y manchado, pero al parecer completo y sin un roto.

Todo el mundo esperó a que la viuda terminara de mirar aquel paisaje seco, difuminado en algunos lugares por la presencia borrosa y metálica de las telarañas. Y cuando terminó de hacerlo, una segueta de plomería apareció en la mano del sepulturero y voló como una langosta hacia la caja. La mano del hijo apretó con suavidad el brazo de la viuda y los dos se retiraron lentamente, más por pudor que por horror, mientras sus oídos creían sentir el sonido del paño al rasgarse. Era una ilusión, porque el paño se deshizo casi solo, como si su trama hubiera estado compuesta nomás de oscuridad y polvo. La segueta trabajó —mientras por los ojos de la viuda entraban ángeles, azucenas lívidas

y claveles renegridos— transformando lo que había sido un articulado y engorroso orden largo en un cómodo orden corto que el empleado de pompas fúnebres metió en una caja barnizada, en espera de que la viuda regresara.

En alguna parte cantó un gallo.

De vuelta a la que había sido la bóveda de su marido, la viuda vio un grupo de pobres que enterraba a un ser querido. Lloraban sin pudor, dando alaridos, e impedían que la caja se cerrara. Fue el precio que la viuda debió pagar por haber querido escapar del zumbido que producían los dientes de acero sobre el calcio indiferente. Pero era un precio que de todos modos tendría que pagar, pues cuando venían ya con los restos segueteados se encontraron otra vez con los pobres. Y fue grande el contraste entre los dos cortejos. Unos venían ya sin su ataúd, atónitos y palpitantes, mientras los otros iban con el pequeño cofre, muy ordenados en lo poco que quedaba de su pena, la tristeza empezando a amarillar en sus corazones.

Inmersos en su mar de sufrimiento, los pobres ni siquiera los miraron; flotaron corredor abajo resonando y desaparecieron.

El de pompas fúnebres caminaba adelante, burocrático y seguro, guiándolos por aquel laberinto de cemento, jardines llenos de sol y vidas idas. Llevaba en la corbata la perla —notable omnipresencia del mar, tanto más si no era auténtica— y en las manos, como si fuera el cofre el que tuviera perlas, la urna con los restos. Llegaron al último recinto de la muerte. Allí no había insectos. Allí la descomposición se hacía mineral y geológica. Los huesos alumbrarían para sí mismos por un tiempo, en una serena manifestación de fósforo, y empezarían después a hacer parte de ciclos inmensos —inimaginables para hombres corrientes, vislumbrados tal vez por los esquizofrénicos geniales— que, en lapsos de tiempo que llegaban a anular el Tiempo, pasaban otra vez por todos los estados posibles del vacío. Otra vez la vida, incluso.

Las manos callosas del sepulturero prepararon con habilidad la masa de cemento. Con el palustre colocó cemento entre los ladrillos y después una delgada capa sobre los ladrillos puestos. Entonces empezó a pasarle las herramientas al ayudante, quien las dejaba caer con algún estrépito en la pequeña carretilla.

La paga que les dieron por el trabajo fue buena. Con ella compraron tripas de cerdo rellenas con arroz, dos cajas de cerveza, tripas de cerdo rellenas con cerdo y lonjas de oscuro corazón de res fritas en un aceite espeso y espumoso.

ENVIGADO, 1913

Aún no había amanecido, pero ya la oscuridad se sentía madura y lista para convertirse en luz. Josefina, despierta y con los ojos abiertos, oía los pájaros que comenzaban a hacer bulla en los árboles y en las jaulas. El agua que caía sobre el cuerpo rosado y madrugador de Pepa se oía también, lejana y fresca. Josefina, esperando a que su madre saliera del baño, sentía la deliciosa limpieza de las sábanas que le rozaban los dedos de los pies, sentía el recuerdo de Alfonso inundando otra vez sus nervios, como las mareas. La recua que pasó por la calle resonó con ruido de arreos y de grandes vísceras de caballo agitadas por el trote. Josefina durmió otros minutos y cuando despertó ya no se oía el ruido del agua. Se cruzó entonces con su madre en el corredor, pero nadie saludó a nadie. El baño olía a jabón de tierra y estaba densamente saturado por el invisible tejido molecular del agua. El azul de la madrugada empezaba a insinuarse por todas partes. El agua rodó fría y aromática por el cuello, los pezones y los pies de Josefina.

La luz inundó las calles y las ceibas del parque, pero en la iglesia la noche continuaba. El cura molía rápido su latín, elevaba con rapidez la hostia, repartía hostias con rapidez mientras las veladoras reverberaban infernales en los candelabros brumosos. El monaguillo se adormilaba a veces como un pájaro enfermo, y el cura, hiperactivo y neurótico, tenía que despertarlo con pequeñas patadas en los tobillos. Josefina y Rosalba comulgaron y dejaron disolver el cuerpo de Cristo en sus rosados paladares mientras Pepa, que hacía muchos años no comulgaba, se quedaba en la banca mirando el mundo con sus ojos orgullosos y cáusticos.

—Ese cura da la misa como con diarrea —comentó de regreso.

Rosalba volteaba las arepas con seguridad, como si tuviera algún pacto que le permitiera desafiar el calor de los carbones. Las brasas alumbraban las arepas por abajo, tiñéndolas con su resplandor rojizo. El olor de la masa de maíz asada se juntó con el de la carne frita, inundó la cocina e hizo traquear las vísceras en el organismo juvenil de Josefina. Rosalba puso a rugir el chocolate con el molinillo.

—Esta carne está cruda —dijo Pepa, y la levantó con desprecio, dejándola colgar del tenedor. Rosalba se la recibió y la aventó de nuevo a la paila, donde chirrió un poco y continuó calcinándose en silencio. Un muchacho de unos nueve años, orejón y pálido, apareció entonces en la puerta de la cocina. Tenía una camisa blanca muy limpia, aunque manchada con plátano, y unos pantalones muy limpios y remendados. Venía a deschamizar los mandarinos.

—Camine —dijo Pepa, y salieron los dos por el corredor, la señora grande y orgullosa y el niño asustado y desnutrido. Como Rosalba sabía que Pepa no iba a volver por su carne, sacó del aceite el pedazo renegrido.

—Ahí le aplanché el vestido —le dijo a Josefina con brusca afectuosidad—. Se lo guiné en el armario.

El recuerdo de tres saucos altos que se mecían suavemente bajo la luz del sol le llegó a Josefina y le acalabró de alegría el corazón.

—Estoy contenta.

—¡Cuidado con las flores, cabezón! —le decía entretanto Pepa al muchacho, que se movía en las ramas, arriba, entre el verde de las hojas y el blanco de los azahares iluminados. Había que terminar el trabajo antes de que el sol calentara los árboles, pero la mirada de la furiosa señora, abajo, lo ponía nervioso y torpe; no veía ninguna chamiza y tenía que esperar a que Pepa se las fuera señalando.

—Este sí es el más atembado que me pude conseguir, maldita sea —oyó que decían abajo.

Josefina se quitó el vestido con el que había ido a misa y se puso el que usaba para ir a la Normal. Abrió la ventana y vio pasar a un cura viejo y tembloroso que caminaba pegado de la tapia, como una mancha. Algunas personas aseguraban que era santo y hacía milagros, pero a Josefina sólo le constaba que era muy sordo y olía a un revoltijo de incienso, paño y amoniaco. Los párpados inferiores le caían como los de los perros viejos y dejaban ver una gelatinosa franja de carne casi líquida debajo de los globos oculares. Años más tarde se darían recurrentes intentos de canonización que morirían siempre como olas débiles y un poco ridículas en los escritorios de la curia departamental; por lo pronto la gente prudente y realmente pecadora evitaba confesarse con él, pues la sordera podía llevarlo a repetir en voz alta algún sulfuroso pecado mortal que, hecho público, era capaz de llevarle la desgracia real a una persona que hasta entonces sólo había conocido el goce físico y la desgracia espiritual. Cuando el cura terminó de pasar, un perro se metió en el marco de la ventana, se detuvo para orinar en la tapia de la casa de los Vélez,

miró hacia ambos lados y siguió andando como si fuera infinita la posibilidad de sus caminos. Josefina retiró de sus labios la última hebilla y la hundió en su pelo abundante mientras el chillido agónico y continuo de un lejano cerdo se iba y venía con el viento.

Cuando Josefina entró al solar, su madre le señalaba un chamizo al muchacho, que se movía como un desvaído mico entre las ramas. Nadie tan aterrorizado deschamizó jamás seis mandarinos. El tiempo para él transcurría intenso y lento, y cada azahar, cada mínimo nudo vegetal se imprimía en sus retinas con la dolorosa eternidad del fuego. De hecho ya no estaba deschamizando nada, mucho menos tratando de ganar algunos centavos para ayudar en su casa (el padre con el pie como un tambor por un azadonazo infectado, la madre golpeando ropa ajena en las piedras de la quebrada Ayurá), sino tratando de sobrevivir a cada insulto o burla que le llegaba de abajo y lo hacía aferrarse a las ramas con el desespero de un animal al que bajarán a pedradas de algún árbol.

—¡Este ve más quién sabe por dónde! —dijo Pepa.

Josefina se quedó un rato mirando a su madre, después miró al muchacho arriba, entre el follaje, aferrado a la vida y a su miseria. La luz se filtraba entre las ramas del mandarino y caía sobre los helechos, abajo, para convertirse, mitad en tierra brumosa, mitad en verde encrespado. Una rabia opaca inundó sin brusquedad el corazón de la muchacha y le hizo decir lo que venía a decir, sin exaltarse, sin el más mínimo asomo de miedo histérico o impulso de agresión.

—Yo sé que llegaron unas cartas de Alfonso, mamá —dijo—. No me las vaya a botar, porque le pesa.

HOTEL JAPONÉS, BOGOTÁ, 1913

De japonés sólo tenía el nombre. Era una edificación de tapias gruesas y corredores fríos y crujientes que olían a cal y a cañabrava. Años más tarde, siguiendo la tradición de una tierra donde la historia en gran parte se construía destruyendo, fue demolida y en su lugar se levantó una masa gris y tenuemente carcelaria que le valió algunas alabanzas a un arquitecto de manos excesivamente blancas, quien se inspiró para su obra en una lujosa publicación alemana. Por lo pronto, el Hotel Japonés era una casa de dos pisos, tejas de barro y paredes encaladas, que lucía un poco triste cuando el día era lluvioso y extraordinariamente bella cuando la tocaba el sol relumbrador de la sabana.

La fuerte luz, filtrada por el rojo sangre y el blanco cremoso de los vidrios, le daba al espacioso cuarto un aire de ultratumba que hizo brincar el corazón de Alfonso, quien por un momento no pudo entender dónde estaba. Asustado, en vez de abrir los postigos y dejar simplemente que la luz se hiciera otra vez en su vida, se amarró con afán los zapatos, hizo crujir el entablado del hotel y salió a la calle.

Era ya casi mediodía. «Todo era confusión, coches, automóviles, tranvías, y una numerosa y movable turba de gentes distintas. Me sentí aturdido y creí difícil familiarisarme con tanto ruido y tanto movimiento», escribiría luego con su letra pulida y peculiar ortografía. Se abrió paso por entre un modesto gentío, que en las cartas a su familia describiría, no obstante, usando las palabras «turba», «turbamulta», «multitud» y «turbulencia humana», y llegó hasta la Plaza de Bolívar. «Al pisar el atrio de la magnífica y hermosa catedral romana lancé un ¡oh...! de admiración y descanso, y me entregué a la contemplación de los modernos edificios que llenan las cuatro manzanas de la plaza. Y con todo el ardor de un artista que sabe admirar y comprender el Arte Plástico me extací largos minutos ante la estatua que en mitad del parque se erige al Libertador Simón Bolívar».

El día era luminoso. Los cerros se recortaban limpios y cercanos contra el aire azul. El bronce del Libertador aparecía en toda su menuda y neurasténica

grandeza. Un hombre sacaba puñados de maíz de debajo de una ruana negra, los aventaba al aire, caían como granizada gruesa y las palomas venían, al parecer infinitas, de todas partes del cielo. Un fotógrafo hacía reventar el magnesio frente a un niño vestido de marinero, que parpadeó y quedó momentáneamente ciego. Del cuerpo fornido de una mula brotaron copiosos cagajones que cayeron con ruido afelpado y húmedo al suelo de la plaza, donde humearon. Un tranvía pasó echando chispas. Pasaron dos mujeres con canastos. Las amplias tocas blancas de un puñado de monjas desaparecieron como albatros en las tinieblas de la catedral. Alguien tocó el codo de Alfonso.

—Disculpe. ¿Podría usted brindarme fuego?

Era un hombre joven de sombrero muy negro y alón, y que sostenía entre los dientes un largo cigarrillo egipcio. Su actitud, bajo aquel sombrero que recordaba a un gallinazo grande, era a la vez amable y melancólica. Aspiró profundamente el cigarrillo y dejó escapar de los pulmones un humo azul que envolvió por completo su cara delgada y su sombrero tremendo.

—Te agradezco infinito —dijo, y se quedó un rato como meditando. Difuminó la mirada y agregó—: En días como estos nos olvidamos casi de la muerte.

Alfonso no supo qué decir.

—Permítame presentarme. Mi nombre es Martín del Castillo.

Levantó el sombrero y unos mechones escasos y rubios relampaguearon bajo el sol.

«¡De manera que este era Martín del Castillo!», pensó Alfonso mientras estrechaba la mano flaca y crujiente del poeta. Leyendo «Sor María» había imaginado a Del Castillo un poco como el galante personaje de sus rimas, alguien capaz de llevar a los clausurados corazones femeninos de los conventos desasosegadas palpitaciones, ráfagas de erizamientos a ocultas opulencias que se habían negado a sí mismas el placer terrenal para gozar del éxtasis divino, el más alto. Pero el poeta Del Castillo no sólo lucía enclenque y oliváceo sino que tenía los dientes cariados y amarillos. Y cuando uno se le acercaba sentía cierto olor, demasiado ambiguo y persistente para ser imaginario, que subía al parecer desde sus medias. «¡Cuántas veces bajo los cuerpecillos feos y sin gracia se esconden almas y corazones más delicados que bajo los cuerpos apolíneos de muchos de los señores de los Palacios y del Oro!», escribiría Alfonso luego.

El poeta recibió la carta que el muchacho le tendía y la leyó inmediatamente con cierta sonrisa en los labios, cierta satisfecha e infantil

vanidad en la mirada. Después de guardarla en el bolsillo del abrigo, dijo:

—Qué agradable y extraordinaria coincidencia.

Alfonso dijo que también tenía una carta para Gustavo Rivas.

—Una de las más audaces plumas colombianas —comentó Del Castillo—. Soy su admirador, lo confieso, pero también su amigo. Si lo deseas puedo acompañarte a visitar los lugares de mayor interés de la Ciudad del Águila Negra y luego te llevo a casa de Gustavo. ¿Qué opinas?

Alfonso no sabía que a Bogotá la llamaban Ciudad del Águila Negra, pero accedió a la propuesta del poeta.

Visitaron el Observatorio Astronómico, que se levantaba, un poco rígido, en un parquecito de pensamientos y violetas donde zumbaban los picaflores y también las moscas metálicas que revoloteaban sobre los excrementos de perro. La cabezota larga y un poco lisa del Sabio Caldas había trabajado en aquella cúpula, descubriendo tal vez estrellas que ningún europeo había visto hasta entonces, meditando sobre el atraso científico de la patria. Alfonso y Del Castillo caminaron conversando continuamente. Mencionaban nombres, se recitaban versos de poetas que ambos admiraban, contemplaban los monumentos y las piedras que la ciudad, un poco trabajosamente, había levantado o estaba levantando con la intención de engrandecerse. Cuando frente al Palacio de la Carrera —«donde tantos Núñez y Santander han gobernado, para orgullo o bochorno de la República»— Alfonso recitó con mucho sentimiento el poema de Baudelaire que hablaba de albatros, mares y albedrío, dos muchachas de ojos negros se quedaron mirándolo y le sonrieron. El poeta Del Castillo se quitó su horrendo sombrero y les lanzó un requiebro galante. Ellas se pusieron rígidas y desaparecieron. Un niño hurgaba con un palo la furia de un perro negro en la reja de un solar. El poeta Del Castillo recitó un poema suyo donde hablaba de la mujer que besaba voluptuosamente la cabeza cortada del Bautista; al referirse a Salomé decía que todo su cuerpo trascendía a madera de sándalo quemada. Entraron a un lugar que se llamaba Salón el Diábolo y bebieron una copa de coñac después de brindar por las mujeres y el amor.

—¡Brindo por la más hermosa de todas! —dijo el poeta Del Castillo, y dejó rodar el feroz almíbar por su garganta.

Se refería a la muerte, por supuesto. El poeta Del Castillo se sentía atraído por la muerte. Temas fúnebres, embellecidos por felpas negras y viñetas escabrosas, afloraban continuamente de sus labios. No en balde su sombrero parecía un gallinazo. Hablaba del suicidio con inspiración; mencionaba

venenos de nombres exóticos; mencionaba el pistoletazo de Silva, a quien llamaba «el Divino», y consideraba, en fin, que poner término a sus propios días era un deber de los hombres libres y altivos. Se trataba, al parecer, de una obsesión, y, al parecer, la llevaba de modo demasiado visible, pues cuando un hombre joven entró al Diábolo y se arrimó a saludar al poeta, le dijo:

—Y para cuándo tenemos el suicidio, ala.

El poeta Del Castillo supo mantener la dignidad y se quedó en silencio. Su expresión de sufrimiento, también de rabia contenida, parecía cortada con tijeras en una cartulina, pero era verdadera. Sufría con pompa pero sufría. Alfonso lo miró en silencio y sintió una dolorosa punzada de compasión en el vientre. El ambiente del Diábolo se hizo de pronto oscuro y enrarecido.

—Cojamos un tranvía y nos vamos a visitar el Panóptico. ¿Te parece? —dijo de pronto Martín del Castillo.

El tranvía se deslizó por calles soleadas, sereno, silencioso y metálico. El picotazo aleve del que había sido víctima el poeta Del Castillo en el Salón el Diábolo lo había bajado de su fúnebre actitud verbosa, sumergiéndolo en un estado fúnebre, pero callado, verdaderamente penoso. En el tranvía viajaba una muchacha de cabellera dorada y ojos grises que de tiempo en tiempo miraba a Alfonso y le insinuaba una sonrisa. Alfonso viajaba también en silencio mirando pasar las calles, tejiendo un elaborado sistema de señales con la rubia, que al final no llevó a ninguna parte, porque el poeta dijo «aquí es» y se bajaron. Una vez el tranvía en marcha, la muchacha volteó la cabeza y le dejó a Alfonso una mirada larga como un sol. Tranvía y mirada desaparecieron. La prisión conocida como el Panóptico estaba allí, lúgubre y al parecer tallada en un solo bloque de piedra.

Ellos la contemplaron en silencio.

—A veces me parece escuchar el crujir de dientes y el chirriar de cadenas de tantos infelices —dijo el poeta Del Castillo después de un rato.

Una nube pequeña, color de plomo, tapó por un instante el sol y dejó caer algunas gotas sobre la ciudad. Entonces se corrió, desató la luz de nuevo y se alejó, deshaciéndose poco a poco sobre el fértil manto de la sabana.

Después de almorzar chuletas de cerdo y papas fritas en un pequeño restaurante, Alfonso y el poeta Del Castillo fueron a visitar a Gustavo Rivas, el ácido aunque relativamente poco conocido poeta y comentarista que a veces firmaba con el seudónimo de Helios. Vivía en una de las casas viejas que quedaban en las estribaciones de los cerros, y Alfonso y el poeta Del Castillo subieron en silencio y bajo el sol picante por calles empedradas, sintiendo la

pesadez de las chuletas en sus vientres. En tienduchas oscuras sombras enruanadas que bebían garrafas de chicha emergían a veces al umbral, donde algún perro dormía, sucio y lanudo bajo el sol, y dejaban que la luz cayera por un momento sobre sus ruanas tenebrosas y sus sombreros grasientos. Bocanadas de olor a oveja y amoniaco salían de las puertas.

—Ten cuidado —dijo el poeta Del Castillo mientras tomaba a Alfonso por el codo, empujándolo un poco para que no lo atropellara el burro embarrado y peludo que arreaba cuesta abajo un campesino también embarrado y peludo. Alfonso se había distraído mirando a una mujer de mantón de flecos y sombrero de paño que se mecía dulcemente en la puerta de una tienda, con los ojos entrecerrados y una vasija de chicha en la mano. «¡Qué distinta de la bohemia parisina de Enrique Murguer...!», pensó.

Alfonso fue presentado por el poeta Del Castillo al diabólico poeta y comentarista Gustavo Rivas como Periodista y Poeta.

—Amigo de la poesía solamente —dijo Alfonso mientras estrechaba la mano de Rivas, que lo miró con sorna.

Gustavo Rivas no tenía más de veintiocho años, pero tal vez por su piel marchita y porque le faltaban dos de los dientes del maxilar inferior, parecía mucho más viejo. Había vivido algunos años en París, donde, después de abandonar prometedores estudios de pintura, se dejó arrastrar por una dura bohemia de ajeno y prostitución que lo llevó a conocer personalmente las más recónditas cloacas de la Ciudad Luz y a intimar con lo más selecto de la canalla parisién, incluidos algunos hombres jóvenes que después se volvieron grandes hombres. De tal modo que cuando regresó a Bogotá traía un pulmón picado y en la boca el portillo que le dejara la pelea con un joven árabe que había sido su amante. Había olvidado sus ambiciones de pintor —sólo ocasionalmente hacía croquis al carboncillo— para dedicarse a la poesía. Sus poemas eran perfectamente balanceados y extraordinariamente rítmicos, pero en exceso eróticos y contra natura, con referencias tan gráficas y explícitas a su propia pederastia que se hicieron casi impublicables en una ciudad que todavía apestaba demasiado a incienso. Sólo una pequeña revista se atrevió a imprimir un poema suyo relativamente saludable, donde se hablaba de jóvenes griegos que escuchaban a su maestro y después se iban con él a una fiesta. La Iglesia excomulgó a la revista, a su comité de redacción en pleno, al dibujante y por supuesto a Gustavo Rivas; la descripción de los jóvenes había resultado demasiado mórbida, tanto en las rimas como en los dibujos que las acompañaron.

Gustavo Rivas, ya bastante predispuesto a la amargura, se amargó todavía más y se dedicó a la diatriba literaria. Logró publicar algunos artículos tan anticlericales y cáusticos, pero sobre todo tan bien escritos, que hasta el nuncio tuvo que intervenir para que se silenciara como fuera aquella pluma irresponsable. Y aquella pluma se silenció, ciertamente, pero por culpa del coñac y no del nuncio. O tal vez del escepticismo general sobre las posibilidades de civilizar, aunque fuera un poco, aquel país de sacristanes. En todo caso, metido en la pequeña gloria doméstica que le alimentaban admiradores sinceros aunque no demasiado importantes, como el propio Del Castillo, el poeta Rivas se consumía lenta pero seguramente bajo el efecto del alcohol. Y ahora sólo de vez en cuando escribía algún poema, que ya no tenía la calidad sonora de sus primeros trabajos, o trazaba algún vívido dibujo al carboncillo que dejaba después olvidado, apoyado de cualquier forma contra una de las tapias de su cuarto.

En el cuarto de Rivas había desorden, pero no mugre. Por todas partes se veían libros abiertos, pilas de revistas, periódicos, hojas manuscritas. La botella de coñac estaba sobre el escritorio, al lado de una copa barrigona cruzada por la luz de la ventana.

No resultaba fácil relacionarse con el ácido comentarista. Era bastante antipático y al principio pareció desentenderse de Alfonso por completo. Hablaba con Del Castillo, quien mostraba cierta veneración perruna por aquel casi desconocido gran hombre, sobre amigos, escritores, poetas, pintores, estetas que ambos conocían y que, sin excepción, en opinión de Rivas y con la anuencia de Del Castillo, eran unos mediocres. El poeta Del Castillo, a quien la presencia de Rivas al parecer excitaba y asustaba al mismo tiempo, bebía coñac como si fuera él el alcohólico. Celebraba las salidas de Rivas con carcajadas silenciosas, hechas de agitación de hombros y ojos llenos de malicia, en una actitud que creía profundamente sarcástica, pero que a veces le costaba bastante mantener, sobre todo cuando no comprendía bien lo que el otro decía o cuando intuía vagamente que el despiadado comentarista se estaba burlando precisamente de Del Castillo mismo. Cuando en la conversación había un tercero a quien Rivas quería impresionar, la frágil personalidad del poeta se veía sometida a la tortura de servir de cómplice en observaciones sutiles que no acababa de entender del todo y que como perros traicioneros podían volverse contra él en cualquier instante.

En un momento dado el joven poeta salió del cuarto y Alfonso se quedó solo con Rivas. Se produjo entonces un silencio largo e incómodo que duró

hasta que Alfonso, por hacer algo, habló de la ciudad, mencionó los monumentos grandiosos que había visto y alabó el ambiente de cultura y refinamiento que se respiraba. Rivas consideró el asunto por un momento.

—Eso sin mencionar el olor a orines —dijo—. Esta población viene oliendo a orines desde la Colonia, ala. Pero bebamos un trago, mejor, y brindemos por las musas.

Miró el licor al trasluz con ojos enrojecidos; se lo puso en la boca, donde lo dejó por un momento, y entonces cerró los ojos para disfrutar con mayor intensidad de su ardoroso viaje hacia el estómago.

—¿Compañero de Bedoya en el seminario? —preguntó entonces.

—¿Bedoya?

—Del Castillo, hombre. Se llama Zenón Bedoya. Hace dos años se les voló a los curas de Santa Rosa.

—Entonces es...

Alfonso quería decir «es caldense», pero el otro se le adelantó.

—Un seudónimo. Se lo puso dos meses después de que se vino.

Por la ventana entraron los acordes del vals vienés que en alguna plaza no lejana remachaba rígidamente una banda de guerra.

—Yo pensaba que era bogotano.

—Lo va siendo, por adopción. ¿Ya notaste el olor? A veces pienso que no lo venía huyendo a Dios sino a las duchas. ¡Duro es el seminario!

—¿Usted cree que se suicide? —preguntó Alfonso involuntariamente, fascinado por la rapidez con que el otro resolvía los asuntos.

El poeta Rivas no contestó inmediatamente. Sirvió una copa de coñac y sin tocarla se agachó a buscar un paquete en uno de los cajones del escritorio. Fue hasta la ventana y dejó un poco de maíz en el alféizar, presumiblemente para las palomas y los pájaros. Volvió de la ventana, guardó otra vez el maíz en el escritorio y se bebió el coñac.

—Tal vez sea lo mejor para él —dijo—. Tal vez sea lo mejor para todos —y dejó la copa sobre el escritorio—. Al fin y al cabo eso haría un miserable de menos en este mundo. Y eso es algo —oyó decir Del Castillo a Rivas cuando entraba de nuevo al cuarto.

A las cinco de la tarde el agua salía, helada, por la ducha del Hotel Japonés. Alfonso se enjabonó cuidadosamente las axilas, las partes nobles y los pies, a pesar de que el agua fría le hacía doler los huesos. El sol se había ido. Por el pequeño tragaluz podían verse nubes pesadas y grises. El bombillo desnudo que colgaba de un cable largo dejaba caer sobre las losas del baño

una luz amarillenta y nublada.

ENVIGADO, 1977

—Parecés una jaulita de mimbre —le dijo Eladio a Josefina que, desnuda de la cintura para arriba, parecía en efecto una jaulita de mimbre. El retumbe de su corazón a duras penas llegaba a los oídos del médico anciano, que se concentraba, dureza y afecto, en escuchar un sonido que poco a poco se iba convirtiendo en algo menos que un ruido y poco más que algún recuerdo. El estetoscopio, conciso y mineral, unía en la penumbra del cuarto dos vidas que iban ganando ya con rapidez la orilla de la muerte.

—¿Todavía se oye algo, vos? —preguntó la anciana con humor transparente.

—Ahí, entre polvo y telarañas, como que todavía estás viva, vieja.

Eladio había abandonado casi por completo la pomposa terminología médica. Decenios de práctica lo habían purificado en su profesión, lavando todo lo que en ella había de vano y accesorio y no dejando más que la veta pura de su oficio. Ahora, al final de su vida, el lenguaje con el que explicaba los males a sus pacientes, que no era por cierto diferente de como se los explicaba a sí mismo, había adquirido una resonancia cercana a la poesía. Tal vez sea cierto que todos los oficios, pasado el punto en que la vanidad o la codicia enturbian la verdad de las cosas, empiezan a acercarse y a convertirse en una sola palpitación que ni siquiera necesita nombre. Eladio, a pesar de que aún leía con disciplina y tal vez con gusto las publicaciones médicas, hacía muchos años había dejado de pronunciar palabras como «ptosis palpebral» o «carcinoma hepático». Al muchacho que veía entrar al consultorio con la cabeza levantada y los párpados como cortinas bajadas no le mencionaba ningún asunto palpebral; si era rico le recomendaba hacerse operar aunque le advertía que de todas formas no iba a quedar tan ojón como el Niño Jesús de Praga; si era pobre le decía que iba a bregar a conseguirle la operación gratis, pero que no le aseguraba nada. A los dos les decía que no entendía por qué se querían hacer cortar si al fin y al cabo por ahí alcanzaban a rendir a las muchachas. Y a la señora que se le había encontrado algo mortal en el hígado no le mencionaba ningún carcinoma ni le alimentaba piadosas esperanzas.

—Como que te vas a morir —decía, con su voz profunda y llena de ecos.

Mucha gente se había sentido ofendida por recibir un trato semejante, especialmente entre las personas acomodadas, que consideraban insultante saber así sin más ni más que se iban a morir. Los pobres se ponían muy pálidos, se desmayaban sin zalamerías y casi nunca andaban con historias de brutalidades o sadismos: al fin y al cabo el médico los curó mientras fueron curables, nunca les cobró por la consulta y muchas veces hasta les regaló las drogas. Al que se enojaba porque le decía que se iba a morir, Eladio, fuera pobre o rico, le contestaba que se necesitaba ser muy bruto para querer vivir para siempre en este mundo.

Josefina sintió dos dedos del médico posarse con firmeza en su espalda y otros dos golpearlos con un sonido seco y leñoso. Los cuatro dedos, los que se posaban y los que golpeaban, empezaron a recorrerle la espalda, buscando algún particular sonido, igual a como buscan los que saben encontrar entierros en las tapias. Sin embargo, todo ese quehacer había dejado de tener sentido práctico para convertirse en una manifestación de compañía y cariño. Una cosa se había unido a la otra, mejor dicho, pues si los dedos hubieran dejado de golpear con aquella exactitud médica, la anciana se habría quedado sola y tal vez asustada en la vaga penumbra que iba llevándola a la muerte. Caricias no quería. Al fin y al cabo ni ella ni el médico habían sido nunca personas almibaradas, y los dos sabían que el amor real casi nunca estaba donde la palabra se pronunciaba demasiado. ¡Cuántas cartas de amor, llenas de veneración, falsos pomares, fueron enviadas por jóvenes que no sabían distinguir su propio corazón del corazón de los poetas leídos, engañando a muchachas que entregaron así su corazón real a un amor que resultó ser sólo niebla!

—Lo que pasa, Fina, es que seguís funcionando como por impulso. Hay cosas que ya se pararon, pero las demás las empujan. Morirse es tan largo como vivir.

Entonces caminaron otra vez por los corredores, miraron las bifloras florecidas, vieron la luz de la tarde formar ángulos precisos sobre la cal de las tapias. Del solar venía el ruido del agua que Maruja movía en el lavadero, mezclado con la pirotecnia de noticias que salían del radio como un chorro. Era un ruido lejano, sin embargo, y los revolcones que el fuerte viento de agosto daba a los árboles del solar a veces lograban opacarlo. Eladio abrió el portón y la luz entró con fuerza por el corredor. Relampagueó un bus. La anciana preguntó por la casa de los Vélez.

A la mañana siguiente vino León, pero la encontró dormida. Como ya habían pasado algunos meses desde que empezó a visitarla, había tenido tiempo de romper la desconfianza que Maruja sintió inicialmente por aquel hombre que de vez en cuando traía tufo de trago y ojos de amanecido, aunque siempre llegaba muy limpio y todavía oliendo a jabón, y que insistía, demasiado evidente en su afán de congraciarse, en hablarle de azaleas y begonias. Había incluso roto la desconfianza del enorme perro negro del solar, que al principio, con sólo oír a Maruja abriéndole la puerta, empezaba a ladrar, tirando de la cadena hasta casi estrangularse. Ahora Maruja le daba tinto y le dirigía frases extraordinariamente largas viniendo de una persona tan monosilábica, mientras el perro, atrás, viejo, poderoso y lagañoso, empezaba a menear la cola con sólo sentir los golpes en la puerta, sus glándulas salivales presagiando el pedazo de pulmón de vaca que el abogado desempacaría del periódico y empezaría a partir en trozos pequeños con una navajita suiza. León disfrutaba mirando aquel perro anciano que se ponía alerta como un cachorro, sus ojos viejos adiamantándose a la vista del pedazo de bofe que León dejaba lucir un momento en la palma de la mano. Cuando el trocito de pulmón giraba en el aire, la boca de dientes amarillos se abría con ruido pantanoso para cerrarse de nuevo y dejar otra vez al perro alerta, sin haber masticado y sin siquiera relamerse, como si el trozo de bofe hubiera sido imaginario. De pedazo en pedazo, pensaba León, aquel animal era capaz de comerse media vaca y terminar alerta. No importaba que se le hubieran picado casi dos libras, el perro de todas formas encontraba gusto en lamer las ensangrentadas manos del abogado hasta dejarlas como recién nacidas. León se las lavaba entonces en el lavadero, limpiaba la navajita suiza y se iba para la cocina a conversar con Maruja y a tomarse un tinto con agua de panela que le gustaba mucho, pero que siempre le daba cólico. Aquella mañana, después del tinto, se quejó de haber bebido mucho el día anterior.

—Quién lo manda —dijo entonces Maruja, ancestral.

A veces Josefina se demoraba en despertar y León tenía tiempo de acompañar a Maruja al solar y mirarla revolver la tierra en las jardineras. El aroma subía germinal y húmedo, y él lo aspiraba despacio. En la penumbra del solar los olores, las naranjas que se podrían en el piso, la tierra viva y abierta, la manzanilla que soltaba su aroma al mínimo roce, se cruzaban y le recordaban a León de qué tierra había brotado, dónde se aferraba la última raíz de su recuerdo.

Josefina se despertó, vio la luz en las rendijas y volvió a dormirse.

Cuando abrió los ojos otra vez, vio a contraluz la sombra de Maruja, que le traía la avena humeante.

—Oíste, ¿vino Eladio?

—Ayer. ¿Ya no se acuerda?

Con manos temblorosas Josefina repartió dos cucharadas de azúcar sobre la avena espesa y empezó a revolverla. La probó y le regó más azúcar.

—Ahí está el joven —dijo Maruja.

León ya no era tan joven. Tenía casi treinta y seis años, pero gracias a su timidez, gracias a lo poco que había tratado con el mundo de la supervivencia o los negocios, parecía mucho menor. A pesar de su título de abogado, nunca había necesitado agredir o violentar a nadie, lo que ayudaba a hacerlo parecer un poco ingenuo en aquella ciudad que se sumergía de un modo u otro, y diariamente, en la violencia. Maruja explicó de cuál joven se trataba.

—Decile que entre si quiere ¿sí? —dijo Josefina.

Hablaron desordenadamente de tiempos idos. Al principio León trató de encauzar con juicio la conversación hacia aquellos detalles del pasado que deseaba considerar más importantes, pero la anciana, como un papel al viento, se perdía en recuerdos incontrolables. La construcción de la Basílica Metropolitana, por ejemplo, se formó en la penumbra del cuarto, sus colores opacos y sus masas gigantescas equilibradas como una pesadilla en el punto preciso donde la construcción y la destrucción alcanzan idéntica apariencia. El hombre que se cayó del globo se dejaba venir dando un aullido contra el techo de la plaza de mercado, en Medellín, rompía el techo de zinc, rompía una viga, se daba contra el suelo y se quedaba allí hecho un guiñapo, con los fémures saliéndole del pecho. De vez en cuando el abogado intentaba inútilmente encauzar la conversación hacia su tema, pero era un esfuerzo formal, ya que él mismo se había vuelto demasiado dado a considerar que los hechos de la vida carecen de jerarquía intrínseca u orden alguno distinto de su simple ocurrir, contraerse, expandirse, y a veces contraerse y expandirse al mismo tiempo. Sin embargo, León se sentía obligado a estar especialmente atento cuando Josefina rozaba por casualidad algo que podía considerarse como perteneciente al ambiente o a la estructura de lo que creía estar construyendo.

—Mi mamá no podía ver a José Jesús —decía la anciana—. Mi tío se la pasó toda la vida sentado en una mecedora leyendo libros y dejándose caer la ceniza del tabaco en el chaleco y los pantalones.

—¿Nunca trabajó? —preguntó León. Siempre le había llamado la atención el modo como la vagancia encontraba ejemplares casi puros (él mismo, para

no ir muy lejos) en cada generación de pujantes antioqueños.

—Olía a tabaco desde lejos. Él le enseñó inglés a Alfonso. Y vaya, mijo, a saber dónde aprendió inglés José Jesús.

Josefina contó otra vez cómo su tío, que era alto, flaco y había muerto de sesenta y ocho años, se asomó a una jaula para silbarle con cariño al sinsonte, y el animal, atraído por su propio reflejo en las gafas del hombre, le pegó un picotazo que le rompió el cristal y le vació el ojo derecho.

—¿Mataron al pájaro?

—¿Cómo, mijo?

—Que si mataron al pájaro.

—Demás —dijo la anciana—. Yo nunca supe. En todo caso José Jesús se puso un parche negro y siguió leyendo libros con el ojo izquierdo. ¿Me llamás a Maruja, querés?

BOGOTÁ, PALACIO DE LA CARRERA, 1913

«Llegué a la puerta de Palacio. El guardia me hizo una cortesía militar. Entregué mi tarjeta y un oficial regimiento vestido me dirigió con galantería por una amplia escalinata de mármol de Paros, lujosamente vestida de raso bermejo y con soberbios barandales de color de oro.

»Penetré a un vastísimo salón: el salón de espera, amueblado con buen gusto y seriedad olímpica. En el centro, sobre el verde del tapiz, una estatua que representa la justicia; en la pared derecha, un reloj enorme que dice con su tictac pausadamente los segundos; enfrente, distribuidos con regularidad, treinta o más sillones de cuero café, estilo Luis XV, enormes, mudos, patriarcales... y en la pared derecha, sobre la humilde puerta que guarda la pieza de recibo de Su Excelencia el Presidente, un retrato al óleo de Simón Bolívar, severo como una creación de Urbino.

»Precedieron unos segundos, durante los cuales se apoderó de mi corazón una obcecante incertidumbre, muy parecida a la que deben sentir los ajusticiados en los últimos momentos de capilla.

»... y llegó mi hora.

»Pase usted, me dijo el guardia, haciendo una ligera inclinación, y avancé resuelto, pero poseído por un vago sentimiento de temor y respeto.

»En un ángulo de la pequeña sala estaba Su Excelencia, de pie, con los brazos cruzados, austero. Su pieza de recibo es humilde, humildísima. Allí no se ve ese boato perturbador que es tradicional en los hombres dirigentes y en las testas coronadas. No se expone más adorno que un armario de caova con pocos libros, una mesita y algunos escasos muebles blancos.

»—¿Cómo está usted, señor G.?

»—Bien, doctor, gracias. Vengo a presentarle mis respetos y a darle buenas razones del gobernador de Antioquia».

Alfonso ya llevaba diez días en Bogotá. Había visitado redacciones de periódicos, viceministros, había averiguado sobre becas y tomado la decisión,

bastante peculiar en alguien que sabía escribir endecasílabos, de pedir una beca de Veterinaria que estaba ofreciendo el gobierno de Chile. Además, y gracias al poeta Del Castillo, quien parecía conocer a todos los habitantes de Bogotá que no andaban descalzos o en alpargatas, había conocido a mucha gente del medio artístico, especialmente poetas, que en aquella ciudad del Águila Negra salían al parecer, como cucarachas, de todas las rendijas. Había de toda clase: pobres y ricos, calvos, de sombrero sucio, de gafas atadas con cordones de seda. Alfonso mismo era presentado como el Poeta G., y eso que desde el Eloísa no había vuelto a quebrarse la cabeza con ninguna rima. Era ahora un asiduo del Salón el Diábolo, donde se reunía casi a diario con un selecto grupo de figuras menores de las letras colombianas, entre las que se encontraban Helios, Del Castillo, un santandereano al que le faltaba un meñique y firmaba como Argos, el poeta valluno Luis Villafañe, a quien se le atribuía un alma de cristal debido a que siempre creía lo que le decían, especialmente si era absurdo, y cuatro o cinco personalidades más que vivían en el límite entre el arte poético y la necesidad de gorrear un trago de vez en cuando. Casi todos eran pobres, aunque había unos más pobres que otros, y casi siempre Alfonso o Rivas, que no obstante lo antipático era bastante generoso, debían pagar por los consumos.

Sus economías iban disminuyendo sin misericordia. La primera carta que recibió de su padre, escrita en una letra fuerte y clara, contenía algunos pesos y la advertencia de que de allí en adelante tendría que bandearse como pudiera. Ese mismo día Alfonso pagó un aviso en el periódico, que decía: Alfonso G. profesor de inglés, clases a domicilio, calle 13 número 340. Y al día siguiente vio entrar a su cuarto a un señor robusto, vestido de impecable paño inglés, que se presentó como el general Arjona. Llevaba gafas verdes y gruesas que soltaban visos de coleóptero, y bastón con empuñadora de plata en forma de cabeza de caballo.

El general Arjona pisaba duro y se movía con gestos poderosos y firmes, pero tenía voz suave e incluso un poco triste. A veces se quedaba como alelado tras sus anteojos verdes y Alfonso empezaba a sospechar que había metido la pata en algo y el general se había molestado. Pero no era así. El general Arjona, con el corazón encogido, acostumbraba perderse en el recuerdo de su mujer, quien había muerto dos meses atrás de un cáncer de hígado que supo sobrellevar con santidad y heroísmo. De vez en cuando el antiguo militar se olvidaba de su interlocutor y se metía en una especie de burbuja hipnótica de perfecta comunión con el recuerdo de la que había amado

tanto. Imágenes que para un observador imparcial habrían resultado tal vez monótonas (Magnolia sonriendo, con una palita de jardinería en la mano frente a un matorral de hortensias; Magnolia con delantal blanco, horneando unas galletas en forma de estrella que a veces le quedaban medio crudas), para el general Arjona tenían la fuerza, en sí misma inmortal, del amor intenso y pleno. Pasan los hombres pero la luz permanece, cambia el perfil de las mareas, muere una flor pero no la Rosa.

—¿De qué veníamos hablando, joven?

—De su tercera hija, general.

—Se llama Magnolia, como la mamá, pero no se le parece. La que se parece es la menor, que se llama Luisa.

Sus hijas se llamaban Violeta, Antonia, Magnolia y Luisa. Tenían profesor de música y matemáticas, profesora de francés y profesor de inglés. El de inglés había sido un viejo boquitorcido y carraspeador que siempre produjo un suave aunque constante asco a las muchachas y que acababa de ser internado en el hospital, víctima de una rara enfermedad de la vesícula. El general Arjona quiso entonces aprovechar la oportunidad para echar con diplomacia al anciano gargajoso diciéndole que no podía dejar tanto tiempo a las niñas sin clases y que iba a conseguirle remplazo. Al día siguiente se entrevistó con Alfonso, quien le agradó por lo bien vestido y seguro de sí mismo, y fijaron un precio de cincuenta centavos por clase, para comenzar esa misma tarde.

La llegada de Alfonso sorprendió a las muchachas, que no esperaban a nadie tan joven y sonriente. Luisa, la menor, después de saludar pidió permiso y subió a su cuarto para cambiarse el vestido azul por uno color de rosa con pequeñas flores crespas bordadas en el cuello. De regreso a la sala entró a la habitación del general, que en ese mismo instante, en su sillón, estaba recordando a Magnolia sentada en las escalinatas del portón, con un perro pequinés neurótico y belfo en el regazo. Luisa le dio un beso en la mejilla y el viejo militar sonrió, pero no entendió lo que se le estaba agradeciendo.

La clase empezó con un chocolate caliente y cremoso que trajo la empleada del servicio en una bandeja de plata. Alfonso siguió el ejemplo de las muchachas, que cortaron gruesas rebanadas de queso y las pusieron en el líquido oscuro. Largos hilos de queso cayeron sobre las lenguas rosadas, entre los dientes parejos y grandes de las hermanas, que sonreían y miraban a Alfonso de reojo. El muchacho sacó del chocolate una tira larga que se afinó demasiado, cayó en su chaleco y él quitó del paño con la cuchara. «Is good this cheese!», dijo entonces y miró sonriente a Luisa, que se había acercado

con una servilleta para limpiarle la poca mancha que había quedado. Olía a rosas.

—¿Que qué? —preguntó ella.

Alfonso repitió la frase y Luisa sin entender, sin querer preguntar más, hizo brillar una sonrisa encantadora.

Pero en general no hubo mucho inglés aquella noche. Metido en el perfume entreverado de las muchachas y dejándose llevar como por un río, Alfonso permitió que se pasara de una cosa a otra de un modo juvenil y anárquico. Revisaron un cuaderno grande que tenía dibujos a color y tinta china de plantas del Nuevo Mundo, con flores de curuba, eróticas orquídeas o flores con nombres latinos —que no dejarían de ser eróticas porque en la vida real olieran a podrido—. Después Violeta le mostró un libro con una dedicatoria de puño y letra de Silva para Magnolia, la madre, antes de que se casara con el general. Alfonso recitó el «Nocturno» con mucha seguridad, sentimiento y también con mucho acento, y Magnolia, que era burletera, se la pasó un rato hablando con la ese aplastada y el dejo desabrido, aunque sonoro, de los antioqueños. Antonia, de ojos azules y cara caballuna, tocó en el piano una sonata de Beethoven y cometió algunos errores que sonaron como pequeños derrumbes. «Fue una velada encantadora», escribiría Alfonso luego. Al momento de despedirse Luisa alargó un poco el beso, y cuando el muchacho se vio otra vez en la noche fría y vacía de Chapinero, la cálida humedad persistía todavía en su mejilla. Antes de acostarse, Luisa entró otra vez al cuarto del general (Magnolia joven preguntándole si le gustaban sus senos) y le dio un abrazo largo y sentimental.

A la mañana siguiente le llegó a Alfonso una notificación en la que se le daba audiencia con el presidente esa misma tarde. Llevado por un sentimiento de triunfo se dedicó entonces a matar las horas escribiendo un soneto para Luisa. Cambiaba palabras, consultaba el grueso y feo diccionario de la rima, miraba pasar las nubes que cruzaban luminosas por la ventana. Y a eso de la una de la tarde completó las dos últimas estrofas:

*Triunfal apareció tu adolescencia
—como una extraña rosa de clemencia—
en el santo jardín de mis antojos.*

Decía la una. La otra decía que se habían apagado todos los luceros del cielo al reflejarse en los certeros y quemantes luceros de tus ojos. Y empezó a

arreglarse para ir a Palacio.

Se presentó al presidente como periodista y, consecuentemente, al principio se habló de la prensa. Con sencillez y suavidad, en un tono menor y cariñoso, el doctor Restrepo expresó su opinión de que en las naciones modernas si la libertad de prensa no era la primera de las libertades sí era la base y condición de las otras. «Acuérdese joven —dijo— que bajo el pretexto de altas conveniencias políticas y morales se cerraron las válvulas de la prensa y se abrieron las puertas del destierro para muchos compatriotas, y que al amparo del silencio obligado del periodismo se especuló con el tesoro nacional, se entronizó el fraude y hasta se comprometieron nuestro crédito exterior y nuestra soberanía, mientras que en el interior se labraba la miseria y la ruina del pueblo colombiano».

Alfonso era demasiado joven, y acordarse no se acordaba. Sin embargo, el tono a la vez sencillo e intenso con que había hablado el viejo estadista lo convenció de inmediato. «Estoy perfectamente de acuerdo con usted, señor presidente», dijo. Y cuando estaba pensando lo que podía agregar para mostrarle al doctor Restrepo que realmente había entendido sonaron unos oportunos golpes en la puerta y apareció una mujer aindiada, impecablemente vestida con un delantal blanco.

—Buenas tardes, joven —dijo—. El tintico, doctor.

Durante el café el doctor Restrepo empezó a charlar con liviandad sobre temas sin importancia. Al parecer sabía bien quién era Alfonso, porque de pronto le preguntó por José Jesús, y el muchacho vino a enterarse de que su tío había sido compañero del presidente en el bachillerato. A Alfonso le costó algún esfuerzo decir algo sobre su tío que estuviera a la altura de la conversación o pudiera interesar al doctor Restrepo. No hubiera estado bien decirle: «Acaba de perder un ojo, doctor» o «Ahí leyendo y fumando tabaco, su excelencia». Con habilidad, mencionó que su tío estaba, como siempre, «encorvado sobre los libros y entregado a la meditación y a la sabiduría».

—Un buen muchacho, José Jesús. Un poco soñador, sin embargo. Y dígame, joven, ¿qué proyectos lo han traído a la capital?

El doctor Restrepo, al parecer, no encontró ningún inconveniente en que el joven periodista estuviera tratando de conseguir una beca para estudiar Veterinaria en Santiago de Chile. Al fin y al cabo la gente joven, potencia pura, contiene en su germen todos los oficios del mundo.

MEDELLÍN, 1977

León, recogiendo datos, miraba publicaciones amarillentas donde las propagandas de los vermífugos disputaban el espacio a poemas precarios tras los cuales latieron corazones de hombres jóvenes que los escribieron sin duda bajo el empuje de sus propias glándulas y hormonas, pero que sonaban a falso, sílaba por sílaba, palabra por palabra, verso por verso. Las palabras rosa y lágrima se repetían una y otra vez, así como las palabras goce, curvas, triunfales, ondulantes y carmíneas. Los ocasos con sus mediastintas, el intenso olor de rosa, la tierra dormida al amor de las estrellas, la brisa dormida al amor de los jardines florecían en libros de papel casi vitrificado que le pasaba una bibliotecaria antipática, corpulenta, quien sospechaba que aquel hombre que muchas veces olía a trago, aquel extraño lector, terminaría por arrancar ilustraciones valiosas de libros que parecían importarle mucho: la Basílica de Villanueva a medio construir (1895), obreros tendiendo los hierros del Ferrocarril de Antioquia o la foto de un arriero con sus mulas en plena calle de la ciudad de Medellín.

Porque León, convencido de que la semilla contiene al mandarino, estaba también convencido de que todas las cosas se remiten entre sí, y creía entender de qué modo el corazón de Alfonso había podido latir —«siento palpar el corazón del Progreso en mis manos», escribió— la vez que en su primer viaje a Cisneros su caballo se encabritó cuando, al llegar a una fonda, una masa de hierro que largaba vapor por todas partes aulló demoniaca en una montaña que hasta entonces sólo había conocido el vapor de los terneros recién nacidos, el resoplido de las mulas y el fácil y sedoso vuelo de los gallinazos.

Dándole la espalda a la bibliotecaria, León de vez en cuando sacaba una botellita de uno de los bolsillos del saco y se echaba un trago para que su imaginación pudiera arder con la visión de los guayacanes que habían resplandecido y dejado caer su basura luminosa sesenta o setenta años atrás, o con la visión de los adolescentes que, tal vez en Santa Rosa, habían escrito poemas de amor a mujeres inexistentes que su imaginación había sacado, ficción de ficciones, de las rimas mórbidas que el poeta maldito original había

sacado a su vez de una mulata realmente mórbida y deliciosamente rítmica y vulgar, mientras afuera tañían las campanas de la iglesia, un par de perros que se habían atado eran separados a pedradas por los niños y el poeta adolescente gozaba su miseria, aunque peripatética real, a la sombra de un icaco en el solar.

Que volara su imaginación no era difícil, pues todo estaba allí, frente a sus ojos. La bibliotecaria, por ejemplo, malhumorada y cejiguesa, no era la primera mujer demasiado velluda para el gusto de muchos periodos de la historia de Antioquia y Caldas que se había salvado de quedarse soltera gracias a unos ojos brillantes y morenos que ni siquiera con los años se opacaban y que traían su peculiar embrujo de los moros —ónix que se transmite de una generación a otra a través de los siglos—, que supieron atesorarlas, si joyas, y gozarlas entre sábanas de seda y brocados exquisitos. Como en un armonioso deshielo, el alcohol todo lo despejaba, el mundo perdía sus secretos, las cosas perdían sus fronteras. Lo que León miraba llameaba así en sus ramificaciones anárquicas que a veces eran equivocadas, pero que siempre, por más falsas que fueran, al mirarlas bien, como una perla falsa que de todas formas encontraba su inevitable origen en el mar, resultaban verdaderas. Y el mundo y su flujo eran comparables, más que a una quebrada, a un árbol infinito cuyas ramificaciones extremas se hundían en la materia vertiginosa del vacío, desde donde, nutriéndose de la nada, hacían aparecer como por juego curas, odios filiales, amores absolutos, albatros incesantes, guamos, pomares y podridas coronas de muerto. Muertos pobres, muertos ricos, un pistoletazo en la noche, la sombra triste de los olmos, la hiedra trepando por los muros, metiéndose en las piedras y echando raíces en las cuencas vacías de los ojos.

«Y valga la redundancia», pensó León entonces, levantando por un momento sus ojos de la revista amarillenta para dejarlos ir por la ventana hacia un cielo recalentado y agrisado por la industria. Un olor fétido venía desde el río, donde los gallinazos que se paraban en las piedras miraban pasar el agua sulfúrica, enmierdada y espumosa, de donde de vez en cuando sacaban cosas como tripas —tripas, posiblemente—, que engullían rápido para quedarse otra vez inmóviles, como si fueran de piedra. A las cuatro de la tarde, hora en que la botellita quedaba vacía, León devolvía el material a la bibliotecaria corpulenta, quien no tenía más remedio que reírse del chiste que se le soltaba a quemarropa, ya que el flaco abogado era de los que se iba poniendo más y más amable, más y más cariñoso y agradable con cada porción

de alcohol que alumbraba en sus venas. Salía entonces de la biblioteca y se iba caminando hacia el centro.

Ya en el bus, rumbo a su casa, León se abstraía tratando de imaginar el hogar paterno de un joven poeta de Santa Rosa, 1913, la neblina, el padre ordeñando la vaca en la madrugada con sus manos grandes de venas hinchadas y como de bronce, hábiles con el ganado, hábiles también para manejar la pequeña fábrica de velas que había levantado a pulso con ellas, hombre de muchas artes y poseedor de un sentido del humor demoledor e implacable, última persona, en fin, sobre esta tierra a quien se le podía suponer la desgracia de tener un hijo tocado por la maldición de la poesía.

SANTA ROSA, CALDAS, 1913

Hacía mucho tiempo no se tenían noticias de Zenón. El Día de la Madre había llegado una carta con un poema largo, titulado «Madre». En él se empezaba pidiendo a doña Lucero, la mamá, que oyera su dulce canto que era un sincero cantar y aromara con el santo vino de su llanto su pobrecito cantar. Después, entre otras cosas, mencionaba que el suyo era un trovar que se quedaba luciendo como un cristal entre sus canas de seda y sonoro se enredaba en su alma de cristal, y, finalmente, le pedía que le dijera al sepulturero que no lo fuera a enterrar, que ella lo iba a guardar en un cajón de romero. «¡Díselo al sepulturero, madre de mi corazón!», terminaba.

También llegaron unas líneas para el padre en las que se describían los extraños estados de ánimo por los que estaba pasando. Decía que la tristeza era un vino de dioses que debía tener su origen en los viñedos de Grecia, y que él solía embriagarse muchas veces con ese licor helénico. Decía que sólo los espíritus vulgares vivían en una perenne delectación de júbilo, sin verter nunca en su copa algunas gotas de ese amargo vino de paganos. Decía que se sentía con frecuencia dionisiaco y gozaba mucho cuando su cáliz se rebosaba de tristeza, ese dulcísimo vino que debió de exprimirse la primera vez en los mejores parrales del Ática. Había observado que los espíritus frívolos y vulgares se embriagaban siempre con el vino de la felicidad, mientras que muy pocas veces se atormentaban con la tristeza, ese don aristocrático de las almas superiores.

Don José Bedoya estaba en el corredor con los pies metidos en una ponchera con permanganato de potasio, y a medida que leía sus cejas parecían espesarse cada vez más. Un perro mediano y gordo se rascaba incansablemente su barriga pecosa con la pata derecha y producía un tableteo continuo en las maderas del corredor. Don José sacó una media agria —de ahí el permanganato— de un zapato muy lustrado y lleno de rajaduras y le aventó el zapato al perro. Pero no le dio y el objeto, después de pegar contra las macanas de la chambrana, fue a caer abajo, metiéndose en la negrura húmeda de donde brotaban matas de café y naranjos. El perro caminó despacio hasta la

chambrana, se asomó al empinado solar con una mezcla de pereza y curiosidad y, con un trotecito antipático, desapareció de la escena.

Eran las cinco de la tarde de un domingo gris y lluvioso. La humedad se metía en las articulaciones de las cosas, entristeciéndolas. Ya había escampado, pero las hojas todavía soltaban gruesas gotas que resonaban al caer sobre el follaje más bajo y ensombrecían indeciblemente el universo entero. Don José Bedoya, con un suspiro profundo de hombre corpulento, sacó los pies de la ponchera que parecía llena de vino —«vino de paganos», pensó con ironía—, y con los pies descalzos teñidos por el permanganato bajó hasta el solar y empezó a buscar el zapato entre las matas. Después de un rato lo encontró en el copo de un cafeto, fúnebre y absurdo bajo la luz mortecina de aquel cansado atardecer. Como los pies se le habían llenado de barro y hojas podridas, don José se sentó con el zapato en la mano y le gritó a doña Lucero que le llevara una vasija con agua. Un trueno empezó a sonar, continuo y gris, como si hubieran descargado un cargamento de piedras por una ladera.

—¿Qué le dice Zenón, mijo? —preguntó doña Lucero.

Nacida para la alegría, el destino parecía empeñado en traerle sufrimiento. Doña Lucero había sufrido cuando Zenón decidió dejar la casa para irse al seminario, había sufrido cuando Zenón dejó el seminario para volver a la casa, pero también cuando dejó otra vez la casa y se fue para Bogotá. Había sufrido, por supuesto, al dar a luz, pues el muchacho se le vino demasiado cabezón y descolocado, y había sufrido cuando el médico le dijo que ya no iba a poder tener más hijos. Matilde, una hermana, tuvo nueve; Genoveva, la menor, trece. Entonces Zenón empezó a crecer difícil y calamitoso. A los tres meses se brotó por todo el cuerpo y duró casi quince días convertido en una pequeña llaga que lloraba. Después vinieron infecciones, una absurda caída de un caballo (un brazo roto), una absurda caída de un madroño (fémures rotos) y finalmente, al inicio de la adolescencia, una racha de lívidos y perrunos desarreglos sexuales que desembocaron de pronto en una calenturienta vocación religiosa. Se le había aparecido la Virgen del Carmen en lo alto de un icaco. Con el corazón oprimido por la tristeza doña Lucero, que había nacido para la alegría, se puso a bordar con hilo azul las iniciales Z. B. en la ropa interior del muchacho. Después empezó, todos los viernes, a batir natillas y a freír buñuelos que Zenón, enloquecido sin duda por la culpa, dejaría podrir en su baúl de seminarista para hacer penitencia. Al parecer doña Lucero había dado a luz a la Melancolía misma. Vio a su hijo ponerse cetrino bajo el peso de unos pecados mortales que parecían alojársele en los huesos. La sotana se

le llenaba de caspa, el aliento se le empezó a poner dantesco. Doña Lucero, con la esperanza de extirpar el mal desde el origen, le llevaba al seminario frascos grandes con agua de apio o toronjil, pero todo fue inútil. Zenón sentía que no se trataba de un mal sino del Mal mismo, y consideró inútil beberse las aguas de apio o toronjil, que vertió por la letrina. Entonces doña Lucero empezó a ver que su hijo iba llenándose de cierto orgullo malsano, el de creerse la encarnación del Mal mismo, orgullo que fue creciendo hasta casi parecer la encarnación misma del Orgullo. Los compañeros del seminario se burlaban de su grandilocuencia y le ponían apodos. Al principio lo hacían de frente, pero después tuvieron que conformarse con burlarse a sus espaldas, porque Zenón, a pesar del mal aliento, dio señales de una irritabilidad sólo comparable con su valentía. El muchacho era flaco y verde, pero cuando se enojaba se volvía una fiera. Un día casi le arranca una oreja de un mordisco a un seminarista medio menso que no había querido creer que Zenón podía ponerse peligroso, y doña Lucero lo vio llegar a la casa, maleta en mano, después de haber sido irrevocablemente expulsado del seminario. Para ella su hijo representaba una maldición larga y en cadena. Otra vez en la casa, el muchacho no quiso dedicarse a nada útil sino que se entregó sin más a la pereza. Leía flores malditas de la literatura, dormía hasta más allá del mediodía, se pasaba horas enteras en el solar como un espanto verde, meditando a la sombra de los naranjos. Y a todo aquello Zenón daba el nombre de *spleen*, palabra inglesa que literalmente significa bazo, pero también mal humor o tristeza profunda. Doña Lucero, que había nacido para la alegría, no sabía ni qué nombre darle. Unas veces era bilis, otras malalimentación y otras nervios, y a cada nombre correspondía algún remedio casero que el muchacho a veces se tomaba sólo para complacerla.

Porque Zenón Bedoya nunca dejó de querer a sus padres.

—Que qué le dice Zenón, mijo —repitió doña Lucero.

Y esa era tal vez la desgracia de don José. Si su hijo hubiera resultado cuatrero o estafador la vida habría sido más fácil para él. Con una frase bíblica lo habría arrancado de su corazón, librándose así del sufrimiento al que estaba destinado. Lo mismo si Zenón hubiera resultado un hijo desnaturalizado que golpeaba a su madre y escupía la sombra de su padre. Pero el destino tampoco parecía empeñado en facilitarle las cosas. El amor de su hijo por él no solamente era auténtico sino, además, profundo, y no sólo era el afecto sino también el sentido de justicia lo que le impedía mostrarse demasiado duro con Zenón. De modo que cuando el muchacho regresó del

seminario don José fue incapaz de agarrarlo del pescuezo, como aconsejaban la mayoría de los vecinos y familiares, y clavarlo en la fábrica aunque fuera a cortar pabilos. Recurrió, en cambio, como hacía siempre en momentos difíciles, al humor y a la lejanía. Don José casi nunca hablaba sobre las rarezas de su hijo, y cuando lo hacía el comentario casi siempre resultaba cómico. Una vez alguien le preguntó por las actividades de Zenón, y don José, después de meditarlo, contestó que el muchacho regularmente se quedaba en la cama, peyendo, hasta la una y después se levantaba todo lagañoso a hablar solo y a escribir carajadas debajo de los naranjos. Decía esas cosas con maña y lenta premeditación, como buscando ser exacto, y tal vez era por eso que parecían chistosas. Después de hablar, don José sentía alivio, como si hubiera conjurado por un momento el demonio de la amargura.

—Dice que está muy contento porque está muy triste y que se siente aristocrático —dijo—. Mejor lo hubiéramos amarrado de una pata al papayo. Dice que si le puedo mandar cuarenta pesos.

Duró cuatro meses con lo del *spleen*, y entonces en alguna parte se consiguió un horroroso sombrero alón y una fúnebre capa de paño y se fue para Bogotá. Antes de partir tomó a su madre por los hombros y, diciéndole «madre», le estampó en la frente un beso que él mismo llamó Ósculo de Amor Filial. Doña Lucero sintió que el corazón se le desmadejaba de lástima al ver a su hijo en esa facha, ojeroso y maldito, trepándose en una mula huesuda que se consiguió quién sabe en dónde. Mientras el muchacho se despedía, don José prefirió hacerse el dormido para no tenerlo que ver, disfrazado como de gallinazo, desaparecer para siempre entre los cafetales.

Doña Lucero, que, como todo el mundo, había nacido para la alegría, miró a su marido con reproche y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Ay, mijo, pero usted sí que es! —dijo.

Don José Bedoya se secó cuidadosamente los pies con la toalla de rayas blancas y azules. Entonces vio un grupo de chamones que, como ceniza flotante en aquel atardecer lluvioso, llegaron a posarse en el guanábano.

Aves de mal agüero.

ENVIGADO, 1913

Así que Pepa no tuvo más remedio que hacer aparecer las cartas de Alfonso, como casualmente, en el esquinero donde se ponían los recibos de la casa. Para alguien de su temperamento, aquel pequeño acto representó una humillación profunda que clamaba venganza. Imágenes monstruosas en las que se veía a sí misma golpeando encarnizadamente las espaldas de su hija con un zurriago comenzaron a flotar como tremendas flores del mal en el abigarrado río de su sueño. Un retardado alto, pelirrojo, de cabeza aplastada, dientes podridos y ojos azules que venía a recoger todos los días la aguamasa para los marranos de un señor Piedrahíta fue vapuleado verbalmente de un modo tan salvaje que nunca más quiso aparecerse por aquella casa. Era el último en una larga fila de servidores y dependientes —el penúltimo fue el muchacho orejón que vino a deschamizar los mandarinos— que habían escapado de aquella mujer como quien escapa de las garras de la muerte.

La mañana del Domingo de Ramos, tres días después de que Josefina le dijera a Pepa que no fuera a botar las cartas de Alfonso porque le pesaba, Pepa intentó acusar a Rosalba de haberle soplado a Josefina sobre la llegada de las cartas de Alfonso. Y aquello dio origen a la pelea más larga y violenta que jamás tuvo lugar entre las tapias de esa casa. Rosalba, que de por sí era seca y dura, cuando se salía de casillas no perdía nada de su dureza pero en cambio ganaba una filuda eficacia verbal que lindaba con el don de lenguas. Cuando Josefina entró a la casa con las dos grandes hojas de palma que ella y Rosalba pensaban trenzar para la procesión, encontró a las dos mujeres azotándose con frases que caían como ráfagas de vitriolo. Pálida como una muerta y con sus ojos grandes aún más agrandados por la ira, Rosalba le echaba en cara a Pepa su desnaturalizado desamor por Josefina. «Ya te veré en los infiernos aullando como una maldita», gritaba Rosalba, quien en el calor de la rabia había regresado a la igualdad original entre los humanos y tuteaba a su patrona sin misericordia. «¡Callate vos, montañera hedionda!», respondía Pepa, en sus ojos azules un filo blanco como el de la punta de un puñal, «que vos no tenés por qué meter tus pezuñas en lo que no te interesa, cochina

metida, ¿oíste?».

Por aquel entonces las chimeneas de las fábricas no habían comenzado a ensuciar el cielo y las nubes viajaban impecables contra el azul del firmamento. Al hombre que hacía de Jesús se le había torcido un poco la barba y uno de los apóstoles había detenido el burro para arreglársela. En ese momento el animal descolgó su falo como un telescopio y soltó un abundante chorro de orines espumosos. Los ramos se agitaban en la brisa suave y producían un sonido dulce y seco que recordaba la tierra de Judea. Josefina alcanzó a ver al bobo de la aguamasa, alto y dientipodrido, entre la multitud. Llevaba en sus manos grandes un pequeño ramo tejido en forma de cruz, sucio y raído, como si se lo hubieran regalado de las sobras del año anterior. Conmovida, Josefina le dijo a Rosalba que la esperara y fue hasta donde el bobo y le dio cinco centavos. Los campanazos se perdían sin remedio en la concavidad del cielo. El retardado dio las gracias con una risa cavernosa que parecía subirle de las tripas.

Pasó el Domingo de Ramos, pasó la Pascua de Resurrección y empezó el mes de María. En la casa se respiraba un ambiente helado y cargado de amenazas. Dos racimos de bananos que habían sido colgados en la cocina con algunos días de intervalo empezaron a madurarse a destiempo, de modo que cuando uno se había puesto pecoso y soltaba su aroma penetrante entre nubes de moscas minúsculas, el otro empezaba a perder su verde profundo bajo la lenta marea de un amarillo suave que emergía de su centro como un amanecer. Sin embargo, en aquella cocina nadie tenía ojos para mirar los rayos del sol cruzados por el vuelo de esas moscas ni para respirar el matizado progreso en el olor de los bananos. Se hablaba poco, y cuando se hablaba las palabras tenían una resonancia impúdica, como cuando a alguien le da risa o le retumba el estómago en la misa. Pepa, por supuesto, en el calor de la pelea del Domingo de Ramos le había dicho a Rosalba que cogiera sus cochinos trapos y se largara para la porqueriza de donde había venido, pero Rosalba, que después de la pelea quedó inamovible como una montaña, ni siquiera hizo el amago de irse. Con expresión sólida y neutra continuó moliendo el maíz por las mañanas, volteando las arepas y achicharrando la carne hasta dejarla con el aspecto de un fosilizado pedazo de vaca del paleolítico.

El 14 de mayo Josefina venía caminando despacio hacia su casa, al mediodía, por una calle donde el único movimiento lo producían ella y el lento ondear de las pequeñas banderas azules y blancas que celebraban a María desde las ventanas de las casas. Muy arriba volaban los gallinazos,

pero iban tan alto que a veces ni siquiera podían distinguirse. En una bolsa grande colgada del hombro, la muchacha traía sus libros y el tambor con el bordado de un jugoso geranio rojo metido en una matera color tierra. A pesar del hambre Josefina venía despacio, tratando de organizar en su cabeza las palabras con las que iba a pedirle a Pepa el dinero para la pensión del mes de mayo. Doña Aura Vélez, envuelta en un pañolón negro y sentada en una silla de vaqueta, miraba el mundo desde sus ojos ancianos al frente de la casa de los Vélez. Era bondadosa, pero su rostro, por lo arrugado y cetrino, recordaba el rostro de la muerte.

Josefina dejó caer luminosos círculos de banano sobre los frijoles oscuros, pero no empezó a comer sino que se quedó mirándolos. Rosalba le puso a un lado un plato pequeño con dos arepas redondas y humeantes que habían sido pulcramente doradas por las brasas.

—Hoy es el último día para pagar la pensión en el colegio, mamá —dijo entonces—. Si nos pasamos le toca con recargo.

La vida de Josefina, en contraste con aquella tierra de montañas inmensas y apeñuscadas, transcurrió serena y sin demasiados sobresaltos. Era como una extensa llanura donde la vista, en cualquier dirección en que se orientara, casi siempre iba a perderse en el tranquilo trasfondo del vacío. Una inundación o una guerra seguramente habrían hecho visibles su extraordinaria valentía y resistencia, para asombro, tal vez, de los demás mortales. Pero a la puerta de su casa no llegaron nunca guerras o inundaciones, y la fortaleza de su ser sólo se manifestó en el sostenimiento ininterrumpido de una alegría tenue y poco dramática y en la ausencia total de reproches o lamentaciones. Sin embargo — y aquello no dejaría de asombrar a León, dándole de paso la clave para entender a aquella mujer crispada y arrolladora que había sido Pepa—, lo único que llevaba a Josefina, ya anciana, a mostrar un pequeño asomo de amargura no era el recuerdo de la traición de Alfonso, que el tiempo al fin y al cabo había puesto en su justo sitio, demostrando que la palabra traición en realidad no se ajustaba demasiado, sino el recuerdo de aquel amargo mediodía.

Pepa miró a su hija con un gesto en el que había ofensa y desprecio, y, utilizando el lenguaje despiadado que ha sabido destilarse en aquella tierra de montañas difíciles, le hizo saber que no estaba dispuesta a seguir botando la plata en carajadas, que las mujeres no habían sido hechas para el estudio y que de todas las ventoleras del padre de Josefina, esa de la Normal había sido la más... Y le fallaron entonces las palabras, o tal vez no quiso terminar por

amor a su marido muerto.

—Lo mejor es que te quedés en la casa —remató—. Aunque sea para que le ayudés a la otra pendeja a hacer oficio.

VEREDA LAS BRISAS, CERCA DE SANTA ROSA, CALDAS, 1911

A pesar de lo huesuda, la mula se había portado bien y había caminado con seguridad por una trocha que muchas veces se ponía demasiado inclinada y pantanosa. En un trecho difícil una rama le tumbó el sombrero a Zenón, que se bajó para recuperarlo y metió el pie en un charco hondo y frío. Ahora sentía la molestia de la media encharcada y del frío que le subía como una tristeza desde el zapato negro. Abajo se veían los techos de las casas y, alrededor de una de ellas, el amontonamiento de árboles frutales entre los que estaba el zapote grande con los niños.

La niña, ágil y audaz, se había trepado al zapote manchándose los calzones con el verde del musgo de las ramas y había empezado a lanzarle las frutas al niño, abajo, que tendía las manos parpadeando. El niño tenía manos delicadas y frágiles, como de ardilla, y ponía mucha atención cuando su hermana le avisaba que iba a lanzarle un zapote; pero cuando la fruta finalmente aparecía en el aire, el niño se asustaba, cerraba los ojos y se hacía a un lado, dejando el camino libre para que el zapote fuera a reventarse contra la tierra embarrada. La hermana, arriba, en una minúscula reproducción de su madre, lo regañaba entonces, utilizando expresiones como «lombriciente», «táparo» y otras. El niño no tenía arriba de seis años y era pálido, ojón e indudablemente lombriciente. Era muy inteligente e imaginativo, jugaba con hormigas y soñaba con ángeles fosforescentes que le traían juguetes de cuerda o con ánimas del purgatorio que empezaban a salir del cafetal filtrándose entre las matas como una neblina aterradora. Después de tirar unos veinte zapotes, de los que el niño no cogió ninguno, la hermana se bajó del árbol y empezó a regañarlo otra vez, sacudiéndolo del brazo.

—Si me seguís jodiendo le sapeo a mi mamá que te subistes al zapote — dijo entonces el niño, conciso y precoz.

Zanjado el asunto, se pusieron a buscar los zapotes que habían rodado entre la vegetación mojada. Cuando terminaron de encontrarlos se sentaron en

el barro frente a la pila de frutas como frente a una hoguera, y empezaron a comérselas.

Zenón Bedoya bajaba por el camino leyendo un libro pequeño con versos blasfemos y dolientes, ciego a las flores de san Joaquín que bordeaban el camino y golpeaban a veces su capa tenebrosa. Los dos niños, sombras fugaces, cruzaron por entre los árboles haciendo sonar la vegetación como si hubieran pasado dos pequeñas ráfagas de viento. Traían el corazón golpeando en las costillas, un silbido continuo en los oídos y lo que más querían en el mundo era llegar rápido donde estuvieran los grandes. Zenón bajaba en su mula, ciego a los cafetales cargados de pepas verdes, sin sentir el delicado olor de humo de leña que se metía entre los intersticios de la vida, ciego a los guayacanes que por entonces estaban florecidos.

Después de brotar del nacimiento, el agua se encajonaba en el frágil acueducto de guadua y empezaba, apenas salida de la tierra, a buscar otra vez la tierra, bajando por la montaña, metiéndose entre piedras enmusgadas, cruzando aérea su transparencia entre los árboles, soltando secciones de guadua para resplandecer un poco en el aire como un pez y venir a completar su minúscula caída en secciones de guadua escalonadas un poco más abajo. La madre de los niños, al final del acueducto, golpeaba una camisa mojada contra una laja grande de cemento; ponía la cabeza lejos, al modo como leen los hipermétropes, y se mordía suavemente la masa de la lengua con las muelas del lado derecho. El ruido de la camisa mojada, flap, flap, se metía entre los sombríos cafetales y se iba debilitando hasta desaparecer en la tierra húmeda y oscura. Los niños emergieron de la vegetación, se descolgaron por un pequeño barranco anaranjado y cayeron temblorosos frente a la madre que lavaba. La niña traía la bata embarrada, las gastadas botas también embarradas y una pepa de zapote ya roída y rasposa entre la boca. Además del barro, el niño traía la cara manchada con el color de los zapotes. Se plantaron frente a la mamá, muy juntos; ella, sin dejar de golpear la camisa y morderse la lengua, los escrutó con ojos cafés y mirada dura. Otros días les habría dado una pela por haberse ensuciado tan rápido, hoy vio que traían miedo y preguntó:

—A ver, ¿y cuál es la joda ahora?

Los niños se miraron, la miraron y se miraron los pies. La niña le dio un codazo al hermano.

—Contale vos, Aníbal —dijo.

Aníbal, que usualmente era fluido como una cascada, parecía ahora tener

problemas para verbalizar sus asuntos. Se puso a mirar un pollo grande y de pescuezo pelado que pasó picoteando cosas en el barro.

—Fue que vimos a Satanás —dijo finalmente con voz aguda y rápida.

El pollo de pescuezo rojo encontró una especie de tripa larga y salió corriendo con ella como si otros pollos lo estuvieran persiguiendo.

BOGOTÁ, 1913

Y fue justamente el ojeroso poeta Del Castillo quien le habló a Alfonso de aquel pequeño cuarto en la carrera octava. El Hotel Japonés podía ser todo lo bello que quisiera, especialmente en los días soleados, pero en general resultaba demasiado frío y en todo caso demasiado caro para las menguadas economías del muchacho. Acompañado por Del Castillo o por el ingenuo Villafañe, Alfonso había mirado muchísimos cuartos, que a veces resultaban infames por lo caros y otras por lo pulguientos. Habían hablado con mujeres desgredadas y melosas, con solteronas de buena familia que cobraban duro por sus ancestros, con mujeres de pañolón que los miraban un rato desde postigos entreabiertos como si fueran ladrones. Fue una búsqueda larga pero agradable que le trajo a Alfonso el deslumbramiento de conocer por dentro una ciudad nueva y que terminó con el hallazgo de aquel pequeño cuarto que daba al patio de los eucaliptos.

«Es muy modesta la nueva habitación donde acabo de instalarme en la carrera octava. Es de atrayente y rara sencillez, en el tercer piso de una casa nueva; un cuartico pequeño, arreglado con las comodidades que pudieran exigirse a un estudiante relativamente acomodado.

»Son olorosos y brillantes sus muebles de cedro; nuevo es el foco de luz. El papel de colgadura, de un violeta pálido, hace resaltar el amarillo de la alfombra. Es de una gasa ordinaria y transparente la cortina que recata el ventanillo abierto sobre un patio de eucaliptos jóvenes, a cuyo amparo florecen margaritas estrelladas y flores diminutas. Pienso pasar horas muy felices en mi nueva estancia: horas de apacible soledad lejos del estúpido bullicio de los hoteles y de las maisons. Aquí, sin que nadie me perturbe, podré entregarme a mis estudios y a mis pensamientos... y cuando trate de zairirme la Melancolía, me asomaré a la ventana y, pasando inadvertidamente las páginas de algún cuento romántico, se facinarán poco a poco mis pupilas, hasta cerrarse arrulladas por el recuerdo de Luisa y por el leve rumor que subirá del huerto de los eucaliptos...».

Luisa dejaba besos fugaces que tenían el mareador perfume de las rosas.

Luisa, al pasar, dejaba roces en Alfonso, con sus manos, con la remota ternura de los senos. Luisa tenía voz cambiante que a menudo adquiría resonancias demasiado dulces, pero a veces lograba la templada dureza de los bronces. Su imagen, que ahora acompañaba a Alfonso constantemente, se iba transformando desde que la veía la última vez, embelleciéndose de tal manera en su imaginación que al día siguiente, cuando la veía de nuevo, sentía una ligera, casi inconsciente sorpresa porque sus dientes eran un poco más grandes de lo que recordaba, sus orejas demasiado salidas. Sin embargo, la muchacha era de temperamento estético y sensible, y Alfonso, después del choque entre la imagen que traía y la imagen de la verdadera Luisa, sucumbía de nuevo a la móvil dulzura de la muchacha, y su corazón a ratos parecía querer descoyuntarse de admiración y deseo. En cierto modo era un proceso inverso y en pequeño al que habría de sufrir la imagen de Josefina, que poco a poco perdería encanto, exagerándose en su supuesta falta de gracia provinciana, para terminar sorprendiendo a Alfonso cuando años después regresara a su pueblo y viera que su belleza había sido a fin de cuentas la más abrumadora que había visto hasta entonces en mujer alguna.

Al final de una de las clases de inglés, Luisa deslizó furtivamente en la mano de Alfonso una pequeña postal de cigarrillos (robusta mujer joven en blanco y negro frente a un telón gris oscuro; vestido azul con escote ribeteado en rosa, únicos colores en la foto) en cuyo dorso se leía: «Te adoro. Quiero que vayas conmigo al cementerio a llevarles flores a Elvira y a José Asunción. En la puerta te aguardaré a la una de la tarde». Y a la una se encontraron, bajo el ángel de la muerte que miraba el mundo de los vivos desde lo alto del portón del cementerio con la oscura guadaña aferrada entre sus horrorosas manos de mármol.

Tomados de la mano se internaron por los corredores y empezaron a buscar la tumba de Elvira. Alfonso caminaba con cierta solemnidad, en una mano la mano de Luisa, delicada como un clavel, y en la otra el elegante sombrero de paño apoyado contra el lado derecho del tórax. Luisa iba muy pegada a él, pequeña y liviana, con un ramo de violetas contra el pecho. Dos ratas grandes habían corrido una tras otra pegadas contra la pared llena de tumbas, pero desaparecieron antes de que los jóvenes dejaran atrás unos mausoleos y empezaran a caminar entre las bóvedas.

En alguna parte cantó un gallo.

Los pétalos de violeta cayeron sobre la losa que cubría los restos de la hermana del poeta.

—Parecen mariposas vencidas —dijo Luisa.

Caminando muy juntos recorrieron otra vez los corredores y fueron a visitar el pabellón de los suicidas. La muchacha se apoyaba en Alfonso, quien sentía contra su cuerpo la dureza de los muslos jóvenes, tan remotos y cercanos, que vivían en la profundidad de su vestido negro. Un copetón empezó a cantar con mucho brío, casi atropellándose, como si acabara de llegar al centro del universo, a la fuente original de todas las formas posibles del vacío. En una pequeña viñeta poética que Alfonso enviaría a un primo suyo describiría aquella visita a la tumba del Maestro y hablaría de retoños verdinegros de una hiedra que enmarcaba y cubría un nombre en la lápida. Hablaría de sus manos medrosas separándolos cariñosamente, y sus ojos y los ojos de Luisa, como si fueran unos solos ojos, leyendo el nombre del poeta escrito en letras de oro sobre el mármol negro. «Y sentí fiebre, sentí locura de abrazar contra mi corazón la enredadera que con tanto fervor trepaba sobre el muro a covijar los restos sagrados del Maestro», escribiría. Pero en realidad no hubo ninguna hiedra sino una jarra de bronce que contenía un pequeño ramo de claveles renegridos.

Lo que sucedió de regreso fue rigurosamente cierto y sirvió como remate a la pequeña pieza literaria que Alfonso enviaría al primo. Ya había descrito la llegada de él y de Luisa al cementerio y la destapada de la hiedra, después vinieron los sentimientos al unísono y ahora llegaba el momento de decir callamos. «Callamos. El alma del lugar se apoderó de nuestras almas. La brisa se quejaba en los pinos y soplabá entre las hiedras.

»—Vámonos, Alfonso.

»—Vámonos.

»Y al mirarme en sus pupilas luminosas y sinceras, llegó hasta mi corazón una extraña sensualidad de vida, un vago perfume de profanación, un anelo voluptuoso...

»Y entrecorté el silencio de la hora con el rumor de un beso ávido que sembró sobre la albura de su cuello el más vivo y ensangrentado de todos los claveles».

En la casa del general Arjona ya se les había empezado a considerar un poco como novios. Cuando el general no estaba en el club se la pasaba en el estudio, entre tomos de apariencia severa que contenían en realidad obras de Alejandro Dumas padre y Alejandro Dumas hijo, de Emilio Salgari o de Julio Verne, en ocasiones leyendo, pero casi siempre perdido en sus recuerdos. Le había tomado afecto a Alfonso, y cuando el muchacho llegaba dejaba de lado

El vizconde de Bragelonne (Magnolia en la cama, casi desnuda, cortándose las uñas de los pies con una tijerita de plata) y bajaba a conversar un poco sobre política. El viejo militar era de un conservadurismo muy amable y civilizado, aunque ligeramente ingenuo, y, en contraste con las suyas, las ideas liberales de Alfonso, algo vagas y contradictorias, alcanzaban a sonar audaces. El general Arjona admiraba mucho a José Vicente Concha, candidato de los conservadores a la presidencia, porque el doctor Concha tenía el talante de un caballero, era honesto y amaba la patria. Alfonso, dentro del mayor respeto, concedía que la caballeridad era importante, afirmaba que el doctor Concha era impresionante como un noble toro en la tribuna, pero pensaba que la caballeridad sin una idea clara de lo que los pueblos necesitaban para alcanzar el Progreso Técnico podía llevar a esos mismos pueblos a la ruina. El general Arjona concedía que el Progreso Técnico era importante, pero pensaba que lograrlo con base en sacrificar nuestra soberanía era un error funesto. Alfonso replicaba entonces que la soberanía era lo primero, pero que implicaba también el derecho de los pueblos a mejorar sus destinos. Y así, cediendo en una cosa para discrepar en otra, llegaban a un punto donde la situación política y económica colombiana en aquella pujante primera mitad del siglo XX se hacía tan soberanamente confusa e insoluble que resultaba necesario llegar a una tregua de silencio de la que finalmente salían con gusto, poniéndose caballerosamente de acuerdo en algún detalle de menor importancia, la indudable capacidad carismática del general Uribe o algo por el estilo. Los dos disfrutaban mucho con aquellas conversaciones. El general decía que había sido una muy amena conversación, joven, y Alfonso contestaba que a más de amena había resultado asaz instructiva. Se daban la mano. Alfonso iba a dictar su clase de inglés y el general subía otra vez a la penumbra del estudio. Magnolia, la perfecta y minúscula medialuna de sus uñas cayendo sobre las sábanas o perdiéndose como esquirlas de nácar en las profundidades de la alfombra.

Las clases de inglés, entre chocolates, pasabocas y sonrisas, no avanzaban mayor cosa, pero a nadie parecía importarles. Cantaban, bailaban valeses, miraban álbumes de daguerrotipos, clavaban mariposas en mariposarios y pegaban flores secas en herbarios. Violeta, Antonia y Magnolia desaparecían a veces al unísono, elementos de una partitura, figuras de un ballet, abriendo el espacio para que Alfonso sintiera en la boca los dientes fríos de Luisa, su lengua cálida que dejaba un ligero regusto a agua de rosas. Carraspeos musicales anunciaban el regreso de las hermanas, que gozaban con la corbata

un poco torcida de Alfonso, las mejillas arreboladas de Luisa. Y al final se hacía un pequeño simulacro con verbos irregulares o modismos que a lo mejor ya ni se usaban en ningún país de lengua inglesa, pero que justificaban los pesos que el general Arjona enviaba con mucha puntualidad a Alfonso semanalmente.

Eran muy pocos los pesos, sin embargo, y el muchacho —que debía encontrar el modo de vivir hasta que se le aprobara definitivamente su beca para Chile, lo que podía demorarse tres o cuatro meses— se aplicó a buscar trabajo. El general Arjona conocía al ministro de Guerra y le dio una carta en la que lo recomendaba especialmente. Pero aquello terminó en un pequeño desastre, pues el ministro resultó ser un antioqueño de apellido Arango, que no sólo era demasiado bruto y violento, sino que además andaba de mal genio cuando Alfonso fue a visitarlo. El hombre abrió con fuerza el sobre que contenía las amables palabras del general —a quien íntimamente despreciaba, tal vez por el bastón con empuñadura de plata, tal vez porque el general usaba un lenguaje demasiado pulcro— y las leyó rápido y como con asco. Miró al muchacho, que le cayó gordo, pues le pareció demasiado presumido y bogotanzado. Entonces le dijo que lo único que tenía disponible era un puesto en la Gendarmería Nacional.

—Siento mucho no aceptar el puesto que me ofrece, y más siento todavía saber que el señor ministro de Guerra se haya equivocado tan desgraciadamente al apreciar mis ideales, que son, si no más, por lo menos tan elevados y generosos como los del señor Arango —dijo Alfonso, quien sintió una indignación profunda y espontánea, como si le hubieran cruzado la cara con una bofetada, y salió del despacho sin despedirse. Escaleras abajo meditaba sobre lo triste que era tener que convencerse de que en Colombia había ministros que no tenían siquiera la cultura de los lustradores de zapatos.

El ministro, arriba, maldecía al general Arjona por hacerle perder el tiempo con cagones engréidos.

RUMBO A BOGOTÁ, 1977

León, que no creía que la apariencia fuera distinta de la esencia, que no creía que las cosas grandes tuvieran mayor importancia que las pequeñas o que la verdad viniera delineada e inequívoca como una patada en la espinilla, había hecho un viaje a Bogotá para averiguar más sobre su asunto. León, quien entendía que las cosas de este universo son a la vez reales e imaginarias, vio pasar las montañas que le habían tocado en suerte, armoniosas y ajenas por completo a cualquier noción de simetría. A la altura de Anserma, un niño que se había subido al bus con una caja de cartón en la que maullaba un gato pequeño se fue poniendo cada vez más verde hasta que vomitó en extraordinaria cascada blanca sobre uno de los malevos que habían viajado hablando duro y bebiendo aguardiente a pico de botella. León miró de reojo a aquel hombre joven, que seguramente había arrimado navajas a más de un prójimo, cubierto por el líquido que todavía conservaba granos de maíz casi enteros (azadones, boñigas humeando desde el barro, vacas mugiendo en el amanecer, neblina, taza de mazamorra en el corredor mientras resoplaban los caballos), apenas tocados por los agrios jugos gástricos, que habían sido detenidos a medio camino en su conversión de una cosa en otra. El malevo, expuesto a la alternativa de aguantarse o coser al muchacho a puñaladas, finalmente decidió aguantarse, aunque no sin antes insultarlo con esa lenta premeditación que entre los malevos del Valle de Aburrá había llegado a convertirse en casi un arte.

Y todo se iluminaba. Precipicios, cañadas profundas donde alumbraban los metálicos yarumos, cafetales oscuros donde llameaban los guayacanes florecidos, pueblos que se anunciaban con un creciente desbarajuste de latas y cemento, pueblos que desaparecían como un decreciente reguero de ladrillos, casas de tapia desde las que miraban mujeres pálidas, flotas que llevaban nombres heroicos y pasaban peligrosas, coloridas y potentes por el filo de los abismos enmugados. A la altura de Cajamarca todavía se sentía el olor ácido del vómito, pero el niño hacía tiempo que se había bajado con su gato maullador. Entonces se hizo de noche. El malevo vomitado dormitaba con los

colmillos al aire mientras a su compañero se le iluminaba la cara terrosa con el resplandor de un cigarrillo. Para León todo aquello se presentaba como múltiples ramificaciones de un mismo enredo, semejante al asunto famoso del ser que tiene su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna. Pararon en una ciudad donde dos niños balanceaban una parrilla con chuzos de carne como si fuera un incensario. Después se metieron veloces por un valle amplio donde había ganado rumiador que levantaba la cabeza al paso de la flota iluminada. Tal vez sea cierto que el tiempo fluye sólo en una dirección dentro de la gran nada sin antes ni después. Pero ¡por cuántas vertientes!

León nunca supo qué tanto había logrado averiguar en Bogotá. Al fin y al cabo la ciudad había cambiado mucho desde 1913. En Chapinero, por ejemplo, donde según las descripciones de Alfonso se respiraba un aire casi pastoril, León tuvo la oportunidad de presenciar la pelea aterradora entre dos choferes de bus a punta de varilla. Y en la Plaza de Bolívar siete monjes hare krishna, calvos, pasaron como grandes lotos anaranjados sonando campanillas y sonriéndose con ojos de ángeles mensos. La ciudad entera, igual que Medellín, parecía a medio hundirse en un apocalipsis pobre y raído, sus cerros llagados, basura por todas partes, niños casi salvajes bañándose en las fuentes públicas. Además llegó donde un amigo que era demasiado bohemio y bebedor, y lo recibió de entrada con una fiesta grande en su apartamento que duró toda la noche y terminó con media docena de supervivientes metiéndose en un carro viejo que los llevó a un pueblo que tenía un nombre indio difícil de recordar. Allí siguieron bebiendo, primero en una tienda donde sólo se veían cervezas y cigarrillos en las estanterías oscuras, después vagando por caminos veredales llenos de sauces, eucaliptos y campesinos cetrinos que empujaban pequeños burros peludos de ojos grandes y lustrosos. A ratos parecía como si el general Bolívar y sus huestes heroicas y rotas ni siquiera hubieran pasado todavía. Los sobrevivientes se sentaron bajo unos sauces llorones que se mecían al lado del camino y uno de ellos sacó un paquetico de cocaína que se echaron por la nariz, unos con mucho profesionalismo, otros, como León, con evidente torpeza de aficionado. La belleza de aquella tierra brilló entonces en sus ojos con doloroso y palpitante esplendor.

Al día siguiente su amigo lo despertó con la noticia de que le habían regalado una botella de ron de las Islas Caimán y la opinión de que había que probarlo. Las venas le latían en la sien. El líquido ambarino hizo crujir los hielos en los vasos, viajó (cañaduzales lejanos) por la sangre del abogado y empezó a disolverle el dolor de la frente. Se metió en el baño con el vaso de

ron, que dejó a mano sobre la tapa del inodoro, y se duchó mientras miraba por la ventana a los penitentes que subían como piojos por el cerro de Monserrate. Cuando salió del baño su amigo lo esperaba con la botella de ron y la pregunta sobre la opinión que le merecía uno de los que habían viajado en el carro, que era poeta. León dijo con sencillez que ese más bien era un hijo de puta: si no fuera porque el hombre se acomodaba demasiado en su condición de poeta y forzaba al universo entero a rotar sobre la pequeña gloria que le alimentaban los papeluchos literarios que semanalmente sacaban los periódicos de Bogotá y Medellín, tal vez León no habría considerado tan importante que el poeta llegara a la casa a pegarle a su mujer cuando él se emborrachaba.

O sea que ese día tampoco fue a la biblioteca. Y sólo tres días después, ocho desde su partida de Envigado, vino aquel hombre orejón a asomar su flaca y larga presencia —bluyines, saco de paño Everfit que parecía corto de mangas, una libreta grande de las de contabilidad en la mano, zapatos no muy lustrados y de diseño no muy moderno— al recinto solemne custodiado por una diosa griega que sostenía una ramita de olivo o de cafeto en la mano derecha.

Mientras le iba agarrando el tiro a los ficheros, León buscó la be de Baudelaire. Pidió el original y un par de traducciones y se sentó a esperarlos. Al rato uno de los vigilantes dejó caer los libros sobre la mesa como con rabia.

—Ficha —dijo.

León tardó en entender que el vigilante quería la pequeña moneda de cobre que le habían dado a cambio de su cédula y su libreta de contabilidad (prohibido entrar libros, prohibidas las libretas y cuadernos). El abogado, que había bebido bastante el día anterior, empezó a buscarla en los muchos bolsillos del Everfit mientras sentía débiles remezones de pánico en el vientre. Finalmente dio con ella en el bolsillo interior del lado izquierdo, arriba, y la entregó con alivio.

Cuando León leía a Baudelaire ya no buscaba en el oleaje de sus versos la flor corrupta, los lúbricos miasmas del pantano, sino los lugares, los límites precisos donde la luz se fundía con la sombra. Para encontrarlos había que pasar con cierto estoicismo sobre carroñas, perfumes enervantes y excesivos, múltiples gusaneras y satanases anacrónicos. La primera estrofa de «Un viaje a Citerea» lo golpeó como un mazazo:

*Mon cœur, comme un oiseau, voltigeait tout joyeux
Et planait librement à l'entour des cordages;
Le navire roulait sous un ciel sans nuages,
Comme un ange enivré du soleil radieux.*

Recitó León con sus atroces eses aplastadas mientras sentía que la luz le erizaba la espina dorsal y entraba a torrentes en su alma, oscurecida por casi una semana de parranda continua y por un tiempo que se había vuelto demasiado frío y lloviznoso. La adolescente que en la silla de al lado había estado consultando un libro grueso y escribiendo constantemente como si quisiera transcribirlo completo a sus pequeños papeles verdes lo miró con ojos atormentados entre la obligación y el tedio.

—Prohibido leer en voz alta —dijo un vigilante. León se quedó mirando la compacta figura que se alejaba, los fondillos gastados de sus pantalones de paño, el cuello de su camisa, que parecía roído por las cucarachas. Cuando miró otra vez el libro, «Un viaje a Citerea» no sólo había perdido toda su luz, sino que aparecieron ahorcados podridos e intestinos colgantes que para él carecían de interés.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a la niña. Por alguna oscura razón León inspiraba confianza a los animales y a los niños. Ella cerró los ojos un momento, como para medir sus palabras.

—Un resumen de la *Odisea* —dijo.

—No se permite hablar en voz alta, señor —dijo el guardia, esta vez enfatizando con desprecio la palabra «señor».

El ambiente era indudablemente malsano y mortecino. «Esto está como jodido aquí», pensó León mientras miraba el techo, de donde caía una luz helada que no dejaba respirar. «Me gustaría estar en el mar». La rencorosa cara de Baudelaire lo miraba desde uno de los libros, escasos mechones de pelo grasiento, boca sumida y ojos atormentados y aparentemente malignos. «Lo más seguro es que también le rompía la crisma a la mulata», pensó entonces, como sin darse cuenta.

—Vámonos de este cagadero.

BUENAVENTURA, 1945

Como largos ecos que de lejos se confunden en una tenebrosa y profunda unidad, vasta como la noche y como la claridad, los perfumes, los colores y los sonidos se responden.

BAUDELAIRE

Alfonso regresaba de un viaje a Nueva York, donde había comprado a buen precio algunas de las obras de arte que los norteamericanos arrancaban con excesiva facilidad de una Europa devastada por la muerte —trofeos de guerra, primero de los nazis, ahora de los vencedores—, y que eran rematadas en los grandes salones neoyorquinos. De vuelta a Colombia, se embarcó con sus porcelanas de Sèvres y candelabros de Meissen —en total cuatro mil quinientos kilos de cosas bellas que incluían un luminoso Van Dyck— en el Hastings Victory, barco de guerra que había sido adaptado como carguero y que atracó en Buenaventura el 4 de diciembre de 1945.

La noche venía cargada con el olor del salitre y con el pesado vaho de la vegetación podrida que los ríos habían bajado de la selva al mar. En las tinieblas repletas de nubes la oscuridad se profundizaba en su negrura y se adensaba, como en un vértigo, en un vórtice de inestable vapor donde los pesados cascos de acero se mecían, flotando a la vez en el agua oscura y en la profundidad de los cielos. Igualados en su condición flotante, el Hastings Victory y los detritos, cáscaras de plátano, troncos, una hoja de periódico con la fotografía de Churchill flotaban sin remedio hacia su disolución. En el brumoso vientre del Hastings los óleos que hacía más de tres siglos habían sido puestos por el flamenco sobre el lienzo no brillaban en sí mismos, sepultados como estaban en las bóvedas del buque, entre tablas de pino, sino en la mente de Alfonso que, sentado en el corredor del hotel mirando al mar oscuro, los pensaba.

También Alfonso flotaba hacia su disolución. Las luces del puerto se veían

amarillentas y precarias ante la inmensidad de la oscuridad circundante, y parecía como si en cualquier momento fueran a ser desbordadas por el océano eterno de lo que no tiene forma. Cierta ahogo, cierto dolor en el brazo, ciertas titilaciones en los dedos de la mano izquierda señalaban para Alfonso de manera inequívoca la proximidad de aquello donde toda luz individual acaba, donde todo límite se pierde. Pero en la conciencia de aquel hombre, a quien todos los placeres del cuerpo y del espíritu que su organismo mortal había pedido le habían sido concedidos —por azar, por Dios, por el destino—, no había angustia desordenada ni rencor alguno. No había dolor por no haber soñado, sino una creciente tristeza por la próxima disolución de tan nutrido sueño. El recuerdo del Van Dyck hacía resonar en su espíritu las vibraciones sensuales que nos produce la posesión personal de lo que se considera bello, sensualidad que es llevada a su límite más alto por la certeza de que todo fue sólo un sueño fugaz, juego de luces. Pero entonces Alfonso, tratando de enfocar recuerdos más remotos, sentado en el corredor oyendo al mar golpear sin tregua el malecón, vio con la claridad de quien mira una nube deshacerse que la disolución hacía ya tiempo había comenzado, que morir se era tan largo como vivir y que la confusión era implacable. «Impresiones múltiples — escribiría— que se atropellan y se entremezclan en la subconsciencia. Ya en su mente se debe haber comenzado a formar ese vago e indefinido panorama interior que constituye la esencia de los viajes. Millones de impresiones se van olvidando, multitud de paisajes vistos se van borrando, centenares de emociones desaparecen de la memoria y todo ese tropel de cosas vistas y sentidas en diferentes partes y a distintas horas se va desorganizando y muriendo a medida que el tiempo pasa. Y al fin queda solamente un conjunto subconsciente que forma en el alma un telón de fondo donde todo aquello que alguna vez ha sido va entregando sus colores y sus formas. Ya hoy, después de treinta años, de mis primeros viajes, del mar y de las bellas ciudades y los impetuosos amores, sólo queda en el fondo de mí ser un conjunto de recuerdos confusos y borrosos. De cada diez mil ideas y de cada diez mil impresiones apenas una perdurará dentro de mí. Las demás se murieron, se fueron muriendo una a una, como caen las hojas en el otoño...».

Las luces del puerto parecían señalar la frontera entre la vida y la inevitable eternidad. La noche venía cargada con el olor del salitre y con el pesado vaho de la vegetación podrida que los ríos habían bajado de la selva al mar.

BOGOTÁ, 1913

Alfonso, Rivas, Villafañe, Del Castillo y un poeta extremadamente engréido que se llamaba Martínez Mutis, laureado muchas veces en Colombia y engrandecido recientemente con el Premio Panamericano, de Cádiz, fueron a oír el debate sobre el proyecto de homenaje a Jesucristo que iba a llevarse a cabo en la Cámara de Representantes con motivo del inminente Congreso Eucarístico. Martínez Mutis tenía muchas influencias y logró conseguir invitaciones para que todos se sentaran en la tribuna de la prensa, que consistía en unas bancas largas como de iglesia asomadas a un pequeño balcón con barandas de madera, desde donde podía apreciarse con comodidad la gesticulación de los representantes.

—¡Viva Jesucristo! —gritó alguien en las barras, muy nutridas, pero no alcanzó a arrancar voces de respuesta. El poeta Rivas miró a Martínez Mutis con ojos sardónicos; el poeta Martínez Mutis dijo algo poniendo cara de sarcástico, pero Alfonso no alcanzó a oírlo. Los ceniceros estaban repletos de colillas y escupas. Cuando un representante joven pidió la palabra, el poeta Rivas sacó una botellita de plata del bolsillo interior de su gabán, se echó un trago y la pasó a Del Castillo, quien bebió con expresión sombría y ausente. Villafañe dijo algo sobre la solemnidad de la hora y Alfonso lo miró como si no lo viera.

El representante joven, conservador, hablaba con tremenda inspiración y construía frases largas y sonoras que al parecer nunca tocaban piso, semejantes a esa vegetación de la selva que se lanza de un árbol a otro, florece, se multiplica, se eleva como si quisiera copar a Dios o rellenar el universo y no tiene necesidad ni una sola vez de tocar el cieno oscuro de la tierra. La figura del Nazareno, evocada de manera nutrida y tropical, flotó en aquel recinto solemne que cada vez se cargaba más con humo de cigarrillo. A veces la imagen del Salvador venía sola, a veces con su madre María, y una larga vez con María Magdalena, que fue descrita no sin fruición como una especie de santa lúbrica que, no obstante lo santa, terminaba por dejar un inequívoco olor a sedas y a hembra. Pidió entonces la palabra otro

representante joven, antioqueño, famoso por su densa retórica, pesada como el plomo, quien empezó a exponer lo que había significado la figura del Mártir del Gólgota para la gloriosa historia de la patria.

—Vámonos, ala —dijo Rivas—. No creo que vayan a declararlo *persona non grata*, estos piscos.

—¡Sería un deshonor! —exclamó el apasionado Villafañe, y Martínez Mutis, que no lo conocía bien, lo miró con admiración, pensando que se había tratado de un sarcasmo. Los ojos de Rivas brillaron en cambio como los de Satanás mientras miraba a aquel hombre joven de cara larga e insulsa, a quien no sin razón se atribuía un alma de cristal.

El diabólico Rivas había bebido la semana entera y cada día amanecía más lúcido y diabólico. Ya por la mañana había tenido un pequeño disgusto con Del Castillo a propósito de la opinión de Rivas sobre un muy florido poeta italiano a quien Del Castillo admiraba mucho y que Rivas calificó de diarreico, deshuesado y hemofílico. Y a lo largo del día estuvo echándole pullas al sombrío autor de «Sor María», llamándolo Bedoya y pasándole el brazo por encima del hombro con malévolos paternalismo mientras decía cosas que el otro no entendía muy bien y lo llenaban de miedo e impotencia. Pero como su respeto por Rivas era tan grande, el poeta Del Castillo prefería no decir nada y continuar sumergido en la melancolía silenciosa. En el recuento que haría Alfonso sobre los hechos de aquella noche se hablaría, no sin elegancia, sobre «desavenencias intelectuales entre aquellas mentes contrastadas», que fueron más o menos las palabras con las que el honesto Villafañe le describió el siniestro agarrón entre los dos poetas. Tal vez el poeta Villafañe no quiso enlodar la imagen de sus amigos, tal vez vivía en un mundo amable donde sólo había rosas sin espinas, jardines sin mierdas de perro, vida sin subyacente podredumbre.

El grupo empezó a caminar hacia el apartamento de Rivas, y Alfonso, cansado de la pedantería de Martínez Mutis, que producía en él una como somnolencia dolorosa, se despidió y se fue para su cuarto a soñar con Luisa. La noche estaba fría. La luna llena había salido por detrás de los cerros e iluminaba las desiertas callejuelas con una luz abundante y metálica. El poeta Rivas jaló un pañuelo rojo del bolsillo derecho de su gabán y en el extremo apareció una llave negra y grande. El pesado portón soltó un quejido. Rivas se agachó y le puso la cara a un perro gordo y un poco maloliente, que la lamió con tristeza. El grupo de amigos cruzó el rosal del patio, donde las flores resplandecían bajo la luz de la luna, y subió por unas precarias escaleras de

madera que traqueaban. Arriba, el líquido ambarino empezó a llenar los vasos y a bajar con su fuego a los estómagos, calentó las sangres. Martínez Mutis recitó un poema suyo titulado «Dream», en el que se mencionaban entre otros a Shakespeare, Hugo, Verlaine, Aubrey Beardsley, Nerval, Laforgue y Mallarmé:

*Nerval suspira a la luna.
Laforgue suspira de
males de genio y de fortuna.
va en silencio Mallarmé.*

Terminó diciendo con un giro seco de torso que hizo que su perfil, aguileño y noble aunque algo escaso de mandíbula, resaltara contra la luz de la lámpara como si fuera de mármol. El poeta Rivas, mirando por la ventana, vio pasar un grupo de perros que perseguían a una pequeña perra en calor por la calle llena de luz de luna. El poema de Martínez Mutis, como todo lo que contribuía a alejarlo de la belleza que había buscado tanto, y que alguna vez creyó tan cerca pero jamás logró poseer, le produjo una tristeza punzante, como si le hubieran hundido un alfiler en pleno pecho. El largo trago de coñac que le bajó por la garganta se convirtió en fuego de amargura.

—Y ahora Bedoya, el poeta mentecato, seguramente nos va a rematar con el poema que le escribió a la vulva que lo dio a luz, con motivo del Día de la Madre —dijo entonces, tal vez sin querer.

Zenón Bedoya amaba a su madre. Mientras se levantaba la risa de Martínez Mutis como el horrendo cacareo de una gallina, el rostro del poeta Del Castillo fue pasando de su color pálido habitual al blanco casi puro. Afuera los perros se encolmillaron y se trenzaron en una tremenda gazapera. El poeta Villafañe dijo algo sobre no dejar que nuestra sangre ardiera por pequeñas bromas inofensivas en las que sólo debía reconocerse el afán de pasar un rato ameno entre camaradas.

—Puede que yo sea un mentecato, ¿oíste? —dijo Zenón Bedoya, liberado por un instante de su melancolía, su sometimiento intelectual y su seudónimo —, pero no soy ningún hijo de puta como vos. Y ahora, que si no te gusta, la podés poner como querás, ¿me oíste? —agregó, y se arrancó del cuello, y de un tirón, su capa tenebrosa.

Un movimiento mal hecho, una palabra, un ligero gesto y el diabólico Rivas habría perdido tal vez un ojo o una oreja de un mordisco. Tal vez habría

muerto, de hecho, pues Zenón Bedoya agarró un atizador de hierro que el poeta Rivas guardaba en el cuarto para sentirse más seguro cuando las resacas del alcohol alcanzaban a ponerlo paranoico. Sin embargo Rivas, empezando también a palidecer, no dijo nada y ni siquiera levantó los ojos. Volvió a llenar la copa y, con un gesto sereno en el que a duras penas alcanzaba a distinguirse el tremendo esfuerzo por no temblar, se la vació completa a su organismo. Un portazo señaló la salida de Zenón Bedoya, quien cruzó por el jardín de rosas con la cara blanca, como si ya estuviera muerto.

Entretanto Alfonso, que había estado soñando con una imagen vaga de una como Josefina, como Luisa semidesnuda que se reía con desprecio e impudicia, era despertado por la bulla de unos borrachos que discutían afuera. Cuando el ruido se perdió, asfixiado por el silencio de las calles heladas, Alfonso encendió la luz y recompuso sobre el papel lo que quiso que hubiera sido su sueño: «Como una estatua de la tentación —escribió, dirigiéndose a Luisa— estabas en el centro de mi cuarto, encubierta con una gasa de encages orientales la intuitiva maldad de tus diez y nueve años. Tus ojos iluminados por un fulgor desconocido y temible, tus labios —enrojecidos por un goce maligno— se florecían en la más extraña de todas las sonrisas. Y tu cabellera, desflecada con refinada malignidad sobre tu rostro de lino, y dejándose vencer voluntariamente por el atrevimiento de las cejas rebeldes, abría un disco de armonía y de paz a ese lunar que en mitad de tu frente invitaba al pecado en sus lúbricos resplandecimientos de lucero diabólico. Así te llegaste hasta mi sueño, triunfante y gososa. En la diestra, una lira de fuego que vibraba con intensidad demoniaca. Y en la izquierda, empurpurada y miedosa, la cabeza de mi tranquilidad, que mirabas de vez en cuando para gozarte con satánicas fruiciones, como la danzadora bíblica al sentirse humedecida por la sangre del bautizador, o como Judith, que con el prestigio de la cuchilla vengaba, sincera y complacida, un minuto de voluptuosidad».

ENVIGADO, 1913

Josefina llevaba su espera con la calma de quien sabe que todo a su debido tiempo le va a ser concedido. Los pétalos de las flores de los mandarinos cayeron como ripio de madreperla sobre la tierra oscura y allí, de luminosos seres que habían sido, pasaron de nuevo a convertirse en tierra. Después de que su madre la sacó del colegio, la muchacha evitaba en lo posible encontrarse con ella, daba incluso pequeños rodeos si era necesario, y sólo le hablaba cuando no tenía más remedio. Pero Pepa, que vivía como tapiada en su egoísmo, al parecer ni se daba cuenta, seguía crispando el aire de la casa con sus órdenes enervantes, sus comentarios brutales, y seguía odiando a su hija con honda e inconsciente pasión. Se alegró cuando después de las primeras cartas, que Josefina creyó haber escondido bien para evitar cualquier intromisión, empezaron a pasar los días sin traer ninguna noticia de Alfonso.

—Y ni señales de la golondrina —dijo un día con sorna, y la muchacha supo que se refería a la golondrina que abandona sus aleros, segundo verso de la primera estrofa del poema que Alfonso había mandado desde Honda. Supo también que era inútil tratar de esconder nada de las pesquisas neurasténicas de su madre, afirmación constante, y para Pepa misma un poco angustiosa, de su poder frente al más mínimo movimiento que se diera en aquella casa.

Doña Aura Vélez, que durante algunos años había estado esperando la muerte al frente de la casa de los Vélez, se murió de un callado infarto una noche en que había muchos truenos, y fue llevada al cementerio para que otra vez se convirtiera en tierra. A veces el viento llegaba, se arremolinaba en pequeños vórtices y levantaba polvo, trepaba papeles por los aires. Las flores de las batatillas que subían por la tapia del solar exhibían todas las mañanas su belleza fugaz y puntual, azul celeste contra la rugosa textura café hecha de boñiga apisonada; arriba, sobre las tejas de barro y emergiendo de pedazos casi enteros de boñiga, se desplegaban las flores de orquídea. Espantosos gemidos de gatos en celo desgarraban la tranquilidad de la noche en los tejados. A veces llegaba el olor de la lluvia, olor molecular del agua que

antecedía al aguacero que venía avanzando con sus telas grises y sus goteras gordas que levantaban el polvo de la tierra. Y entonces todo se volvía como una hermosa y perpetua muerte, el sonido de la lluvia se eternizaba en los tejados, el agua rugía subterránea al caer por los bajantes y entristecía tal vez el corazón de Josefina que, oyendo llover como oyen llover las gentes de los trópicos, esperaba. Por las noches Rosalba contaba cuentos tenebrosos con personajes que estaban a la vez vivos y muertos, e historias en las que las ánimas del purgatorio fluían por calles silenciosas (Amagá al amanecer) que se hacían a su paso aún más silenciosas. Cuando Rosalba narraba sus historias parecía que el viento del medioevo se hubiera metido entre las cosas, llenando el aire con el musgoso olor de épocas seclusas y terribles. Los viandantes de los caminos se topaban con viandantes misteriosos y cojos que los embaucaban con palabras sabias y dulces, les hacían promesas de joyas y pezones, les ofrecían en fin todo un mundo de oro, lujuria y sabiduría a cambio de su alma. Las fauces de los infiernos se abrían entonces para tragárselos, sumándolos a una eternidad que en las cuidadosas palabras de Rosalba adquiría una resonancia atroz, como si fuera ella misma quien hubiera inventado la palabra eternidad, la estuviera pronunciando por primera vez y recobrara así toda la pureza que su uso por parte de hombres y mujeres irresponsables durante milenios de terror humano había menoscabado. Josefina ya no sentía miedo sino una especie de oscuro placer con las imágenes que Rosalba desplegaba: las flores de san Joaquín de los caminos golpeando las ruanas de los viandantes que, no sin algún recelo, caminaban acompañados por Satanás —su pezuña metida en una bota de vaquería— hacia la eterna perdición; el canto inaudible de las ánimas, lechosas ánimas que caminaban con pasos vacíos por calles empedradas, visibles sólo para algunas gentes —y para todos los perros, que aullaban a su paso— se extendían con su vaporoso tejido de niebla y llenaban de terror el corazón de los niños dormidos que soñaban con ellas; *La mala muerte*, pintura de una señora gorda que ni siquiera en su hora final quería arrepentirse, y más bien, sin mirar al sacerdote que imploraba, sonreía a los demonios burlones, pequeños como micos, que brotaban de todos los rincones mientras el resplandor de las llamas eternas comenzaba a lamer las tablas de la cama de aquella mujer perdida que al parecer deseaba ahora más que nunca arderse en el infierno para poder desde allí odiar al Creador con toda la fuerza de su alma condenada. Los colores de la narración, muy contrastados, llenaban a Josefina con la convicción de que Dios, aun en el modo de crear la maldad, había alcanzado

la suprema perfección.

Entretanto Pepa soñaba con cuchillos que se hundían en las carnes de su hija para buscarle el corazón. Los perros aullaban. Las inextinguibles cucarachas, invulnerables dentro de la oscuridad del cuarto, caminaban a trechos, no lejos de su cama, atentas y calculadoras, sobre las rugosas baldosas de ladrillo.

Pero contra la luz ¿quién puede? A Josefina le había sido otorgado un organismo sereno y propenso a la alegría, y sus ojos grandes, del color del trigo, sabían amar con calma y esperar. De vez en cuando iba a la casa de Alfonso y con delicada prudencia lograba obtener noticias suyas: que había encontrado trabajo en un ministerio, que enseñaba inglés a las hijas de un militar, que la beca para Chile había dejado de ser cosa segura y en cambio se abría la posibilidad de una beca, también de Veterinaria, para Bélgica. La madre de Alfonso —a quien Pepa odiaba sin medida a causa de que sus hijos pudieran, podían o podrían eventualmente bajar a palazos las mandarinas de sus árboles— la quería mucho y sabía darle las noticias con suavidad, sin que la muchacha tuviera que preguntar demasiado y exponer sus sentimientos. Otras veces venía Ramón Ochoa, que para Alfonso era casi un hermano, y charlaba con Josefina un rato en la puerta de la casa. Le decía entonces que él mismo hacía mucho tiempo no recibía cartas de Alfonso; que él había oído decir que el invierno había hecho caer muchos derrumbes sobre las carrileras y el correo andaba como irregular y atascado; que ya tal vez pronto todo se normalizaría.

Eran mentiras, sin embargo. Dos días antes Ramón Ochoa había recibido una carta de Alfonso que decía:

«Querido Ramón: Aquello de que tus cartas puedan aburrirme más o menos es un detalle que la distancia de ciento veinte leguas te impide precisar y que tú dices apenas como una fórmula cualquiera para iniciarte en tu simpática cartica. Algo así como:

*»Fuerza de consonante que lo obligas
a decir que son blancas las hormigas.*

»En fin, dejémonos de estos casos meramente detallistas y convengamos —como es de justicia convenirlo— que tú estás plenamente convencido de

que tus cartas son para este buen amigo un motivo no más que de complacencias; y vengamos a las disquisiciones epistolares, que diría Flaubert.

»Primero de ti:

»Tan cierto es que recibí tus dos cartas de marras como cierto es que hoy lloran su desconsuelo aprisionadas entre mi vade del escritorio ministerial muy releídas y sin haberles dado contestación.

»Tan cierto es que me reprendiste por mis modos, asaz despectivos, con que me referí a esa “Visión de los ojos color de trigo” como verdad es que al pasar por mi corazón como un viento sereno apenas logró dejar en él un vago perfume de flor. Pero no vayas a creer ni por un instante que porque haya dejado de quererla fervorosamente desconozca hoy sus virtudes, tales como la virtud de sus pupilas luminosas... Tengo la gran ventaja de que no me parecen nunca verdes las uvas de ningún viñedo.

»Te figuro en el anfiteatro municipal disecando las vísceras y los músculos y haciendo la autopsia práctica de los corazones con una rudeza y una impavidez anatómicas comparables a la rudeza con que el alfarero llega hasta las entrañas de la tierra o el lapidario bruñe sobre el corazón mismo de un diamante brasileño. ¡Cuántas veces yacerán sobre tu mesa de mármol las piltrafas de muchos corazones que tu visturí ha despedazado inadvertidamente sin comprender que fueron la urna de un dolor o de un placer, culpables de su eliminación!

»Ya un viejo de noventa años, de barbas blancas y ojos de paloma que se apagaron por el furor de un remordimiento. Y tú no lo comprendes, porque el bisturí desgarró pero no dice. Ya un adolescente... Pero no, querido amigo, dejemos esos misterios del corazón para el análisis de un psicólogo desvelado. O para que permanezcan sin violarse en lo desconocido. Es mejor.

»Y nosotros, por hoy, hablemos más bien de la primavera, alejémonos de los cementerios y vámonos a buscar aromas de vida en los parajes de la primavera. Esto por hoy. ¿Y mañana? Puedes seguir desgarrando fibras y despedazando corazones sobre tu mesa de mármol en el anfiteatro del municipio. Y puedes, si quieres, dialogar con las piltrafas sobre viejas historias y psicologías. Ellas nada te dirán en su inercia y sólo te harán ver la ruina de tu carne y el triunfo de la muerte. Sí, querido Ramón, monologa ante la nada mientras que con el humo de tu pipa feliz, como la de John Raffles, alejas los moscardones que traten de disputarse en la sala de disección los desperdicios de los infelices parias.

* * *

»Me encantan esos continuos y acertados descalabros que tienes siempre para la horda de los explotadores del patriotismo lugareño y me halagan todavía más tus bien merecidos cintarazos contra los cultivadores de la literatura fósil y los presumidos oradores del arroyo. No creas que esa plaga es privilegio absoluto de las serranías del Aburrá. No, aquí en la planicie de Rafael Pombo también abundan las celebridades de cajón y sienta sus reales la bandada inextinguible de cursis pretenciosos que, con el prurito de notabilidades, intentan clavar sus uñas en el oro de Castilla.

»Y todavía medra en esta urbe de la filigrana una especie que no nos atosiga tanto en las márgenes del Aburrá: me refiero al rebaño de filipichines de guantes color perla y clavel en la solapa que por las calles de Dios cruzan, exhibiendo sus cuerpos encorsetados, sus caras empolvoradas femenilmente, sus pañuelos bordados cuyos ribetes dejan asomar con coquetería en el pecho de la levita; sus medias, que en voluptuoso y ligero calado intentan perturbar junto a la sapatilla de charol con grandes y desplegados moños de cinta negra de seda. Sí, querido Ramón, los filipichines son la única plaga que me hace parecer un poco odiosa esta ciudad gentil de las mujeres luceros.

»Llueve ahora con cruel impertinencia. El granizo azota violentamente los cristales de las ventanas que en mi oficina se abren sobre la puerta occidental del capitolio. Hasta aquí llega, a través de la lluvia, el rumor de los senadores que en este momento discuten el proyecto de ley por el cual iremos a estudiar a Lovaina los que antes teníamos becas para Santiago, pues has de saber que Chile resolvió arrepentirse de la oferta. Sobre mi porvenir está el fallo de los legisladores, irónico y temible, como una nueva espada de Damocles.

»Desde aquí miro en la vecina pieza de la subsecretaría a Benjamín Uribe, quien me contempla a través de los vidrios reflectantes de sus quevedos con un dejo de superioridad inmerecida. Lo miro que me observa con cierto aire regañón, como si se hubiera olvidado de que hace apenas ocho días lo encontré con dos ministros tomando cerveza y aguardiente en el reservado de unas chicas alegres de la carrera cuarta.

»Te diré que esta región de los trigales y del San Francisco quiere apoderarse de mi alma con lisonjeras promesas de mujer adolescente. Mi vida se desliza como por entre una sábana de espumas, y yo estaría feliz si al menos no estuviera tan lejos de mi madre querida.

»Aquí se respira cierto aire de civilización que ha influenciado de modo

supremo mi corazón acostumbrado a agitarse siempre en el mismo ambiente; mi corazón que tanto había anhelado volar a las breñas cansado de sentirse preso entre una jaula cantando siempre las mismas trovas...».

Después venían algunos comentarios sobre libros leídos recientemente y se mencionaba a un Soiza Reilly, quien según Alfonso había escrito tanto que había terminado por no tener ninguna idea trascendental en sus escritos. «Este autor bonaerense —agregaba, cada vez con mejor ortografía— ha extremado tanto la originalidad en el estilo, que ya quiere degenerar en una pedantería tan cargante como la del mismo Vargas Vila».

Al final, abrazos fraternales.

BOGOTÁ, 1913

Alfonso había sido nombrado escribiente habilitado en el Ministerio de Instrucción Pública, y debía tomar posesión ante el viceministro, viejo calvo que tenía en el cuello una verruga grande como un botón de pera. La cita era el viernes a las nueve de la mañana, y cuando Alfonso llegó al ministerio, el funcionario le comunicó que debía traer dos fiadores para una escritura pública en la que se comprometía a responder «no solamente por cinco mil pesos oro, sino por cualquier otra suma que se quede a deber al Tesoro Nacional».

El asombrado muchacho preguntó el motivo de la fianza.

—Porque así lo dispone el último Código Fiscal, a causa de que su antecesor se robó doscientos mil pesos oro —contestó don Benjamín Uribe, viceministro.

Y ese mismo viernes a las dos de la tarde Alfonso entraba con el general Arjona y con el poeta Martínez Mutis, quien le había ayudado a encontrar el empleo, y tomaba posesión de su cargo.

Resultaba muy difícil para León, leyendo la descripción de Alfonso sobre su trabajo, hacerse una idea clara de las obligaciones que tenía un escribiente habilitado. El muchacho había pasado días difíciles en los que incluso le llegó a faltar la plata para el almuerzo, y recibió el nombramiento con una euforia que mal trataba de disimular con cierto desenfado juvenil. Pero debió ser mucho su entusiasmo por el nombramiento, porque al describir los papeles de su escritorio ministerial no puede contenerlo y alcanza a compararlos con mariposas de ensueño que retozan sobre una filigrana de nogal y sándalo al sentirse heridas por las partículas de sol que flotan estrepitosas en el aire feliz de la mañana. Y al describir el paisaje que se veía por la ventana occidental de su oficina habla del verdor de la sabana que se extiende en una prolongación indefinida más allá de la ciudad que parece quedarse dormida bajo el humo de las fábricas. En alguna parte se mencionan diez libras esterlinas al mes como salario, y en otra se indica como una de sus obligaciones entregar el sueldo a los empleados del ministerio. La oficina

tenía seis vitrinas con más de cinco mil volúmenes de leyes, un mapa de Colombia en altorrelieve y dos óleos, uno de un Simón Bolívar tan enteco y verdoso como siempre, y otro de un Atanasio Girardot extremadamente ojón y saludable. Y al parecer el trabajo no era mucho, porque Alfonso estuvo como pasmado el primer día, admirando por la ventana a Bogotá, «el sagrario del preciosismo, el refinamiento y la poesía. La altanera ciudad de la belleza y de las mujeres primorosas que saben traer al alma de los hombres el secreto de la vida».

Con su primer sueldo le compró a Luisa un prendedor hecho con piedras pequeñas de esmeralda, casi polvo, montadas sobre una estructura de fina plata que representaba un caballito de mar. La respiración de la muchacha entró honda y llena de temblores y nubes asfixiantes al sentir las delgadas y firmes manos de Alfonso que colocaban la joya un poco más arriba del oculto pezón. Y sus ojos se cerraron buscando la negrura del placer al sentir la mano de Alfonso bajar con suavidad y acariciar la opulencia del seno. Su amor por el muchacho crecía día a día, soñaba con él, hablaba constantemente de él, hasta el punto de resultar algo pesada para sus hermanas, y llegaba incluso a ponerse un poco neurasténica y agresiva cuando el muchacho no llegaba o llegaba más tarde de lo previsto. El general Arjona, a pesar de que vivía medio alelado con el recuerdo de la que había amado tanto, se dio cuenta de que las cosas estaban yendo tal vez más lejos de lo que le convenía a su hija, no por su honra, pues el general le tenía absoluta confianza al muchacho, sino por considerarla demasiado joven, vulnerable y propensa a enamorarse del amor y al autoengaño.

—Además tiene que acordarse de que él se va —le dijo una tarde al final de una tanda de consejos que Luisa, incapaz como siempre de tomarse en serio a su padre, recibió sonriente y condescendiente, como si vinieran de un niño.

—Bueno, señor —fue todo lo que dijo, y estampó un beso en la frente del viejo militar.

Por su parte, Alfonso leía los sonetos para Luisa en el Salón el Diábolo. Había logrado publicar uno en una revista pequeña llamada *La Gaceta Literaria*, y Martínez Mutis lo había felicitado, no por el poema, sobre el cual no dijo nada, sino por haber logrado publicarlo. El poeta Del Castillo, cada día más ojoso, leía también con voz casi inaudible versos de un libro suyo en preparación, titulado *Poemas de orgullo y muerte*, en los que se repetía una y otra vez, con distintas palabras y en endecasílabos, que el poeta se había enamorado de la tristeza y gustaba del frío de las tumbas y la soledad de los

riscos infernales. Del Castillo se había reconciliado con Rivas, pero con la reconciliación aumentó aún más su dependencia neurótica hacia el ácido comentarista. Mientras Rivas no estuviera presente, el autor de «Sor María» se veía relativamente sereno, flotando con orgullo y solvencia en su mar de sufrimiento. Pero apenas llegaba el otro, parecía desvertebrarse y comenzaba a actuar raro y disrítmico, estallaba en carcajadas incomprensibles que tenían bordes como de vidrios rotos, hacía velados anuncios de suicidios inminentes y se servía tragos descomunales que bebía de un solo golpe después de brindar por las potencias oscuras de la vida. Otras veces se quedaba silencioso durante largos ratos, mirando alguna mosca o algún reguerito de azúcar en el mantel, con la frente apoyada en la mano izquierda y las cejas un poco levantadas. Casi siempre se ponía así cuando Rivas, con su tono controlado y voz de profunda felpa, había expresado pensamientos que, aunque engañosamente nítidos y sencillos, tenían para Del Castillo resonancias secretas, alusiones que sólo él entendía y que actuaban como un espejo atroz donde veía con claridad la forma verdadera de su alma ridícula. Y ese estado de ánimo podía durar horas, no importaba que Rivas ya se hubiera ido o callado, horas amargas durante las cuales su razón luchaba espantosamente por salir a flote y sobrevivir al caos donde las palabras del otro lo habían sumergido. Alfonso, que de dientes para afuera podía estar de acuerdo con Rivas en su admiración por la frase de Nietzsche donde decía que a quien no podáis enseñar a volar enseñadle al menos a caer más de prisa, no podía dejar de sentir un nudo de compasión en el vientre al mirar a Del Castillo silencioso y sufriente, con el alma convertida en una paradójica llaga de autodesprecio y orgullo. Como todos los que conocían a Rivas, Alfonso lo admiraba, pero no sentía hacia él ni una brizna de afecto, y aunque no se puede decir que lo odiaba, la verdad es que se hubiera quedado relativamente tranquilo con la noticia de que al ácido comentarista acababa de despedazarlo un tranvía, o de que acababa de ser internado en el hospital luego de una recaída grave de su tuberculosis y agonizaba víctima de los más espantosos sufrimientos.

Los poetas leían sus versos en el Diábolo, al atardecer, mientras en las calles se encendían las luces del alumbrado público. El borde de los cerros se iba poniendo azul oscuro, camino a la negrura. Los tranvías soltaban chispas. Por las ventanas del salón se veían pasar las sotanas de los curas que habían llegado a Bogotá desde las provincias más remotas para asistir al inminente Congreso Eucarístico.

Una noche, al salir del Diábolo, el poeta Rivas se encontró con tres

monjas de amplias tocas blancas. Las miró desde su alcoholismo, fascinado, como si hubieran sido seres monstruosos, producto del más arbitrario de todos los delirios.

ENVIGADO, 1913

Ramón Ochoa, joven médico aún barbilampiño, trabajaba en el anfiteatro municipal haciendo la autopsia de un hombre que había sido apuñalado repetidamente en el abdomen con un cuchillo de zapatería, en una cantina de vereda, sobre un luminoso naipe español. El cadáver dejaba ver una helada mueca de dolor parecida a una sonrisa amarilla debajo de un bigote grueso, de cerdas robustas que habían empezado ya a encanecer. En una esquina del salón de autopsias, tirados en el piso, estaban la ruana y la camisa ensangrentadas, un machete en su funda, el pantalón de lona y las gruesas alpargatas de fique. Y en la ventana, larga, estrecha y casi pegada al techo, podían verse las hojas de plátano del solar del anfiteatro que se mecían aún mojadas por la lluvia y chisporroteaban por el sol que había salido después de una larga noche de aguacero.

Con metódica delicadeza las manos del joven médico abrieron el cadáver, apartaron telas y entretelas, cortaron filamentos; con metódica firmeza aserraron huesos, expusieron a la luz de la mañana los órganos todavía brillantes, deslumbrantes en su perfección, cuya química había producido en su interacción las pasiones que, conjugadas con las pasiones del mundo, habían terminado por arrastrar a aquel hombre hacia la perdición. Los intestinos fueron apuñalados muchas veces, pero no rasgados, y las cuchilladas se veían como limpias rendijas, casi como si pertenecieran por naturaleza a aquellos órganos. Sin embargo, la vida no se había escapado por allí sino por el hígado que, del color de las moras de Castilla cuando están muy maduras, había sido literalmente cosido a puñaladas y todavía sangraba por las heridas. Presentaba también una cuchillada profunda en el páncreas y un pequeño desgarrón en el estómago, por el que se escapaba, ineludible, el empalagoso olor del aguardiente, tal vez igual en fuerza al del formol y al de la misma muerte.

Sin dejar de brillar el sol, comenzó otra vez a lloviznar. Y la llovizna sonaba serena y agradable mientras el muchacho acomodaba los instrumentos en las gavetas y empezaba a lavarse los brazos y los antebrazos, llenándolos

de espuma. Después de secarse salió al solar y se quedó un rato mirando la lluvia caer sobre los árboles iluminados. Un grupo de azulejos revoloteaba alrededor de un racimo de bananos cuyas frutas habían comenzado a podrirse. El olor de la tierra mojada le conmovió las entrañas al joven médico. «Josefina», pensó entonces, mientras miraba a los pájaros disputarse el sitio sobre la dulzura del racimo.

—Josefina —repitió en voz baja, como un eco.

ENVIGADO, 1977

A Pepa le caía bien Ramón Ochoa. Cuando el muchacho traía algún racimo de plátanos de regalo iba hasta la cocina y lo colgaba él mismo. Si se encontraba con ella la saludaba, «doña Pepa, ¿cómo está?», y ella contestaba, «pues bien será, joven, gracias», y conversaban un rato. Usualmente Pepa hacía descripciones truculentas y llenas de metáforas de sus propias dolencias. «Es como si me clavaran una aguja larga por aquí», decía, y se señalaba un punto en la espalda a la altura del riñón derecho, «y después me la sacaran por aquí», y señalaba un punto un poco más abajo del seno izquierdo. O «es como un carbón encendido que me bajara seguido de la garganta al estómago y me dejara con todo esto por dentro como en carne viva». Palabras muy precisas y de colorido espectacular que describían enfermedades un poco imaginarias, originadas tal vez en algún remordimiento inconfesado o altaneramente inconsciente, y que desconcertaban bastante al joven médico. Por fortuna Pepa no pedía ni remedios ni diagnósticos, y se conformaba con ser escuchada por una persona competente que sabría apreciar la complejidad de sus dolencias. Que Josefina recordara, jamás había estado postrada por alguna enfermedad ni había dejado de levantarse temprano para enfrentarse, cáustica, a la vida.

—¿Pero entonces los dejaba a ustedes conversar? —preguntó León.

—¿Cómo decís?

—Que si los dejaba conversar.

—Sí —dijo la anciana—. Pero a Ramón le gustaba conversar era en el portón.

Conversaban en el portón durante largos ratos. Al principio habían hablado de Alfonso, Ramón Ochoa explicando minucioso y leal lo que para él significaba su amistad, o haciendo elogios de la personalidad de su amigo, a quien sinceramente quería y respetaba. Ramón consideraba que Alfonso tenía un futuro promisorio en las letras. «Y es que él es, mejor dicho, un literato», decía, como si hubiera logrado reunir en un vocablo las múltiples y contradictorias cualidades que había en Alfonso, llegando hasta su esencia. Pero con el tiempo Ramón Ochoa empezó también a hablar de él mismo, mejor

dicho de su profesión, interminable y algo pesado, como tantos otros jóvenes médicos de generaciones anteriores y futuras. Josefina a veces dejaba de oírlo y se distraía viendo pasar las recuas de mulas o las señoras de las congregaciones, oscuras como sombras, o tratando de adivinar si las muchachas Vélez los estaban espiando por las rendijas de las ventanas. Otras veces Ramón Ochoa, que sin darse cuenta se apoyaba en el marco de la puerta de un modo algo engallado, se explayaba en sus opiniones políticas, admiración absoluta por Rafael Uribe Uribe, desprecio por los pequeños líderes lugareños, contertulios del cura, que olían a veladora, a incienso y a sacristán. «Comulgan por la mañana y empiezan a robar apenas salen de la iglesia», decía Ramón Ochoa con mucha pasión y poco brillo, mientras Josefina distinguía a una de las Vélez asomándose por el postigo alto de la ventana. Era la menor, bonita pero un poco estrábica, que según Josefina estuvo siempre enamorada del médico.

—Era un poquito bizca. Pero mi mamá cada que la mencionaba era para hablar de «esa bizcorneta del frente» —dijo la anciana, y empezó a reírse suavemente, como removiendo polvo.

Extendió una mano pecosa y temblorosa y alcanzó el pote de Vick Vaporub de la mesa de noche. Se puso un poco en los dedos y lo frotó en la garganta. El pesado perfume de eucaliptos y alcanfor se apoderó del cuarto y ahondó aún más la remota profundidad de las imágenes.

—Ella se casó con un muchacho Uribe, loco como él solo —dijo—, que la llenó de hijos.

León sentía fascinación por el tamaño legendario de muchas de las antiguas familias de aquel sitio. Preguntó que cuántos y Josefina dijo que habían nacido dieciséis pero que nada más se habían criado trece, doce hombres y la menor, que fue una niña. Estimulada por la curiosidad del abogado, la anciana se puso entonces a recordar familias numerosas —treinta y dos de un viudo vuelto a casar, treinta y ocho del matrimonio de dos feraces viudos— y anécdotas chistosas de comedores atestados como cantinas de ejércitos, racimos de bananos que se iban en un solo almuerzo o madres que olvidaban el nombre de sus propios hijos. La imagen que terminaba por formarse en la mente de León sobre lo que había sido su pueblo en aquel tiempo era, así, la de una fértil platanera, un solar gigantesco de donde salían racimos interminables de plátanos e inacabables bultos de aguacates y naranjas que iban a nutrir las abundantes progenies de las casas. Un espejismo. Mirando después las fotos de la época, León alcanzaba a distinguir a niños

orejones y tristes que casi desaparecían de palidez en el trasfondo de la escena y miraban al fotógrafo desde su disentería crónica como si estuvieran apenas colgando del borde del ser y ya casi empezando a hundirse, como las hojas en los estanques, en la nada.

Agitada por el recuento de una anécdota cómica sobre una de aquellas familias numerosas, a la anciana se le atragantó la risa y tuvo que incorporarse en la cama, tosiendo. León se levantó de la mecedora donde acostumbraba sentarse y fue hasta donde Josefina, que con ojos muy abiertos trataba de escapar de la tos y recuperar el aliento. Alrededor de la cama olía un poco a fique. León le golpeó la espalda con suavidad y pudo sentir al tacto la liviandad de aquellos huesos, la física y en este caso hermosa levedad de los organismos cuando van aproximándose al vacío. La anciana tosió una última vez con sonido subterráneo, suspiró profundamente y empezó a secarse las lágrimas con un pañuelo minúsculo que tenía diminutos bordados de un azul suave en las esquinas. «Gracias, mijo», le dijo y, después de guardar el pañuelo en la manga, se posó otra vez sobre la almohada, donde se quedó dormida.

Meciéndose un poco y mirando con ojos entrecerrados a Josefina, León empezó a formarse imágenes de sueltos jirones de niebla que se encajonaban en cañadas hondas y se iban disolviendo muy despacio, extraordinariamente nítidos contra la vegetación de la inmensa cordillera. León había conocido — ¿cómo no haberlos conocido?, por poco que se viva, mucho se ha vivido en más de tres decenios— ancianos asustados y casi feroces que se habían muerto como entre un pozo de amargura, dejando como último gesto en esta tierra un triste desgarrón, un grito opaco...

—¿De qué veníamos hablando, vos?

—De Ramón Ochoa, Fina. Usted me decía que él la había pretendido.

León sabía que antes y después de la deserción de Alfonso, a la muchacha le habían llegado sonetos, flores, bultos de piñas —esos últimos la clase de regalos que daba el joven médico—, no sólo de Ramón Ochoa sino de varios otros pretendientes. Pero era muy difícil tomar a la anciana por sorpresa en este asunto. Se reía un poco, sí, cuando se hablaba de eso, incluso hacía un pequeño gesto de coquetería y seguía hablando de otra cosa. Un día León la quiso presionar y le expuso una teoría completa sobre las razones por las cuales Josefina nunca había querido casarse después de lo de Alfonso.

—Lo que pasó —dijo León aquella vez, ya como para resumir— fue que usted se cansó del dolor que dan las pasiones, ¿cierto?, y sentía como miedo

de perder otra vez el control de su propio corazón.

—¿Vos creés? —dijo la anciana.

León comenzó a ponerse colorado.

—Porque el amor duele, ¿cierto?

La anciana lo miraba como desde muy lejos.

—Razón tendrás —dijo después de un rato—. Oíste, vos sos tan amable y vas a la cocina y me traés uno de esos bocadillos que aquella mantiene en la repisa ¿querés?

Esta vez Josefina pasó por alto la pregunta sobre si Ramón Ochoa la pretendía y contó que el joven médico había terminado por casarse con una muchacha de Armenia, Caldas, donde abrió su consultorio. Pocos años después un derrumbe lo arrastró con caballo y todo cuando iba, bajo un violento aguacero, a visitar un enfermo. Los campesinos lo encontraron luego de veinticuatro horas, sentado en una piedra en medio de la quebrada, azul de frío y todavía gimiendo. Se murió mientras trataban de sacarlo de la cañada y dejó tras de sí un manojo de precarios recuerdos sobre una bondad y una honradez que, en cierto modo, con su muerte prematura, habían quedado truncas.

Aquella tarde, por coincidencia, León se encontró con un excompañero de bachillerato, de apellido Ochoa, que descendía de la misma familia a la que había pertenecido el médico, y se tomó con él, en una de las mesas puestas al aire libre en el andén del parque, unos aguardientes que resultaron más bien desagradables. El hombre había conseguido plata y seguía consiguiendo plata. Se la pasó haciendo sonar en la mesa el llavero de su Toyota gris, relumbrante y cundido de biseles, estacionado frente a la mesa. Un hombre joven y barrigón se bajó entonces de un Mercedes nuevo, verde claro, que parqueó al lado del Toyota. Se le distinguía el insolente bulto del revólver en la cintura y llevaba una cruz de oro sobre el pecho rubio y peludo.

—Una uva —dijo su amigo, refiriéndose al Mercedes.

León miró con desgano el lujoso, desabrido, desalmado, repugnante automóvil.

—Una putería —dijo.

—Salud ahí —dijo el otro, y levantó la copa hacia León, para que también bebiera.

BOGOTÁ, 1913

Al salir de la ducha Alfonso vio el pequeño sobre al lado de la puerta, relumbrando sobre el tapiz amarillo como si fuera el cuadrado al final de un chorro de luz que entrara por una tronera en el techo. Primero pensó que era de Luisa, pero al abrirlo se le erizaron los vellos de la espalda.

«Alfonso —decía—: Me mataré con veneno porque no he podido conseguirme un revólver. Se despide de ti tu amigo de siempre y para siempre: Martín del Castillo».

—¡No seamos tan pendejos! —gritó Alfonso con voz ronca y empezó a secarse los pies con rapidez.

Lo primero que hizo fue correr hacia el Hotel Hungría, donde vivía el poeta Del Castillo, pero se detuvo después de una cuadra, helado ante la posibilidad de tener que entrar solo al cuarto del suicida. Corrió entonces con el sombrero en la mano hacia la casa del poeta Rivas, cerro arriba, sintiendo el sudor que empezaba a empaparle la camisa bajo el chaleco de paño. Cruzó el jardín de rosas y subió de dos en dos las precarias escaleras de madera, que traquearon. El ácido comentarista acostumbraba dejar la puerta sin pestillo, de modo que Alfonso la abrió sin tocar y lo vio allí con la ropa puesta, dormido sobre el raído sillón de cuero donde se sentaba noche tras noche a beber coñac hasta que la borrachera, como a un tronco desvarado por la marea, se lo llevaba al mundo del sueño. Sobre su cara ancha y pálida caían gruesos mechones de pelo negro, abundante, lacio y brillante. Y una última copa de coñac no bebida alumbraba en el piso al lado del sillón, traicioneramente quieta y apacible.

—¿Qué hay? —dijo sin sobresaltarse cuando Alfonso lo sacudió para despertarlo. Una mano larga y blanca colocaba los mechones en su sitio mientras la otra buscaba sin titubear la copa de coñac.

—Creo que se mató —dijo Alfonso.

Rivas dejó que el trago le ardiera un poco en la boca antes de dejarlo resbalar por la garganta. Nadie habría podido adivinar que adentro el corazón le golpeaba dura y dolorosamente contra las enjutas costillas.

—Pobre pendejo —dijo entonces—. Sírvete un trago, ala, que te veo un poco pálido.

A juzgar por el estado de las cosas en el cuarto de Del Castillo, el poeta había tratado de organizar cuidadosamente todo lo que tenía que ver con su muerte. En la mesa de noche hubo en algún momento un ramo de claveles rojos al lado de la copa de cristal en la que resplandeció el azul del veneno y al lado de una nota escrita en tinta verde, con hermosa caligrafía, donde explicaba las causas de su decisión: su muerte se quería constituir en un desafío a Dios, un acto de rebelión semejante al de los ángeles malditos, con el que sellaba la negativa a acatar su mandato y rehusaba con orgullo dejarse encadenar al horroroso potro de la vida. Al final había un pequeño párrafo en el que se despedía de sus padres y les aseguraba que después de aquel momentáneo dolor comprenderían la justeza de su decisión, y otro pequeño párrafo grandilocuente dirigido al gran Helios, el profundo Gustavo Rivas, a quien esperaba allá en el Olimpo adonde van las almas jóvenes y elegidas, lugar donde beberían en mutua y noble compañía el almíbar de la eternidad. De un pebetero en el rincón habían surgido las gratas emanaciones del sándalo, y un pequeño cirio —que se apagaría solo, después de arder por completo, derrumbándose como una masa amorfa alrededor del pesado candelero de hierro— iluminó con su luz amarilla e íntima el cuarto del suicida.

Zenón Bedoya se puso el frac que había alquilado el día anterior y se tendió en la cama. Bebió el veneno, se colocó una azucena sobre el pecho y empezó a leer sus propios poemas en espera de que la muerte le llegara. Y la muerte le llegó, pero no melancólica y dulce como él la había esperado, sino como una ráfaga de fuego que le empezó a devorar los intestinos. La noche estaba en silencio. No se oían ruidos de coches ni cantos de gallos o ladridos de perros a lo lejos. Entre convulsiones Zenón Bedoya se arrancó la azucena del pecho y empezó a arrancarse los botones del chaleco como tratando de llegar con las manos al sitio donde el veneno lo estaba destruyendo. Rodó sobre la cama, arrastró la mesa de noche, cayeron los claveles, flotó en el aire el papel donde Zenón se despedía, la copa de cristal se hizo añicos y Zenón cayó al piso, como un fardo. Cuando Alfonso y Rivas entraron al cuarto, horas más tarde, lo encontraron allí tirado, mirando la arrojada azucena con los ojos vidriosos de la muerte.

El resto de ese día para Alfonso fue un delirio. Él y Rivas tuvieron que rendir indagatoria en una andrajosa inspección de policía frente a un oficial

displicente y burlón que no tuvo inconveniente en hacerse servir un tamal humeante mientras interrogaba a los poetas. El poderoso, ligeramente avinagrado olor del tamal llenó de asco a Alfonso y le contrajo el estómago en un espasmo de cólico. Rivas contestaba las preguntas del policía con seguridad y una como altivez principesca que resultaba extraordinaria en aquel sitio. En una esquina de la oficina, amarrado a una cadena delgada, había un mico flaco que miraba el universo con ojos opacos y tristes. Al parecer había sido traído a Bogotá —de los Llanos, posiblemente, a juzgar por el acento del oficial—, con la ingenua idea de convertirlo en la graciosa mascota de la inspección, pero era evidente que la altura, el frío y el encierro lo estaban destruyendo. Olores, formas que se adensaron hasta convertirse en una niebla fúnebre que inundó el espíritu de Alfonso y casi le hizo desear no haber vivido nunca. Después de salir de la inspección, y sin mediar palabra, él y Rivas se sentaron en la Maison Dorée, café pretencioso que cobraba caro por un ambiente decorado con obras de arte de mediana calidad y era atendido por meseros antipáticos y pulcros. A ninguno de los dos le gustaba el sitio, pero al parecer no se atrevieron a ir al Diábolo, donde la sombra del poeta estaba todavía demasiado fresca y palpitante. Hay personas que inmediatamente después de muertas crean una resonancia mucho mayor que la que jamás lograron mientras estuvieron vivas. Después de las primeras copas, la mente de Rivas salió de la conmoción y comenzó otra vez su actividad indetenible y compulsiva. A veces formaba frases completas, a veces jirones de frases, amargas y brillantes, en las que se escarnecía al ser humano, se le deseaba la muerte al completo género para que al fin no quedaran sobre esta tierra más que los animales y los árboles en perfecto y puro balance de vida y destrucción, sin que la inteligencia humana los envileciera con su remedo de luz, sus ridículas pretensiones de poder y de dominio. Que se maten todos, que se acabe esta raza podrida, que perezca este macaco atroz, este chimpancé degenerado, pensaba, mientras el mesero llegaba con una tercera ronda de copas barrigonas llenas de coñac, cuyo color ambarino Rivas miraba siempre con amor y deseo y sabía apreciar en todas sus variaciones de brillo y transparencias.

—Así, como los perros —dijo Alfonso.

—Hizo bien. Hizo lo que tenía que hacer. Yo le aconsejé que se matara —dijo Rivas.

Era uno de esos días bogotanos en los que el sol se la pasa saliendo y ocultándose mientras gruesas masas de nubes arrastradas por el viento cruzan

rápido sobre la ciudad, espesas pero llenas de boquetes, y van a perderse interminablemente sobre la vasta extensión de la sabana. En la mesa vecina dos señores cincuentones, burócratas no muy bien acomodados, a juzgar por lo desgastado de los vestidos de paño, se empeñaron en una discusión sobre la correcta manera de pronunciar la palabra Chopin. El trago los había puesto eufóricos, pero en la discusión no había agresividad alguna sino una especie de asombro infantil ante las infinitas posibilidades de la pronunciación del nombre.

—Shopán.

—Chopán.

—Chopén.

—Shopaen.

El nombre iba y venía con derivaciones mínimas, lento caleidoscopio sonoro, y cada vez el resultado parecía llenarlos de orgullo, como si hubiera bajado el Espíritu Santo y le hubiera otorgado a cada uno un súbito y merecido don de lenguas. Llegó entonces el poeta Villafañe, muy apesadumbrado y ya armado con un crespón de luto en el antebrazo y otro en el sombrero. Venía acompañado de dos hombres jóvenes que no ocultaban la excitación que les producía la muerte de Del Castillo. No habían acabado de sentarse y ya estaban atropellando con preguntas que Alfonso contestaba despacio y cada vez con menos ganas. Cuando uno de los jóvenes, sin dejar de sonreír, quiso saber algún detalle truculento sobre la manera de morir del poeta, Alfonso sintió un fuerte cansancio en la base del cráneo. Rivas, silencioso, miraba con ojos rojos y ausentes a los hombres que pronunciaban la palabra Chopin. Alfonso se puso de pie.

—Con permiso, señores —dijo en voz baja, y salió de aquel lugar, serio, seguro y sin mirar a nadie.

El tranvía se deslizó silencioso y metálico. La imagen del poeta muerto le pesaba a Alfonso en el cerebro como un pedazo de plomo. La distancia entre la muerte imaginada y la maloliente muerte real lo había golpeado como un mazazo y ahora la tristeza y el cansancio lo abrumaban. Supo entonces que todas las palabras son inútiles, que la muerte es sólo eso y no admite metáforas, no tiene en su instante belleza alguna ni otro consuelo distinto que su fugacidad, calidad que comparte con el amor y con la vida misma. El tranvía comenzó a sonar furiosamente su campana para espantar una vaca que se había plantado a rumiar en plena vía, pero el animal no se movió sino que levantó las orejas y se puso a mirar el vehículo con ojos mansos. Cuando el

conductor saltó del tranvía y caminó hacia ella, la vaca, sin dejar de rumiar, comenzó a moverse, lenta y femenina.

En la casa del general Arjona no estaba sino Luisa. Acababa de bañarse y el olor que Alfonso sintió al besarla, profunda frescura del agua, le inundó las vísceras calenturientas por la tristeza y alivió un poco el excesivo, desproporcionado dolor que le había causado la muerte del poeta.

—Se mató —dijo Alfonso.

—¿Se mató quién?

—Del Castillo. Se envenenó esta madrugada.

La reacción de la muchacha ante la muerte del poeta fue más bien de indiferencia:

—¡No me digas...! —comentó, casi formal—. Pero sentémonos en la sala ¿quieres?

Niña mimada, al fin y al cabo, en su corazón no podía haber asomo de comprensión o compasión hacia la memoria de aquel ser feo sin remedio, nada poderoso y algo ridículo, del que se desprendían olores que, aunque tenues, eran insoslayables. Pero cuando vio a Alfonso, usualmente alegre y hablador, sentado en el sofá con la cabeza entre las manos, se conmovió. Lo abrazó entonces, apretando con dulzura su cabeza contra el opulento seno juvenil.

Riñones en llamas. Desesperación. Muslos que conservaban todavía el gusto a jabón y a agua. Una pierna de Luisa, al abrirse, había tumbado la mesita donde se servía el té y los pocillos habían rodado como cáscaras de huevo sobre la alfombra persa. Las nubes se corrieron y entró el sol a torrentes por las ventanas abiertas.

OCÉANO ATLÁNTICO, BUQUE LEONORA, 1914

El olor del trópico fue destiñéndose a medida que el barco se alejaba. El aire terminó por perder su cálida podredumbre y ahora los pasajeros caminaban por la cubierta con las bufandas subidas hasta las orejas, para protegerlas del frío. Durante los primeros días de navegación Alfonso se había sentido melancólico; recuerdos de la despedida con los de su casa, recuerdos de él y Josefina declarándose amor por siempre bajo los árboles, se superponían a la imagen monótona del mar. Después de lo ocurrido en la sala del general Arjona y, sobre todo, después de su partida, Luisa había empezado a desaparecer de su vida y ahora su recuerdo se había alejado, lento y natural, como una rama arrastrada por las corrientes marinas.

La vida de a bordo era animada, sin embargo, y como Alfonso, tal vez a pesar suyo, no tenía aptitudes para la verdadera melancolía, empezó a interesarse en el ajetreo de los marinos, en la habilidad de los meseros en el comedor ondulante o en la gente que se aventaba, verde, contra las barandas y parecía querer vomitar el alma mientras miraba las aguas profundas con ojos dilatados. Se hizo amigo de un español joven que sabía maldecir a Dios con gracia sonora y gesto rotundo y que, según decía Alfonso en una de las cartas que le escribió a Josefina desde el barco, no se lavó los dientes ni una sola vez durante toda la travesía. Con él recorrió los intestinos del navío intercambiando dudosos conocimientos técnicos y haciendo preguntas inoportunas a marineros sudorosos que aventaban paletadas de carbón en las calderas dantescas. El español era indudablemente simpático, pero algo burdo e ignorante, y a ratos Alfonso prefería esquivarlo para dedicarse a mirar el mar en soledad: aguaceros lejanos que caían como velos negros sobre las aguas borradas y abrumaban con su inhumana indiferencia; atardeceres arrebolados en los que la belleza del universo aparecía en toda su vacía y extensa grandeza; noches repletas de estrellas. Pero después de un rato de mirar constelaciones y dejarse llevar por el entusiasmo de sus divagaciones

poéticas y filosóficas, el muchacho empezaba a sentir la punzante necesidad de buscar a otros seres humanos, única fuente, en últimas, de toda posible poesía, de toda filosofía.

Alfonso había visto a la muchacha desde el primer día, cuando subió a bordo con una señora gorda y bajita que apretaba un pañuelo contra la boca y venía muy pálida, como si se hubiera mareado ya desde tierra. Pero no volvió a verla, y pensó que la muchacha se había bajado sin que él se diera cuenta y sólo había subido al barco para despedir a la señora. Una mañana Alfonso estaba solo en la cubierta tratando de ver qué tan lejos del agua se encontraba la famosa línea de flotación, el torso asomado sobre el mar, el pelo hacia abajo, la corbata desprendiéndose casi vertical del cuello de la camisa.

—Parece un espejo —dijo entonces la muchacha con voz fuerte y un poco ronca. Alfonso se enderezó y se organizó con calma el pelo y la corbata. No la había sentido llegar.

—¿Cómo dice?

—El mar. Parece un espejo. ¿No le parece?

El mar parecía un espejo, sobre eso no cabía la menor duda. Pero al mismo tiempo era una realidad tan cierta que resultaba difícil encontrar algún comentario, en especial ahora que la vista se le salpicaba de luces como cocuyos.

—Un espejo lleno de luciérnagas —dijo Alfonso, y ella lo miró sonriente, sin entender.

—Me enderecé muy rápido —explicó él—. Estoy viendo luces por todas partes.

La conversación se mantuvo un rato así, tensa y como traída por los cabellos, pero después Alfonso supo encauzarla de algún modo. Se enteró entonces de que la muchacha viajaba para España con su tía —quien permanecía tendida en el camarote vomitando jugos gástricos de vez en cuando—, donde pensaban meterla en un internado de monjas por dos años, hasta que estuviera lista para el matrimonio. Querían mantenerla allí, vestida de oscuro, bordando rosas en un tambor y tocando mandolina. Pero apenas su tía se volviera a meter en un barco para marearse durante todo el viaje de vuelta, ella escaparía y viviría de posar para los pintores en París.

Hablaba mucho. Los ojos le alumbraban, el pecho se le llenaba, ávido de aventuras. A primera vista su piel parecía profundamente barnizada por el sol, pero cuando se la miraba con detenimiento podía verse que estaba además cundida de pecas minúsculas que le daban una apariencia finamente vetada,

como de maderas preciosas. Todo lo que decía era más o menos gracioso, y Alfonso la miraba con admiración —y ya con deseo—. Le preguntó su nombre.

—Me llamo como este barco —dijo la muchacha.

—¿Leonora?

—Leonor.

El mar parecía un espejo. El horizonte se recortaba nítido sobre las aguas calmadas, creando más que nunca la ilusión de que su línea era algo concreto, no la abstracción fantasmal, siempre cambiante, que no tiene realidad más que en el corazón de las personas.

ENVIGADO, 1977

Apareció entonces el primer vacío grande en la información sobre Alfonso. Hasta ahora León había rodado sin tropiezos, cubriendo las carencias o las deformaciones de los diarios con datos que sacaba de las cartas a Josefina o con los datos generales, aunque muy valiosos, que la hermana mayor del abogado, mujer curiosa que a su manera callada y sobria había visto y averiguado mucho, podía proporcionarle. Pero los diarios de Alfonso, después de la aparición de Leonor, la muchacha de la piel constelada, se cerraban con una conversación íntima en la pasarela del barco y sólo volvían a abrirse cinco meses después, en una remota población belga llamada Halma, el viernes 31 de julio de 1914.

«Yo confiaba haberme amoldado a esta vida lejos de la patria —decía entonces—, pero no. Hoy ha estado insoportable el corazón. Anoche dormí tan mal que terminé por caerme de la cama; al mediodía se me torció el manubrio de la bicicleta en un acceso de nervios y me raspé malamente un codo contra las piedras, y a las siete y media de la noche sin saber cómo tiré un fósforo encendido sobre el cajón de mi escritorio, donde tenía el pasaporte, mis impresiones de viaje y un billete de veinte francos. ¡Maldita suerte! No tanto por el pasaporte, aunque me hace mucha falta, sino por mis notas, que estaban escritas con sangre de mi corazón. ¡Maldito fósforo, miniatura del diablo, maldito azar! Significaban mi labor intelectual de seis meses. Allí estaban los gritos, los gritos salvajes que me arrancó el océano en noches estrelladas y en las mañanas de sol; allí se fueron mis amores de altamar con la apasionada Leonor; allí mi primer himno de saludo al cielo europeo y las más íntimas inquietudes robadas a mi espíritu por la fiebre de París y de las grandes ciudades».

Y ese intervalo de seis meses entre la conversación con Leonor y la descripción del incendio de su escritorio de Halma habría quedado como un vacío irrevocable si no fuera por dos cartas que Alfonso escribió a Ramón Ochoa desde Europa y León encontró entre un manojo de papeles en algún rincón de la casa de la anciana. La primera había sido escrita en París,

fecha el 2 de febrero de 1914, y en ella lo primero que llamaba la atención era el fuerte cambio en el estilo. Las cartas a Ramón Ochoa que León había conocido hasta entonces estaban llenas de alusiones poéticas algo rebuscadas y pedantes, además del ligero toque de paternalismo del hombre cosmopolita hacia su amigo de provincia. Ahora Alfonso había pasado a escribir de una manera sencilla, como de periodista, y en ese estilo rápido y ya sin errores describía su visita a París.

Los colores de la ciudad a comienzos de 1914 aparecen con una calidad como de circo. Dos gemelas de seis años disparan y se defienden contra tres leones feroces en un cabaret difícil de imaginar donde luego un grupo de muchachas «lascivas, divinas y semidesnudas» ejecutan increíbles juegos de gimnasia. En Vincennes, a las afueras de París, aviadores malabaristas dejan pasmado a todo el mundo cuando se lanzan al vacío desde más de mil metros de altura. Anatole France entra a la Academia Francesa, seguro y serio, como llegando a su propia casa. En otro cabaret dos marranos rosados, de ojos abyectos, beben cerveza de un barril y después se revuelcan borrachos y felices mientras el público aplaude. Ve a D'Annunzio bajar de un automóvil. Más bailarinas impúdicas, voluptuosas y bellas en el Café de la Paz. Conoce a Rubén Darío y a Gómez Carrillo, que van en automóvil acompañados por dos mujeres. Conoce el caballo de Napoleón y el perro blanco que lo acompañó a la isla de Elba, los dos embalsamados. En el jardín zoológico un grotesco gallinazo erizado y melancólico hace parte de la fauna de América del Sur. Un amigo le señala a un individuo calvo y medio sucio que entra al metro, Georges Verlaine, «epiléptico que nada heredó del gran poeta autor de los *Poemas saturnianos*». A la salida de la Academia conoce a Maurice Donnay, Pierre Loti, Marcel Proust, Maurice Barrès y Jean Richepin. Más bailes desvergonzados en el Molino Rojo. Un guardia civil casi se lo lleva a la cárcel por arrancar una flor de la tumba de Marie Duplessis. Conoce en el Trocadero a Clemenceau, jefe del radicalismo. Conoce a Leopoldo Lugones entrando o saliendo de alguna parte.

La segunda carta, fechada en Halma el 5 de julio de 1914, menos de un mes antes del estallido de la guerra, es más orientadora que la de París, donde el delirio de la ciudad ni siquiera dejaba saber lo que estaba haciendo en ella. Ahora el muchacho habla más de sí mismo y de sus proyectos. Está viviendo en Halma, «caserío de doscientos habitantes, todos labriegos honrados y de costumbres sanas», en la casa del abate Teófilo Henry, donde había ido huyendo de la lengua española, que se hablaba demasiado en Lovaina, con la

intención de lograr el dominio del francés. La beca le daba un año para aprenderlo, pero él quería hacerlo en seis meses y así empezar cuanto antes sus estudios de Veterinaria. En la casa del cura vivía también su hermana, mademoiselle Elisa, solterona cariñosa e histérica; monsieur Alphonse, campesino fornido casado con la sobrina del cura, y la sobrina misma, madame Bertha, a quien Alfonso describe como «casada peligrosa de pelo rubio y ojos verdes». El pueblito entero lo había acogido con generosidad grande, tan grande que ocho días después de su llegada se vio haciendo de guardia de honor del Santísimo Sacramento en una de las procesiones locales. Alfonso se había integrado por completo al cantón en menos de quince días, había coqueteado no sin éxito con madame Bertha, quien según él se empeñaba en mirarlo de modo excesivamente cariñoso, y se había hecho amigo de un muchacho de su edad, de nombre Adelin, al que ayudaba trabajando con las colmenas, capando cabrones y cortando el heno para el invierno.

La campiña estaba sembrada de trigo y centeno. Muy recortada en sus bordes, muy pulcra en sus cercos, parecía —y esto lo pensaba León mientras leía la descripción que hacía Alfonso de aquellos campos nítidos— inmune a la destrucción y ajena por completo al caos. La ventana de su cuarto estaba abierta sobre la huerta de manzanos del presbítero, que a su vez lindaba con el pequeño cementerio del pueblo, immaculado y al parecer eterno e invulnerable también al desorden. Los gallos cantaban por las mañanas, los pájaros se engarzaban en violentas disputas territoriales entre los manzanos y madame Bertha seguía sonriendo con sonrisa ambigua. Todo era tan tranquilo que después de veinte días, pasada la novedad, el aburrimiento le llegaba a veces a Alfonso y lo ponía un poco triste y añorante, estado de ánimo que al parecer lo sorprende al final de la carta dirigida a Ramón, cuando envía un santo beso a través del amigo a la única, la más bella de todas las mujeres, la pensativa madonna de los ojos color trigo.

Al final, como siempre, abrazos fraternales.

En alguna parte había un paquete con las cartas que Alfonso escribió a Josefina desde Europa. Y a pesar de que en aquella casa hacía mucho tiempo no se botaba nada y de que Maruja le ayudó a León a remover todo tratando de encontrarlas, nunca dieron con ellas. Encontraron, en cambio, cartillas de lectura amarillentas y lúgubres; encontraron escrituras públicas de predios definidos por vallados de piedra desmoronados hacía mucho tiempo, por árboles ya muertos o quebradas ya secas, y de los cuales sólo permanecían inmutables los cuatro puntos cardinales; encontraron devocionarios,

imitaciones de Cristo, almanaques Bristol, billetes descontinuados, monedas, cartas escritas con letras toscas y llenas de errores de ortografía que Rosalba había recibido de un hermano suyo preso por abigeato en 1925, botones, fustas, aretes, jarabes para la tos, flores secas, flores de tela tan secas como las flores secas reales y a estas alturas tan reales como aquellas, dibujos de rosas en cuadernos de contabilidad, daguerrotipos, cucarachas vivas y cucarachas muertas. Encontraron mucha confusión, en suma, inabordable, miscelánea e incluso un poco triste.

SANTA ROSA, CALDAS, 1914

Don José Bedoya, ahora metido entre sus cafetales florecidos montado en una hermosa mula trochadora, no se entregó a la bebida ni dejó de sonreírse —pues ya desde antes de la muerte, desde antes del nacimiento de Zenón sonreía muy poco—, sino que se dedicó al trabajo con un ahínco fuerte y parsimonioso que en muy poco tiempo duplicaba la producción de velas, iniciaba la de jabón y fósforos y hacía aparecer tres fincas grandes, dos con trapiche, donde se producía café, cacao y caña dulce. Don José Bedoya, ahora hablando con el mayordomo de una de sus fincas, quien de vez en cuando se reía con las cosas que se le ocurrían al patrón, no había perdido nada de lo que se conoce como sentido del humor; si aquello era un don, era un don que ejercía de forma casi involuntaria y que a veces lo llevaba a tratar de pensar en alguna manera de decir las cosas sin que la gente terminara tosiendo y riéndose. Habría sido más justo, tal vez, considerarlo una maldición. En el entierro de don Noé Montoya, por ejemplo, ventripotente y autoritario hombre de granos y graneros y amigo suyo de toda la vida, fulminado por un infarto que le dejó el pecho, el cuello y la mandíbula como tinturados con azul de Prusia, hubo problemas en el momento de meter la caja en el roto, alto, de la bóveda. Fue necesario dar órdenes, súbanlo los de adelante, bájenlo los de atrás; fue necesario sacarlo de nuevo para tratar de hacerlo entrar derecho, un largo trabajo, en fin, de marchas y contramarchas hasta que finalmente el ataúd encajó y se aplomó perfecto en la terrible oscuridad.

—Ahí quedó bueno —dijo entonces don José Bedoya de un modo que hizo sonreír hasta a la viuda.

La hermosa mula trochadora se metió otra vez entre los cafetales perseguida por el perro del mayordomo, ladrador y un poco histérico, que respondía al nombre de Káiser. Cada ciertas leguas en las montañas de Antioquia y Caldas había algún perro, eco insignificante de una lejana matanza —insignificantes ecos que se prolongarían durante más de sesenta años, como bien lo habría de saber León durante sus correrías por los pueblos antioqueños —, que respondía al nombre de Káiser. Pero don José Bedoya, con

movimientos aparentemente lentos, hizo silbar el zurriago y le dio al perro un pequeño zurriagazo exacto en la grupa, que le dolería tal vez como una picadura de tábano y lo haría meter con la cola entre las piernas, chillando como un demonio, por entre los cafetales florecidos.

Doña Lucero, que había nacido para la alegría, rezaba entretanto a la Virgen del Perpetuo Socorro, arrodillada al frente de muchas veladoras encendidas.

HALMA, 1914

Un día después de que un viejo en el café Bernardine le preguntó a Alfonso que si en Colombia, esa isla de España, había muchos antropófagos y salvajes desnudos, se declaró la guerra austro-serbia.

—Allá en esa isla, antes de vestir al desnudo, se le enseña: «Usted no debe besar los pies de nadie. Aquí no tenemos rey» —contestó el muchacho con firmeza y relativa inspiración. Ya le habían hecho la pregunta otras veces y había tenido tiempo de madurar la respuesta en un francés impecable.

Diez días después los alemanes violaban la frontera, entraban a Lieja, se enfrentaban a los belgas y en menos de cuarenta y ocho horas producían más de cincuenta mil muertos. Caballos medio destripados, ayer nomás tirando de carretas campesinas, se revolcaban relinchando entre la humareda acre de los obuses. Desde Halma podían oírse las explosiones de la dinamita que desbarataba puentes y caminos en el desesperado intento por detener a los invasores. Francia y Alemania también se habían declarado la guerra. Los alambres de púas y las trincheras hediondas se extendieron en trigales y campos de centeno. Ambulancias con cruces rojas aullaban por los caminos en medio de los pastizales donde aún se sostenían, por un instante y en precaria melancolía, casi como un sueño fugaz o algún punzante recuerdo, las hermosas vacas rumiadoras. Rusia movilizaba diecisiete escuadrones de la Legión Asiática. Turquía se aliaba al parecer con Alemania. Caminitos largos e interminables de seres humanos comenzaron a moverse por los campos, entre las piedras y los árboles, rumbo a su perdición. Reyes prostáticos y belfos conferenciaban con primeros ministros ávidos y lúcidos. Viudas jóvenes se orinaban de pavor y tristeza al recibir la noticia de la muerte del que habían querido tanto. Jóvenes aterrados trataban de escribir cartas de amor desde el fango revuelto de las trincheras. Estiércol y sangre, la civilización se devoraba sin piedad sus propias tripas.

Y el comienzo de aquella inmensa carnicería, a la que doctoralmente los hombres civilizados de todas las latitudes empezaron a llamar la Gran Guerra, sorprendió a Alfonso sin un solo papel de identificación. El pequeño caserío

de Halma se encontraba en un estado de desorden tenso y peligroso. El abate Teófilo había agarrado un fusil viejo que sacó del sótano y, después de llorar en el hombro de su vieja hermana —quien se lamentaría desde entonces noche y día de un modo crispado y enloquecedor—, se fue con sus espaldas apesadumbradas a luchar contra los alemanes en la frontera. Uno tras otro iban partiendo los hombres del pueblo. Cuando Adelin fue a despedirse, le recomendó a Alfonso que se tratara de ir para Bruselas, pues los rumores de espionaje podían hacer peligrar la vida de un extranjero en las provincias. Monsieur Alphonse hizo crujir por última vez a su pequeña esposa coqueta de ojos verdes entre sus grandes brazos de labriego y se perdió para siempre en el gran caos. Los cañones de Wellin y Namur sonaban continuamente y hacían vibrar las ventanas del cuarto de Alfonso, que llevaba tres días sin dormir, absolutamente desconcertado, como si se hubiera enfrascado en una grotesca pesadilla de la que al parecer no había escape. Ya sabía que la policía local lo estaba vigilando como posible espía, pero todavía no se decidía a salir para Bruselas. Una noche de luna llena se produjo una gritería infernal en la plaza, donde setecientos hombres se despedazaban con sus filudas bayonetas. Tres prusianos muertos duraron muchas horas frente a su ventana, como fardos de día, como azulosos bultos en las noches terribles. Y una tarde un soldado francés se empeñó en mirarlo de un modo raro hasta que el muchacho se puso nervioso y empezó primero a caminar rápido, después a correr dando saltos como un conejo mientras sentía silbar las balas en los oídos. «Dios quiso prolongar mi vida», escribiría esa misma noche, pálido, alumbrándose bajo las cobijas con un minúsculo muñón de vela. «¿Cuántas horas? Esto no es la guerra, es el asesinato. Le escribí a Josefina despidiéndome para siempre. No soporto más la incertidumbre: esta noche me voy a pie para Bruselas. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

A las once de la noche, caminando pegado a las paredes, Alfonso salía de Halma. En la lejanía sonaban los cañones de Lieja, de Namur y de Rochefort; en Halma se oían las voces de los quinientos franceses acampados que cantaban *La Marsellesa*. Llevaba en los bolsillos el diario, un retrato de su madre y la medalla de la Virgen que le había entregado Josefina cuando se despidieron en Envigado. En el momento de decirle adiós, madame Bertha le había advertido que los guardias de Wellin tenían órdenes de fusilarlo y se puso a llorar. Cuando Alfonso trató de consolarla lo besó en la boca con caliente y desesperada pasión. En medio de esa guerra absurda, en el vórtice del inmenso crimen perpetrado desordenadamente por los poderosos de la

Tierra, Alfonso se vio de pronto con aquella deliciosa mujer entre sus brazos. Se amaron entonces con avidez mientras la guerra y todos sus muertos, que abrían la boca hacia el cielo, desaparecían por completo, y sólo quedaban ellos dos, en un instante eterno donde lo que vivía triunfaba otra vez, inequívoco, como un lirio de agua, un nenúfar, una mística e inextinguible flor de fango.

El camino a Bruselas era oscuro y estaba lleno de amenazas. Para Alfonso, que no llevaba encima ningún papel de identificación, ser sorprendido significaba la muerte. Caminó largas horas por las montañas en medio de una noche densa que al mismo tiempo lo protegía y lo agredía, haciéndolo caer y rodar muchas veces entre las piedras y las malezas. Poco después de la medianoche, mientras orinaba contra un árbol, vio pasar un dirigible alemán que flotaba muy cerca de la tierra como si fuera la sombra, lenta, de la muerte. El martes 11 de agosto de 1914 Alfonso escribió: «Estoy en Tamin, un pueblito muy pintoresco sobre la ribera del río Meuse. Son las ocho de la mañana. Estoy a diez leguas de Wellin en la casa de un cervecero a quien he enternecido con mis narraciones. Ya calmé el hambre con un kilo de pan, pero desfallezco de cansancio. Hice la travesía por medio de las montañas, guiado por las luces que iluminan la vía férrea. Constantemente oía las alertas de los guardias y el sonido cercano de los cañones y de los fusiles. A veces pienso que todo este drama personal es un sueño, una alucinación».

«Aquí se ha restablecido el servicio férreo para Bruselas. Tomo el tren dentro de dos horas...».

«Estoy en la estación de Bruselas. Son las nueve de la noche. El tren ha gastado once horas para recorrer veintidós leguas. Unos soldados me piden papeles de identificación. No los tengo. Lllaman al cónsul de Colombia. Me identifican. Me dejan libre, me voy a un hotel, pido un litro de coñac...».

Al día siguiente la batahola del patriotismo con sus atronadoras motocicletas militares que movían de un lado a otro la terrible eficacia anárquica de la guerra, sus banderas rechinantes, sus camiones repletos de soldaditos sonrientes que iban rumbo al matadero llegaban a las retinas del muchacho, adoloridas y sensibilizadas al máximo por el coñac bebido durante la noche. Bruselas ya no era la misma. Si aún tenía flores en las ventanas, ya no se veían. Las prostitutas habían abandonado los bulevares para irse a ofrecer a los soldados que atestaban las estaciones de los trenes. Bruselas era ahora una ciudad condenada donde la gente se movía con frenesí y amargura, la humillación y la muerte instaladas como agujas de plomo en cada uno de los

corazones. De los pueblos incendiados en las provincias llegaban oleadas de refugiados de ojos alucinados en los que todavía se reflejaban las llamas. Cargaban jaulas con pájaros, cargaban ancianas paralíticas, gansos, gallinas, colchones, aparatos de radio. «Por todas partes veo soldados, caballerías, armamentos», escribiría Alfonso el jueves 13 de agosto. «He visto fusilar en Lovaina y en Bruselas a plena luz del sol; vi cadáveres destripados a golpes de lanza en las calles de Halma; estuve preso por espía alemán aquí en Bruselas y he vivido no sé cuántas horas verdaderamente dolorosas y tristes... Pero nunca había medido con tanto corazón las desgracias de la guerra como esta tarde en la Estación del Norte. Tres mil infelices desembarcaron a las cinco y media. Venían de algunos pueblos vecinos incendiados por los alemanes. ¡Qué tristeza! Familias enteras, niños, ancianos llorando sin consuelo. Carros colmados de huérfanos. No me acuerdo haber llorado nunca tan sinceramente como lloré hoy».

Los alemanes marchaban sobre Amberes y Bruselas. Japón declaró la guerra a Alemania. Alfonso había ido a Lovaina en bicicleta para tratar de recuperar las pertenencias que dejó en la casa donde había vivido por algunos meses. De regreso, un soldado le quitó la bicicleta y debió continuar a pie por una carretera donde los camiones militares levantaban polvaredas que caían sobre los árboles y los dejaban viejos y andrajosos. El cielo, sin embargo, estaba despejado y en su azul flotaba la textura porosa de una luna diurna que parecía nube. Alfonso no había alcanzado a caminar ni tres leguas, Lovaina estaba todavía a la vista, cuando estalló una gritería en el patio de una de las casas campesinas que había sobre la carretera. Cuatro jóvenes iban a ser fusilados contra la pared del granero, acusados de ser espías alemanes que habían intentado envenenar las aguas públicas. Los soldados los pateaban e insultaban. Los espías —si eran tales— imploraban, mientras la dueña de la casa, en levantadora y pantuflas y con dos niños colgando de sus brazos, miraba todo con ojos dilatados. Fueron atados torpemente, torpemente recostados contra la pared del granero y torpemente abaleados. «Estas barbaridades de la guerra han endurecido mi corazón en ocho días», escribiría Alfonso. «Ya veo matar a un hombre y apenas me inspira una ligera tensión en los nervios, como la que antes me inspiraba ver matar un marrano para la Nochebuena».

ENVIGADO, 1939

Pepa murió el 1 de enero de 1939 a las tres de la mañana. Todas las noches de diciembre habían sido estrelladas y la del 31 no fue la excepción. Luces redondas y quietas de planetas y chispazos rojizos o verdosos de estrellas afiladas se sostenían en la negrura mientras las nebulosas extendían su velada consistencia y Pepa se moría. En el solar las menudas flores blancas del jazmín del Cabo soltaban su aroma empalagoso por todas partes. El olor flotaba violento entre el perfume tenue de las azaleas, que brillaban secretamente en la noche, se metía por las rendijas de las puertas y entraba al cuarto de la moribunda, que tal vez ni quería sentirlo. Pues la moribunda lo que quería sobre todas las cosas era morirse rápido y abandonar de una vez lo que ella misma en repetidas ocasiones durante su larga e infructuosa existencia había pensado y mencionado como «esta porquería de mundo».

Sin embargo, Pepa tenía un corazón demasiado fuerte y el cáncer parecía cansarse de morder en un lado y en otro sin acabar de matarla. A lo largo de once largos meses se le habían caído las uñas y el pelo, y su cuerpo, que alguna vez fue tan lleno y rosado, estaba flaco, apergaminado. Sólo los ojos azules permanecían intactos, relumbrando con odio épico, azotando con cristalina amargura a todo aquel que tratara de ayudarla o confortarla. El cura había venido a aplicarle los Santos Óleos, pero aplicarle los Óleos a Pepa moribunda era tan fácil como calmar a un perro rabioso con caricias en la cabeza o palabras serenas. Con voz debilitada por el cáncer, con mente aguzada por la muerte cercana, dijo que no quería ningún gallinazo de curia cerca de su cama y que lo mejor era que el tipo ese se largara con sus menjurjes para otra parte. El cura, persona sólida y poderosa que gozaba de una fuerte alegría, alegría que a veces resultaba hasta pagana y le había ganado cierta reputación de ilegalidad entre el clero casposo y ortodoxo, dijo que hasta se podía compadecer a Satanás cuando se pensaba que iba a tener que bandear a semejante fiera en los infiernos por toda la eternidad. Josefina, piel todavía juvenil, ojos todavía brillantes, pelo del color de la ceniza, no tuvo más remedio que sonreír con toda su blanca y pareja dentadura.

La única persona, además de Eladio, que se podía acercar a la enferma era Rosalba, que no pedía tampoco permiso para acercarse sino que utilizaba una controlada pero arrolladora violencia para obligar a la moribunda a meterse el pato bajo las nalgas de pergamino, sorber las sopas de pajarilla o tragarse las medicinas que Eladio le había dejado con plena conciencia de que eran inútiles. El médico aparecía con frecuencia y le inyectaba dosis fuertes de morfina que ponían a descansar su dolor y su odio durante un rato y apagaban por unas horas sus ojos feroces. Eladio, que se había pasado la existencia mirando el constante movimiento entre la vida y la muerte, admiraba el modo grandioso como aquella mujer que nunca había reconocido Dios ni autoridad alguna sobre su cabeza se enfrentaba a su propia muerte. El médico era creyente, pero había vivido lo suficiente para entender que Pepa confesándose y gimiendo de culpa en su lecho de muerte hubiera resultado un hecho contra natura que incluso podía ir contra los designios de Dios.

Fue pues un largo proceso que pasó por muchos estadios, desde la alucinación rampante, cuando la enferma creía ver seres monstruosos descolgándose del techo, hasta los momentos de lucidez casi sobrenatural, durante los cuales decía la verdad oculta y abismal que había tras la cara aparentemente compuesta y recta de los que habían sido sus familiares y conocidos. Unas cuatro horas antes de morir, Pepa regresó al pasado y empezó a reproducir en la cama lo que habían sido el parto de Josefina, los insultos a la partera, a la que, según el contexto de lo que gritaba, había mordido en un brazo, los hijueputazos como salivazos azufrados que empezaron a salir del cuarto de la enferma como si lo que se estuviera dando allí fuera un revolcón de demonios, diablos como micos, gritos de dolor y de odio, gemidos contenidos por un orgullo maldito. Afuera, entretanto, todo estaba ya inmerso en el Año Nuevo. La bóveda celeste giraba en toda su belleza, los voladores se elevaban desde los patios de las casas y en el aire había ecos de risas, ecos de los valeses y tangos que sonaban en las lejanas cantinas veredales, donde los campesinos se emborrachaban en mesas repletas de botellas. «¡Ojalá y se te gangrene!», le gritaba Pepa a la sombra lejana de la sufrida partera. «¡Ojalá y se te pudra, vieja hija de puta, marrana hedionda...!», gritaba mientras se contraía de dolor, víctima del eco de los que habían sido sus espasmos de parto.

A las dos y cuarenta y cinco de la mañana Rosalba se acercó a la cama de Pepa, que dormía bajo los efectos de la morfina, y trató de cambiarla de posición, para que su cuerpo descansara. Apenas la tocó, Pepa se levantó

como un arco y abrió los ojos, que rodaron hacia el interior del cráneo, blancos como las balotas de los bingos. Se desplomó en la cama para volver a levantarse como un arco y pegar desde arriba un grito ronco e inhumano que resonó en la noche y puso a aullar a los perros de los Vélez. Entonces cayó por última vez a la cama, ya muerta, la carne de la cara comenzando lentamente a serenarse sobre los huesos hasta darle al cadáver una apariencia final que poco a poco, a medida que pasaban las horas del velorio, iría a ser tranquila e incluso bondadosa.

Después del entierro, ceremonia en la que no hubo mucha gente, ni muchas flores, ni muchas lágrimas, Rosalba anunció que al día siguiente se iba. Y al día siguiente se fue con sus pertenencias metidas en una maleta de cuero café, cundida de correas e hinchada como un monstruoso acordeón, y se subió a un bus de escalera pintado con colores de guacamaya que empezó a rugir por las montañas antioqueñas, trepando y descolgándose por los abismos musgosos en dirección al pueblo minero que la había producido. Antes de irse le prometió a Josefina que le iba a mandar a una sobrina suya a la que describió como seria y hacendosa. Y, efectivamente, ocho días después de su partida llegaba Maruja cargando una maleta tan hinchada y llena de correas como la que su tía había llevado. Y ya sólo de verla en el portón parada al lado de su equipaje se podía saber que Rosalba no había exagerado en lo de seria: cejiespesa y compacta, con un moño firme cogido atrás y brillante como el carbón, ojos grandes, iluminados y duros, parecía una reproducción rejuvenecida de Rosalba. Como si hubieran metido a Rosalba en una tina con caldos milagrosos y le hubieran quitado treinta años de encima. O como si la soltería amarga en aquellos riscos antioqueños se transmitiera misteriosamente desde una primera mujer sólida y bigotuda que la originó allá en la noche inicial de los tiempos y estuviera pasando de una generación a otra, de tía a sobrina, con rumbo a la noche final del género humano.

BRUSELAS, 1914

La llegada de los alemanes a Bruselas se anunció con un profundo silencio, roto de vez en cuando por el estrépito suelto de alguna unidad motorizada que venía del caos o iba hacia él, y con una callada indignación que se podía confundir con la tristeza. Las banderas habían sido arriadas desde temprano y a eso de las dos de la tarde sólo quedaban unas pocas ondeando, como perdidas, en los edificios públicos. A las tres menos diez minutos aparecieron los primeros cascos, erectos y repulsivos, que señalaban al cielo desde lo alto de los caballos enormes, y tras el desfile ominoso de la caballería entraron los ciento cincuenta mil hombres de infantería, armados hasta los dientes. Bruselas se rendía oprimida por la pata del águila. Los invasores tomaron posesión del Hotel de Ville y empezaron a pasearse por las calles, desafiadores e insultantes. En menos de dos horas cruzaban la ciudad con teléfonos mientras sus aviones se paseaban por el cielo tranquilamente. «La toma de Bruselas me ha causado un gran dolor», escribiría Alfonso. «Hace dos días no se oía sino un solo grito de coraje contra los siervos del Káiser y los perseguían para fusilarlos en todas las calles de la ciudad. Hoy todo ha cambiado. Ellos son los amos. En las estaciones no hay una sola locomotora, la casa del rey y el Ministerio de Guerra les sirven de cuartel. Cruzan por todas partes en autos veloces como flechas. Cometan barbaridades. Roban, amenazan. Cogen autos y los pagan con bonos contra París. La gente los mira con estupefacción».

Alfonso y otros jóvenes extranjeros —cinco colombianos entre ellos— que vivían en la residencia de la calle Saint Lazare parecían detritos inofensivos, palos, ramas, que se hubieran arremansado en algún recodo perdido durante alguna horrible inundación. Comentando en francés y en español vieron pasar bajo su balcón las hordas invasoras, los oficiales heráldicos y culones en lo alto de los poderosos caballos inocentes, los soldaditos también inocentes que marchaban con lamentable orgullo hacia su propia sepultura. Cada uno de los doce o trece estudiantes que miraba el desfile desde aquel balcón había perdido el control de su pequeño camino

individual —el cual sólo parecía mezquino si se le comparaba con el insensato y monstruoso movimiento de la guerra—, camino que había sido borrado y confundido irremediabilmente por culpa de príncipes incompetentes, banqueros de venas frías y primeros ministros ávidos de poder y de gloria. Alfonso no compartía el optimismo general sobre el fin rápido de una guerra que cada día se complicaba más y empezaba a extender sus ramificaciones tentaculares hacia África, Asia y aun América, y había dado por perdida cualquier posibilidad de iniciar sus estudios en Bélgica. Con Ortiz, un compañero colombiano que también había venido con intenciones de estudiar Veterinaria, visitó la facultad en Cureghem, pero sólo encontraron salones vacíos, un par de burros viejos en las caballerizas y un señor anciano, calmado y amable, el secretario, quien les dijo que todos los alumnos y profesores habían partido a la guerra y era absolutamente improbable una pronta reanudación de la vida académica. Ahora, con la llegada de los alemanes, lo más posible era que de la facultad no quedaran ni los burros viejos, ni el anciano amable y tal vez ni el edificio mismo.

Los periódicos dejaron de aparecer y Bruselas, en el vórtice de la guerra, quedó sumergida en las tinieblas. Se sabía de batallas monstruosas donde millones de hombres, por razones que casi ninguno de ellos conocía a fondo, se enfrentaban a muerte sobre los que habían sido los trigales y viñedos de Bélgica y Francia, pero no se sabía cuál de los dos bandos estaba siendo despedazado con mayor ímpetu. Y aun noticias menores, como la inauguración del Canal de Panamá o la muerte de Pío X, circulaban como veleidosos papeles al viento, convertidos en simples chismes, rumores callejeros. De la ciudad no entraban ni salían cartas y Alfonso se sentía deprimido pensando en su madre, que seguramente estaría sufriendo por él, dándole tal vez por muerto. La imagen de Josefina lo asaltaba a veces, como la visión de alguien conocido y amado en una remota vida anterior. Para el muchacho era en cierto modo cuestión de vida o muerte hacerles saber que todavía estaba vivo, y entonces se presentó una tarde a las autoridades alemanas y les pidió permiso, como periodista, para enviar un cable al diario *El Sol*, de Medellín, en el que daría cuenta de las grandiosas campañas del ejército germánico que se cubría de gloria sobre los campos de Europa. Al leer un artículo firmado por él, sus familiares iban a saber que todavía estaba vivo. Pero la estratagema fracasó, pues las autoridades alemanas, ocupadas como estaban en afianzarse lo más hondo posible sobre el territorio tomado, no parecieron demasiado interesadas en la opinión que los habitantes del lejano Valle de Aburrá pudieran tener

sobre su gloriosa ocupación, y despacharon al joven periodista sin demasiadas cortesías.

Los días en la Bruselas ocupada, toque de queda al anochecer, cinematógrafos cerrados, prohibición de reunirse más de dos personas en lugares públicos, comenzaron a pasar con la exasperante monotonía de un domingo pobre y perpetuo. El jueves 3 de septiembre de 1914 Alfonso escribiría: «Triste, casi desesperado, vagando, como los otros días, por las calles de la ciudad. Ni un teatro abierto, ni un cinematógrafo, ni un museo, ni un café concierto. Decididamente Bruselas está convertida en un cuartel alemán donde no se ven sino soldados antipáticos e insolentes y pobres cocotas de labios pintados y ojeras dilatadas. Cansado de esta vida monótona y deseando vivir las impresiones y peligros del campo de batalla, estuve en el cuartel general alemán para solicitar trabajo en una ambulancia de la Cruz Roja. Me citaron para el sábado». Su amigo Ortiz era prudente y callado y no quiso opinar nada sobre lo que Alfonso acababa de hacer; en cambio Yepes, joven colombiano estudiante de Medicina, era impulsivo y expresó su opinión de modo claro y conciso:

—No seas bestia, ala —dijo.

Los vientos del otoño cada día llegaban más fríos y ya comenzaban a deshojar los árboles. La gente, rápidamente raída por la guerra, caminaba por los bulevares con los zapatos gastados, sin nada que hacer, con el hambre instalada en los estómagos. De vez en cuando sucedía algo notable, el abatimiento de un avión francés que caía envuelto en llamas sobre los techos de la ciudad, la «prisión de honor» a la que sometían al burgomaestre Adolfo Max por haberse negado a pagar la contribución de guerra a la que supuestamente se había comprometido, la noticia de la destrucción de Lovaina o la noticia de la demolición de la catedral de Reims, pero el resto era rutina de cañoneos lejanos y flujo constante de cientos de miles de soldados alemanes que pasaban por la ciudad con rumbo al campo de batalla. Una tarde Alfonso miraba un desfile de doscientos o trescientos campesinos que venían de un pueblito vecino incendiado la noche anterior por los alemanes, y que caminaban despacio mientras la gente de los balcones, conmovida, les arrojaba monedas o pedazos de pan que se disputaban casi violentamente, cuando sintió una mano delicada que lo agarraba por el codo. Era madame Bertha. Con ojos alucinados, la vivaz mujer le contó, casi atropellándose, que todos habían muerto. Su marido, su tío el abate Teófilo Henry, Adelin y mucha otra gente que Alfonso había conocido en Halma habían sido rápidamente

asimilados y aniquilados por la guerra. Su casa fue incendiada. Mademoiselle Elisa, al borde de la locura, se había venido con ella para Bruselas y ahora las dos estaban refugiadas en la casa de unos parientes lejanos. «Yo no quiero vivir», dijo con voz nerviosa y decidida. «Si no fuera por la vieja ya me habría quitado la vida», agregó, y antes de que Alfonso pudiera decir algo u ofrecer algún consuelo, dio media vuelta y se perdió como loca por las callejuelas. Las cosas parecían componerse y deshacerse al mismo tiempo. El muchacho sintió ganas de llorar. Decididamente no era cierto que la guerra le hubiera endurecido demasiado el corazón.

Pasaron unos días y Alfonso se olvidó por completo de que alguna vez había estado en el cuartel general alemán pidiendo trabajar en una ambulancia en el frente de batalla. Pero al parecer los alemanes no lo habían olvidado, porque el martes 8 de septiembre de 1914 se aparecieron en la residencia de la calle Saint Lazare y preguntaron por él. Dos soldados corpulentos lo escoltaron entonces como si fuera preso —conocían la orden de llevarlo, no el motivo— y lo metieron en un vehículo fétido que lo llevó al Hotel de Ville. Lleno de miedo, el muchacho juró que era amigo de Alemania y protestante, pero el oficial lo miró con recelo. Entonces volvió a jurar con vehemencia que era protestante —y amigo de Alemania—, y el oficial terminó por dar la orden de que le pusieran unas insignias y el brazalete de la Cruz Roja, y le entregó un papel en alemán del que Alfonso sólo entendió el águila del sello, que simbolizaba al Imperio. Lo metieron junto con un chofer grande, de brazos rubios y peludos, en una ambulancia que empezó a brincar por caminos desconocidos hasta llegar a un pequeño caserío donde había un hospital con cuatrocientos heridos. Supuestamente estaban en el frente de batalla, pero Alfonso no pudo ver frente alguno sino un desorden de alambre de púas, ruido de cañones y gritos en alemán. Las enfermeras confortaban en alemán, los heridos gemían y maldecían en alemán. A Alfonso le entregaron un carrito con algodones y lienzos que debía trasladar de un lugar a otro del hospital a medida que médicos y enfermeras los fueran necesitando. Entonces el frente de batalla se hizo aún más confuso, pues todo el mundo empezó a gritarle órdenes en alemán y él a entregarles frascos de desinfectantes a médicos enfebrecidos que pedían algodón a gritos, agachados sobre los intestinos desparramados de hombres jóvenes que se separaban de la vida con sonrisa triste y ojos vidriosos. Alfonso se movía con la misma seguridad de siempre, pero cometía errores tan grandes que aun a él mismo —y a las enfermeras, especialmente a las jóvenes— le daban hasta risa. Empezó a trabajar a las ocho de la mañana y

a las doce tenía a todo el personal tan crispado que le quitaron el carrito y lo sentaron en una banca a esperar algún vehículo que lo pudiera regresar a Bruselas. Una vez en Bruselas, otro oficial le arrancó las insignias y lo insultó con las dos únicas palabras que se había tomado el trabajo de aprender en francés antes de invadirles el territorio a los belgas:

—¡Bestia! —le dijo—. ¡Sinvergüenza!

—Hasta la vista, hijo de mala madre —contestó Alfonso en español, sereno y caballeroso como siempre.

ENVIGADO, 1977

León estudió mucho sobre la Primera Guerra Mundial. Ayudándose con alguna botellita de trago, miraba despacio las fotografías de los soldados envenenados por los gases y muertos como roedores en las trincheras. En las bibliotecas silenciosas trazaba después sobre papel blanco los límpidos diagramas de las matanzas, las batallas tan ordenadas y racionales como las habían creído ver los generales que las fueron perpetrando. Y entonces, en las heladerías o en los graneros donde se dedicaba a tomar aguardiente con sus amigos, amigos tan antiguos que ni siquiera recordaba cuándo los había conocido, se ensimismaba en el recuerdo de la imagen de los inmensos cementerios simétricos donde las naciones civilizadas habían sepultado a sus millones de muertos, cubriendo su infamia con una racionalidad de geometría, una máscara de olmos perfectos, prados lindos y jardines florecidos. Pero más allá del cinismo abismal de los poderosos de la Tierra, quienes después de aniquilar casi por completo a una generación de hombres jóvenes supieron enterrarla bajo monumentos armoniosos y prados de ensueño, y aún más allá del juego de luz y sombras que la raza humana despliega al generarse, León buscaba la sensación ubicua, difícil de enfocar, donde la construcción y la destrucción no sólo alcanzaban idéntica apariencia sino que se convertían en una y la misma cosa. Era una dimensión a la que sólo se llegaba de modo tangencial o periférico y él tenía entonces que dar rodeos; explicar a quien quisiera oírlo el flujo de las tropas, los motivos que llevaron al asesinato del archiduque en Sarajevo; describir las pilas de muertos; mostrar a sus amigos las fotocopias borrosas de las fotos, ya de por sí borrosas y ahumadas, de las ruinas de Lovaina; mostrarles la foto que Alfonso tomó de una tapia roída y solitaria que emergía de un montón de escombros, donde una placa anunciaba un hecho límpido —«Aquí vivió Rubens», decía—, y contarles, en fin, anécdotas dramáticas de soldados de tropas enemigas que se abrazaban en Navidad al pie de las trincheras. Hasta que alguno, deslumbrado por semejante torrente de información y sentimiento, no tenía más remedio que expresar en voz alta su admiración —púdica, por cierto, seca admiración—

por el amigo:

—¡Este es mucho hijo de puta para saber de la Primera Guerra Mundial!
—decía.

Pero entonces, cuando León llevaba casi un año trabajando en el asunto de Alfonso y Josefina, tenía más de setecientas páginas escritas y había devorado libros y revistas de las bibliotecas en cantidades industriales, el destino, que desde siempre ha desconocido fatalidades ordenadamente previstas, intervino en la forma de una finlandesa que llegó una tarde a la heladería donde León se tomaba unos tragos con sus amigos. Había bebido mucho el día anterior, y ahora, como siempre al principio de una segunda borrachera, los tragos lo habían puesto afilado y brillante. Hablaba mucho y con frases que, tal vez por estar acompañadas de gestos intensos, sonaban muy armoniosas y verdaderas. Los ventarrones de agosto habían limpiado el aire de los detritos que continuamente soltaban las chimeneas de las fábricas, las palomas agrupadas volaban pulcramente alrededor de las torres de la iglesia. León hablaba en oleadas controladas y, cuando un grupo de frases terminaba de caer, sus grandes ojos cafés, lo único estéticamente agradable en todo su organismo externo, se dejaban serenar en el reflujo para fascinarse mirando la belleza de las pocas ceibas que quedaban o la cal de las torres de la iglesia que relumbraba bajo el sol intenso de las tres de la tarde.

Se hicieron pues amigos León y la finlandesa, que era muy bella y se vestía y lucía como joven, pero a la que de cerca se le podían ver las arrugas en el cuello bronceado, las arrugas bajo los ojos más azules y totales que León hubiera visto nunca, y empezaron a andar juntos y a conversar constantemente en un idioma que tenía algo de español, algo de francés y una buena cantidad de gestos y señales. Olvidando por un momento la búsqueda de la imagen donde iría a plasmarse el proceso de erosión de la memoria, olvidando por un momento la Primera Guerra Mundial, León empezó a recorrer con ella los lugares por los que más afecto sentía, las cantinas claroscúras donde trabajaban coperas maternas, las lomas con sus cafetales florecidos, los graneros con olor a cominos, donde gatos enormes caminaban sedosos sobre bultos de maíz y entraban y salían incesantemente de las sombras. Y cuando la finlandesa, que era fotógrafa profesional, captaba con su cámara los traganíqueles de cantinas veredales, fantásticamente iluminados entre tapias brumosas, era como si él mismo acabara de llegar de lejanos países y los estuviera viendo por vez primera; y cuando fotografiaba en blanco y negro a los músicos decrepitos que arrimaban bandolas a las orejas de clientes

borrachos y exultantes, León los veía en toda la dimensión de su fracaso, en toda la profundidad de su desesperanza. El abogado miraba con admiración a la hermosa mujer que trabajaba, segura y rápida, sus ojos azules aguzados, sus movimientos certeros, avanzando con serenidad y rapidez en la exploración de un mundo que para ella había sido hasta entonces totalmente desconocido y remoto.

Las señales se acumulaban. Un día León se sorprendió rabioso y colorado cuando un amigo, bastante libre y conciso en el modo de expresar opiniones, expresó la que le merecía la finlandesa. «Buena, la veterana», había dicho. Y ahora, caminando por calles llenas de luz del pueblo que los tres habían ido a visitar, y mientras señoras muy blancas los miraban pasar desde las puertas de sus casas con cierto inevitable, ancestral, gesto de burla en la mirada, la presencia de la mujer lo llenaba por completo. Por ella miraba lo que miraba, a través de ella sentía el aire frío que traía ráfagas de cilantro o de cebolla, olores a boñiga o cagajón de mula. Por la noche, en el cuarto de hotel y mientras el pueblo dormía, León y su amigo, que habían descubierto que la ese en finlandés sonaba casi igual a como se pronunciaba en el Viejo Caldas, se entretenían en hacerle repetir palabras que tuvieran eses.

—Diga Manizales.

—Manizales —decía ella con eses aplastadas y silbadoras que llegaban al corazón del abogado.

Al día siguiente, cuando León entró al baño desapacible y grande y mientras decidía si le iba a meter su largo cuerpo al chorro helado, vio la ropa interior de ella, muy blanca, en el toallero. Olía a limpio. Pero más allá del aroma del agua, más allá del olor a jabón, podía sentirse, así como suena en los caracoles el sonido del mar, un delicado, casi imaginario olor a algas y a sal. La verdad emergió entonces desde las más profundas regiones subconscientes del flaco abogado. Se le había instalado en el pecho una flor enorme y abrumadora. El reconocimiento del temido fenómeno le arrancó un comentario en voz baja que a fin de cuentas no resultaba ni tan extravagante en una persona orejona que caminaba como si le hubieran puesto el pie izquierdo en el derecho y viceversa:

—Ahora sí me tragó la tierra —dijo, y se dejó caer el helado chorro sobre la cabeza.

En esta ocasión, sin embargo, la vida no quiso mostrarse tan dura como otras veces. Si bien es cierto que la finlandesa nunca durmió con él, tuvo la lealtad de no hacer sentir su rechazo como algo de lo que León debiera

sentirse abochornado y culpable. Si para ella resultó doloroso e incómodo ver que él, no obstante haber bebido lo suficiente para vencer su insondable timidez, se ponía muy colorado en el momento de declararse, de ningún modo dejó que se diera cuenta; por el contrario, lo que León vio fue el inevitable gesto de halago, hermoso sobre todas las cosas, que desde siempre ha aparecido en el rostro de las mujeres cuando hombres que ellas respetan y admiran les hacen saber que las desean.

Después de un recorrido de casi dos meses —acompañada de León, tomando fotografías de todos los rincones de Antioquia—, se volvió para su país a reunirse con el marido y con los hijos y a hacer revelar las docenas de rollos que llevaba, mientras él se quedaba en Envigado tratando de recuperar el equilibrio y abandonar el sentimentalismo que su solo recuerdo producía. No fue fácil, y en el proceso se consumieron varias botellas de licor y se enunciaron frases generales sobre las mujeres y el amor que causaron algún impacto en graneros y heladerías, a pesar de que León tendía a considerarlas basura y las enunciaba solamente por la necesidad de hablar y de mostrarse sabio y otra vez ecuánime. Pero después de algunas noches en la terraza, mirando con cierta melancolía la monótona bóveda celeste, y luego de algunas borracheras arrastradas (putas, perfumes baratos, burdeles desvencijados), León fue ganando poco a poco el estado de ánimo que necesitaba para seguir con lo que pensaba estar escribiendo.

Volvió entonces a visitar a Josefina.

Cuando le dijo que era nieto de Pastora y le explicó que su abuela no podía estar ni bien ni mal, pues había muerto hacía veinticinco años, a Josefina la agarró por sorpresa la noticia y se puso, como siempre, a llorar.

—Dios la tenga en su gloria —dijo.

Hasta ahí todo estuvo bien, pues ya se había vuelto parte de la rutina recordarle lo mismo cada vez que la visitaba. Pero entonces Josefina habló casi media hora sobre un paseo remoto a una quebrada de la que ni siquiera se sabía dónde había fluido y se quedó de pronto como sorprendida. «Oíste, y vos ¿quién sos?», preguntó y otra vez se puso a llorar cuando supo que su tía Pastora había muerto hacía veinticinco años. En ese momento León entendió que en los últimos meses la anciana había dado otro paso grande hacia el caos. Más tarde conversaría con Maruja y se enteraría de que Josefina se la pasaba todo el día preguntándole que ella, Maruja, quién era y Maruja repitiéndoselo; de que a veces Maruja perdía la paciencia y ya no le contestaba, y entonces a la anciana le daba vergüenza seguir preguntando y se limitaba a mirarla

intensamente mientras la otra iba de un lado a otro de la pieza, barriendo, desempolvando o acomodando ropa en el armario.

ENVIGADO, 1978

«La enorme embarcación mercante, larga, simplísima, sin mástiles, sin guías, sin bandera, la enorme canoa de cuarenta metros de largo que comenzó a cortar las hediondas y negras aguas del canal con doscientos pasajeros a bordo, preocupados y silenciosos, bajo un día brumoso, me causó una impresión fúnebre que casi me hace llorar», escribiría Alfonso el lunes 7 de noviembre de 1914. Era todo lo que había anotado ese día, y para León fue imposible saber de qué canal se trataba: podía ser uno de los que llevan de Bruselas a Amberes en la posible ruta de Alfonso hacia alguno de los puertos holandeses sobre el Mar del Norte, desde donde se embarcaría para Inglaterra, pero podía tratarse del Canal de la Mancha. Las anotaciones del muchacho en el diario empezaron a escasear a finales de su estadía en Bruselas. En alguna parte había descrito la desesperación que le producía el ambiente monótono y gris de la ciudad ocupada, y su decisión de dejarla: «¡Buenos estamos! ¡Sentarnos en un recodo de la vida y esperar que el tiempo pase como una ilusión! ¡Detenernos indefinidamente en una esquina de Bélgica a verles el rabo a los soldados del Káiser y a esperar el fin de la guerra! ¡Me marchó para Inglaterra!», anotó entonces. Pero tal vez debido a los preparativos del viaje, o por el tedio, durante muchos días solamente escribió en el diario notas sueltas en las que comentaba lo emocionante que era ver caer la nieve por vez primera; o sobre las mujeres de Flandes, que según él eran insípidas para el amor, caprichosas y «positivistas»; o la fecha, simplemente.

Entonces León empezó a escribir sin parar sobre canales hediondos que se metían entre ruinas de guerra; sobre canales turbios que fluían por un paisaje ahumado por la muerte y el invierno, desembocaban en otros canales, trazaban un tejido lúgubre sobre la Europa devastada y terminaban desembocando en algún río siniestro que caía al helado Mar del Norte, en cuyas aguas acechaban minas y submarinos. Sobre el agua misma León escribió página tras página en un estilo a la vez aplomado y delirante, que dos meses después haría expresar a su hermano la opinión de que mejor no se las mostrara a nadie si no quería

arriesgarse a que lo metieran en un loquero. León trataba de cubrir con palabras el vacío irremediable que había entre aquel canal de noviembre de 1914 y Londres a finales de diciembre de ese mismo año, sumando imágenes, puliendo metáforas en un esfuerzo por escapar de la nada, pasando del agua particular —si así pudiera decirse— que había hecho flotar la barcaza mercante por el canal fétido, hasta llegar al agua en sí, sagrada, eterna y vacía. Página tras página fueron escritas al borde de esa porción de abismo que contenía en sí todo el abismo del mundo, la inmensa totalidad de olvido que barre generaciones enteras con la misma invasión de niebla que se apodera de cada una de las particulares mentes humanas (las que atesoraron como joyas hasta los más nimios recuerdos de aquellos a quienes habían amado tanto; las que alguna vez miraron deslumbradas el arbitrario milagro de lo que ellas mismas, a falta de otras palabras, a falta de mejor explicación, habían denominado La Creación). Libélulas cristalinas flotando sobre charcos podridos, aguaceros que recorren el mar con espesa y difusa lentitud, «agua que gotea de aleros, gotea de cornisas, germina la cebada», escribiría el anárquico abogado, «brota el trigo, fluye café por El Banco y La Virginia, fluye salada de los ojos de las viudas, de los ojos de las novias. Regresa del mar hacia el origen, envuelve la vida fetal, arrastra vacas infladas por los deltas, causa hambrunas, arrastra troncos, maizales, ambiciones, calma el fuego. Nunca es una».

Un inmenso vacío empezaba, pues, a presentirse como se presiente el mar más allá de las últimas montañas. El único diario completo que había dejado Alfonso sobre su estadía en Europa terminaba en Londres, 1914, y de ahí en adelante la información se hacía intermitente: cartas, páginas sueltas de diarios desintegrados por el tiempo, recuerdos de anécdotas familiares que se habían repetido con insistencia hasta casi vaciarlas de sentido empezaron a configurar para León el paisaje en ruinas de la memoria. La certeza de la devastación final intentó desconcertarlo entonces, y durante varios días estuvo pensando en abandonar el asunto por completo, pero después de una larga conversación con su hermano decidió continuar.

Hacía algún tiempo que los hermanos no se emborrachaban juntos en la terraza. Cada uno vivía demasiado inmerso en sus propios asuntos y apenas ahora encontraban el momento para sentarse a hablar al lado de una botella de aguardiente. Acababa de llover y el aire estaba cargado de humedad. Del techo de la precaria ramada que los hermanos habían construido escurrían las últimas gotas del aguacero recién ido e iban a estrellarse contra el cemento del

piso. Restos de otras borracheras (cajas de cerveza desvencijadas, botellas vacías) estaban desperdigados por ahí, como residuos de una inundación. Bajo la ramada se apilaban revistas y periódicos viejos, y colgando de la única pared, rugosa, increíblemente mal levantada, había un tiple viejo del que León sabía sacar, punteando, algunas melodías de los Beatles, trozos de boleros escogidos, rancheras, algo del *Concierto de Aranjuez* y un pedazo grande de *Malagueña*. León jugó un rato con el tiple mientras los primeros aguardientes iban desentumeciendo la conversación. Hubo un amago de *Concierto de Aranjuez* y después se oyeron las notas de un huapango clásico que empezó muy suave, casi inaudible, y fue subiendo en intensidad y sentimiento hasta cortarse en seco, como si hubieran decapitado al intérprete en pleno clímax.

En ese momento Javier empezó a contar la historia del piloto enamorado que le aventó la avioneta a la casa de la novia, arriba, en el barrio Robledo, y se mató y la mató a ella y a los suegros. Era el tipo de cosas que le gustaba contar, historias que no tenían moraleja ni necesitaban explicación alguna, sino que brillaban en sí mismas con intensa y absurda perfección. De su vida profesional sacaba muchas —a veces León llegaba a pensar que su hermano ejercía la abogacía por el solo placer de encontrarlas—, pero también las buscaba en minuciosas lecturas de periódicos y revistas. De un periódico editado en Nueva Orleans, por ejemplo, había sacado la de los dos vecinos muy ancianos que tuvieron un disgusto y se agarraron a bala en el lindero, pero que, temblorosos y cegatones, agotaron las municiones sin tocarse, mientras las balas silbaban por todos los rincones del asombrado vecindario. Javier hablaba rápido y soltaba los datos que configuraban la escena de sus historias (árboles, manos temblorosas tratando de enfocar enemigos borrosos, vallados de piedra, avionetas enfurecidas dejándose venir desde los cielos) de una manera seca y precisa que buscaba cargar cada palabra con la mayor cantidad de color posible, de modo que la historia se quedara restallando en el aire como estallan en la noche las recámaras luminosas de los voladores. Era un estilo nada gratuito para alguien que pensaba que la vida no era más que un fulgor inexplicable que había reventado sin objeto desde la gran noche del caos. Y cuando terminaba de contar, sin importar lo aparentemente terrible y siniestro de la historia (el malevo que se sube a un bus y le da treinta y ocho puñaladas a un hombre al que ni siquiera conoce, por ejemplo), el abogado empezaba a reírse sin ruido, subiendo y bajando los entecos hombros mientras sus ojos afectuosos se quedaban fijos en un interlocutor que, aunque fascinado, no lograba entender dónde estaba lo gracioso del asunto.

Empezó entonces a tronar como si se fuera a soltar otra vez el aguacero. La botella de aguardiente, que ya iba por la mitad, parecía metálica bajo la luz de una especie de farol, hecho con alambres y un sobre de manila, que colgaba del techo al final de un cable blanco. Los hermanos habían hablado como a la deriva, pasando de una cosa a otra con el desparpajo de quienes no necesitan ceremonias. Pequeños vacíos de conversación fueron llenados por acordes sueltos de alguna melodía o por las cuerdas del tiple rasgadas con ritmo pero sin objeto, sonido que se iba adelgazando lentamente hasta unirse al ruido lejano que producían las llantas de los automóviles sobre el asfalto mojado. Entonces la oleada de conversación volvía a arrastrarlos. León recordaba ciertas luces, ciertas penumbras de la casa de su abuela que había creído perdidas para siempre, el solar donde su tío abuelo, José Jesús, en uno de los pocos arranques prácticos de su existencia, había construido un trapiche con guadas, copia a menor escala de los trapiches de las fincas grandes, donde se les sacaba a las cañas un jugo que había empalagado a muchos nietos y atraído a las avispas, negras como el ónix, que bajaban al parecer de los naranjos.

«Está demasiado recordador el güevón», pensó Javier mientras miraba a su hermano con burla por encima de la copa de aguardiente. A pesar de ciertas actitudes o comentarios que podría considerar demasiado bruscos alguien que no conociera bien a los hermanos, Javier sentía intenso interés por las cosas de León. Además él también recordaba aquel solar remoto y también para él era importante la visión de las avispas que bajaban de los naranjos. Pero como le gustaba mantenerse alejado de asuntos que de algún modo pudieran llevar a flujos de sentimentalismo, prefirió entonces recordar la vez que le sirvieron orines con agua a una hilerita de primos pequeños que, solemnes, los recibieron en los diminutos pocillos de una vajilla de juguete y los bebieron como si fuera té mientras por todas partes, ciertamente, se extendía el olor de los naranjos florecidos.

Cayeron gotas sueltas que resonaron contra el techo de la ramada y empezaron a crecer sin atropellamientos ni sobresaltos hasta conformar el rugido bajo y continuo de un nuevo aguacero. Con los aguardientes León parecía cada vez más propenso a hablar de asuntos en los que estaba latente la tristeza por la implacable erosión del pasado. De un momento a otro se oyó hablando de la imposibilidad de recuperar los hechos idos, tema que resultaba demasiado explícito y sonaba ligeramente impúdico viniendo de alguien como él, e incluso llegó a pronunciar palabras altisonantes, mientras su hermano lo miraba con ojos rojos y burlones:

—Me parece que alguien tendría que ponerse a inventarlos antes de que se nos embrollen del todo —alcanzó a decir León, grandilocuente, llevado por una melancolía que era punzante y sincera, aunque se la hubieran precipitado los tragos y la lluvia.

LONDRES, 1914

«Llovía tenazmente sobre la gran metrópoli que, envuelta en un espeso manto de brumas y alumbrada débilmente por sus enormes y opacas farolas de gas, presentaba un aspecto sombrío y misterioso. La lluvia y el pantano, el intrincado ruido de los vehículos, los gritos de los vendedores y de los comisionistas de todos los rangos; en pocas palabras, esa complicada efervescencia de colmena colosal, me hizo acordar de mi entrada a París en una mañana de febrero. Con la corta diferencia de que esta vez ya no era el pobre muchacho aldeano que atemorizado se quedaba con la maleta en la mano y la boca abierta esperando que lo destripara un ómnibus», escribió Alfonso a mediados de noviembre, ya casi al final de un diario de ciento treinta páginas que se titulaba «Bélgica 1914: Guerra Europea» y que habría de terminar el día 31 de diciembre de ese año.

A esas alturas, ciertamente, Alfonso estaba muy lejos de ser un muchacho aldeano. Tres días después de su llegada había ya cobrado en la embajada colombiana su pensión atrasada de cuatro meses y se había instalado en un cuarto limpio aunque un poco frío, que no tenía espejos, ni cuadros, ni cortinas, pero donde al menos ya no se oía el lejano retumbar de los cañones. «Me he acostumbrado de tal modo a cambiar de vida y a cortar mis hábitos — escribió — que ya nada me mortifica de las diferentes costumbres cuando llego a una ciudad extraña. En Londres vivo ya contento como si hiciera muchos años que estuviera entre sus muros. Hasta el espíritu de orientación se ha desarrollado en mí a fuerza de cambiar de rumbos y de patria. En mis primeros meses de vida europea llegaba a una ciudad y me perdía dos minutos después de salir del hotel. Cosa natural, si era incapaz de consultar el mapa, ya que estaba habituado a las ciudades colombianas. Y hoy, en este Londres oscuro y complicado, ruidoso y sin límites, que nadie conoce, yo, con mi mapa y tres peniques en el bolsillo, trepado en la terraza de un ómnibus me dejo arrastrar centenares de kilómetros».

En el Comité de Refugiados Belgas, veinte días después de su llegada, Alfonso conoció a Mariette, dulce joven flamenca que como tantos otros había

perdido a toda su familia en los campos de batalla. La vio por primera vez en una de esas mesas largas donde se servían sopas a la gente recién llegada de Bélgica, mirando el universo con sus pequeños ojos azules todavía atontados por la desgracia. Con ella viviría en aquel cuarto, en una especie de irresponsable y fugaz concubinato juvenil que habría de durar hasta el día de su regreso a Colombia. Alfonso recibía ciento cincuenta chelines mensuales del gobierno colombiano, y Mariette, una vez él le ayudó a sacudirse el torpor de la muerte, consiguió un pequeño empleo por el que le pagaban cincuenta chelines al mes. Con esos doscientos chelines, tasando cuidadosamente el carbón, fumando poco y comiendo muchas cebollas fritas, se las arreglaron para ser felices a la sombra de la guerra. Años después, cuando Alfonso ya estaba más que lejos de la pobreza —se había casado con una mujer rica y él mismo había amasado una considerable fortuna en el comercio de adornos finos y obras de arte—, recordaría aquellos días londinenses con especial afecto y sostenida nostalgia. Tomados de la mano recorrían la ciudad brumosa, colmada de escuadrones de soldados que la cruzaban cantando himnos patrióticos. En los parques de diversiones con medio penique los hijos de los obreros tenían derecho a tirarle cinco o seis golpes de fusil a la efigie de Guillermo II. Tomados de la mano, Alfonso y Mariette leían en los puestos de revistas las últimas noticias de la guerra. En la ciudad había una constante fiebre de noticias. Los obreros sin destino, los extranjeros abandonados, los muchachos miserables a quienes faltaban dos peniques para comprar el *Daily Mirror* se agrupaban en las vidrieras del *Times* y de los otros grandes diarios a leer de balde los últimos telegramas escritos en grandes caracteres. «Si aislamos la parcialidad y las mentiras posibles de la prensa inglesa, las fuerzas aliadas han progresado notablemente en las líneas fantásticas de Flandes y de Polonia, las dos más grandes batallas que hasta hoy han contemplado los siglos y cuyo resultado apresurará y decidirá el resultado de la contienda que estrangula al mundo», escribiría Alfonso, sentado en la cama para escapar del frío, los pies metidos entre los cálidos muslos de Mariette, que dormía acurrucada bajo el edredón, con la cabeza apoyada en el estómago del muchacho. «¿Qué batalla? No. ¡Qué interminables carnicerías, macabra cosecha de cadáveres que desde hace tres meses trae al universo en expectativa. Sombria escena en que millones de hombres se destrozan por todos los medios robados a la cultura del siglo xx!».

Pero la felicidad de Alfonso y Mariette no duraría demasiado. Colombia no era país que se pudiera dar el lujo de mantener estudiantes que no iban a

estudiar y ya se empezaba a ver claro que la matanza duraría mucho más de lo que se había pensado al principio. De modo que su gobierno les hizo saber que la pensión de diciembre habría de ser la última y les ordenó que regresaran a la patria.

—Como si con ciento cincuenta chelines nos estuviéramos dando vida de reyes —comentó Ortiz, que también había llegado de Bélgica a Inglaterra y vivía con otros colombianos en una casa destartalada y gris. Había venido a Europa a estudiar Veterinaria y era grande su vocación por un oficio que tal vez nunca llegaría a aprender. Estaba amargado. Su hermoso rostro aindiado, de grandes ojos oblicuos, resplandecía de indignación.

—Miserables —dijo Alfonso de un modo alelado y vago, casi como por seguirle la corriente a su amigo. El muchacho había empezado a cansarse de tanta incertidumbre e íntimamente se alegraba de que se hubieran resuelto aunque fuera de esa forma sus problemas. Además ir y venir, embarcarse, desembarcarse, llegar, salir, volver y volver a irse era tal vez lo que más le gustaba en el mundo. La perspectiva de regresar, europeizado y cosmopolita, a abrazar a su madre y a Josefina, la perspectiva de ver de nuevo a sus amigos de Bogotá, le producía una emoción profunda. Si no fuera porque darle la noticia a Mariette iba a ser muy difícil, su reacción ante el obligatorio regreso habría sido de franca alegría; él era el único ser amado que le quedaba a ella en el mundo y lo idolatraba de modo tan constante y estrecho que a veces el muchacho llegaba a sentirse asfixiado.

Los últimos días de diciembre tuvieron para Alfonso la carga constante de la noticia por dar y la melancolía de la despedida inevitable. A veces se quedaba mirando a Mariette de reojo, sumida en algún libro o remendando medias, y sentía que nunca tendría el valor de decírselo. Durante la fiesta de Nochebuena, que pasaron con los otros colombianos de la casa de Ortiz, la muchacha se extrañó de que a Alfonso los vinos lo pusieran silencioso. De regreso al cuarto insistió en saber lo que pasaba, pero él no tuvo corazón para amargarle la Navidad, y nada dijo. Muy serio y algo pálido vino a decírselo el 29, sólo diez días antes de la fecha en que habría de embarcarse para Colombia. Y la reacción de la muchacha fue tan dramática como él había temido. De la expresión de profunda sorpresa, gesto que durante varios días flotaría en la memoria de Alfonso como una mala sombra, Mariette pasó a un llanto caótico y abundante que parecía no tener fin. Alfonso la acarició e incluso intentó abrazarla, pero ella ni se daba cuenta. Sólo después de mucho rato el llanto desgarrado fue cediendo poco a poco, con intermitencias y

espasmos que le rompían el alma al muchacho, hasta acabar en el silencio. Entonces levantó su cara, ligeramente rolliza y no muy bella, y sus pequeños ojos azules lo miraron con terrible reproche. En una sentida página del diario, Alfonso transcribe las palabras de Mariette: «Alfonso —dijo—. Yo te entregué mi amor confiada en tus palabras y ahora me vas a abandonar. Me vas a dejar tirada en esta ciudad inmensa y extranjera marchando al azar entre la indiferencia de los hombres y la ventura cruel. Así pagas mi amor y la fe que tuve en tu palabra. Así pagas. Despedazándome el corazón y pisoteando mi felicidad. Yo te perdono. Puedes irte para América. Adiós. Yo te perdono». Alfonso miraba insistentemente una quemadura de cigarrillo que tenía la mesa donde habían pasado tantas veladas felices, mientras sentía gotear las lágrimas por la barbilla. «Lloré como un niño», escribiría al final de aquella página. «Yo, que tengo el corazón de piedra».

Los días siguientes fueron de silencio, llantos furtivos y un erotismo desesperado que parecía venir del centro de la Tierra. Inicialmente Alfonso la vio tan pálida y lacrimosa que alcanzó a pensar con terror en la posibilidad de un suicidio. Pero cuando una tarde Mariette llegó de la calle, todavía triste y pálida, con la noticia de que había conseguido un empleo de ciento veinte chelines al mes, se hizo evidente que a fin de cuentas sobreviviría. Ya para el 31 de diciembre los dos jóvenes, diciéndose pequeñas mentiras, que ella iría a América, que Alfonso regresaría, se habían curado los desgarrones de la separación y estaban preparados para afrontar el hecho con serenidad y entereza. Tomando vino y acariciándose interminablemente bajo los calientes edredones recibieron el Año Nuevo, año que de todas formas habría de llegar triste para ellos y ensombrecido, para todo el mundo, por la guerra.

«1914 acaba de morir», escribiría Alfonso en la última página de su diario europeo. «Me tocó su agonía miserable en este Londres indiferente y oscuro. ¡Triste muerte la de 1914, envuelto en un sudario de neblina y sin recibir las últimas caricias del sol! ¡Año cruel! Morirse y dejar a la humanidad embriagada de odio; los hogares derrumbados por la humedad de las lágrimas; los mares enrojecidos de sangre y la tierra agobiada de cadáveres. ¡Adiós, amigo! Gracias por la buena voluntad con que me dejaste una cana más en los cabellos y mil ilusiones menos en el corazón. Hasta luego, amigo. Quizás cuando yo te siga todavía yedas en el sepulcro del tiempo...».

«Durante el año mi madre ha sido mi primera devoción. He querido a varias mujeres —Alfonso hace una pequeña lista, que incluye a madame Bertha y a Mariette— y quiero aún a Josefina, pero de un modo raro, como a

una visión. Aprendí francés perfectamente. Si no estudié Veterinaria no fue por mi culpa. Estoy hastiado de Europa, donde he aprendido a vivir sin admirarme de nada. Me he reído de la guerra y sus miserias».

ENVIGADO, 1978

—Él llegó muy bien vestido y oliendo a agua de Colonia —dijo la anciana.

León trataba de reconstruir el regreso de Alfonso a Envigado, pero la descripción de Josefina, aunque alcanzaba a veces una perfección en el detalle que podía hacer flotar de nuevo el perfume de agua de Colonia o poner a brillar sus ojos viejos con el recuerdo de la suave raspadura de la barba contra sus orejas y mejillas, tenía una calidad de extrema fragilidad, como si el humo o la neblina hubieran carcomido ya de modo irreversible el andamiaje central de los movimientos idos y un derrumbe final fuera inminente. El tintineo del pocillo que traía Maruja fue creciendo por el corredor hasta que la sombra de la mujer apagó por un instante la luz que se sostenía intensa en el marco de la puerta y allí se mantenía.

—El tintico, joven —dijo entonces con la entonación más amable de que era capaz, mientras Josefina la miraba con curiosidad intensa aunque desprovista de recelo. Cuando Maruja dejó el cuarto, la anciana se quedó mirando a León como a punto de preguntarle algo («Oíste. Y esa ¿quién era que era?»), pero al parecer le dio vergüenza y prefirió arrojarse, digna, con el pesado cobertor y mirarlo con ojos acuáticos y cariñosos.

—Caminamos un rato por ahí, ¿cierto? Fuimos primero a la iglesia, después al cementerio... —decía la anciana con voz oscura, formando imágenes límpidas de cielos azules, caminos bordeados de guamos y pomares, por donde habían subido tomados de la mano después de dejar el cementerio. ¿Se amaron aquella vez bajo los árboles? La pregunta aleteó en el cerebro de León mientras las palabras de la anciana se desviaban por ese mismo camino hacia otro paseo, anterior o posterior, al que habían ido: la Vélez que se casó con el Uribe loco, el Uribe loco, Ligia y Sofía —hermanas de Alfonso— y otra gente que León no había oído nunca mencionar. Pero él sabía ya por experiencia que una pregunta así sólo llevaría a sonrojos y sonrisas, y terminaría, como alguien desmañado tratando de atrapar con dos dedos una mariposa, alejándolo aún más de lo que creía estar tratando de encontrar.

Josefina se reía ahora mientras contaba cómo el Uribe loco le había prendido candela al periódico que leía, tirado sobre el pasto, un tal Marceliano Saldarriaga, que después se hizo dentista. «Ahora se atraganta», pensó León y empezó a levantarse despacio, para ir a golpear la espalda de la anciana que, efectivamente, había comenzado a toser con los ojos muy abiertos. «Gracias, mijo», dijo mientras se enjugaba las lágrimas y se dejaba caer otra vez, como flotando, hacia la almohada.

—¿De qué veníamos hablando, vos? —preguntó entonces.

León, a pesar de que no creía que las cosas de este mundo tuvieran un centro u orden alguno distinto de su simple ocurrir, contraerse, expandirse y a veces contraerse y expandirse al mismo tiempo, se había interesado por la quemada del periódico de aquel Marceliano Saldarriaga.

—Marceliano Saldarriaga —dijo—. En el paseo le quemaron el periódico.

En un mediodía de un año difícil de precisar —el catorce o un poco después, en todo caso—, Josefina, tendida en el pasto, miraba hacia el cielo y veía un rebaño de nubes que viajaba despacio por el firmamento. Con la Vélez bizca habían jugado un rato a buscarles parecidos con personas o con pájaros. El Uribe loco había recogido y amontonado una pila enorme y como bíblica de helechos secos, para hacer con ellos una gran hoguera en la que asarían chorizos ensartados en el extremo de palos largos. Marceliano Saldarriaga leía espeluznantes descripciones de campos de batalla. Su mente juvenil, todavía fresca, se dejaba fascinar y aterrorizar por la imagen de tripas desparramadas por obuses, o por la visión de las bocas abiertas hacia el cielo de los soldados envenenados por los gases, que habían muerto en los túneles y las trincheras. El Uribe loco se sentó al lado de Marceliano Saldarriaga y dijo algo que el otro ni siquiera oyó, inmerso como estaba en las imágenes de la gran matanza. Entonces Uribe encendió un cigarrillo y le puso el fósforo al periódico donde el otro venía leyendo, conmovido, lo que estaba sucediendo en la lejana Flandes. La llama creció desde abajo como una flor rápida y se abrió frente a los desorbitados ojos del muchacho, que dio un ronco grito de terror. Las muchachas se rieron. En el cielo volaban los gallinazos, pero iban tan arriba que a veces ni podían distinguirse.

Josefina se quedó dormida y soñó con tres sauces altos mecidos casi por la luz del sol —porque viento no había— balanceándose por siempre en aquella lejana tarde, cuando él la besó bajo su sombra. El flaco abogado estuvo un rato mirando a la anciana que reposaba en la cama como una nube a

punto de disolverse en el fondo de una cañada profunda y tenebrosa. Entonces movió la silla de modo que quedara frente a la puerta, donde reverberaba la luz, y así poder mecerse despacio mientras miraba las azaleas del patio, florecidas. Y cuando se cansó de mirar las azaleas fue hasta el solar y se puso a acariciar al perrote negro, que cada vez tenía el hocico más cundido de canas, dormitaba más, ladraba menos y se le ponía la boca más pastosa y pantanosa. El perro gimió, entrecerrando los ojos, cuando León lo volteó patas arriba y empezó a rascarle con fuerza la barriga.

—Cada día amanecés más hediondo —le dijo con cariño.

Todos los días a esa hora Maruja se encerraba en su cuarto a coser y a oír las noticias truculentas que pasaba una emisora. La luz del sol empezaba a ponerse oblicua y a formar rombos y triángulos en la cal y en las baldosas. Entonces en el solar todo viajaba, los mandarinos que dejaban pasar la luz en chorros cambiantes sobre la tierra y los helechos, la emisora encerrada que emitía truculencias, el perro que dormía oscureciendo las opacas baldosas de ladrillo con el vaho de su respiración acompasada, y León mismo —que después de lavarse las manos se había sentado al lado del animal dormido a mirar la vegetación del solar—, todo viajaba de un modo armonioso y lento hacia el vacío.

—¡Y tan joven que se veía! —diría un rato después Josefina, refiriéndose a la súbita muerte de la abuela de León veinticinco años atrás, en un perpetuo proceso de reconocimiento, donde las preguntas y respuestas se repetían una y otra vez, casi iguales, y empezaban a recordar los recitados monótonos del juego de la gallina ciega.

—Me decía que se estaban besando debajo de los pomares —dijo León, que tenía ya ganas de irse, y la anciana se quedó un rato mirándolo con sus ojos de agua. Entonces fingió acomodarse los ganchos de carey con que se ajustaba la hermosa moña blanca que le recogía el pelo detrás de la cabeza.

—¡Oigan a este! —dijo.

En el momento de él despedirse, Josefina quiso saber si le podía hacer una pregunta. León, con la mano de ella flaca y fría entre sus manos, le dijo que sí, las que quisiera.

—¿Es cierto, mijo, que en el mar hay pescados de este porte? —preguntó entonces, mientras señalaba con las manos una distancia de un metro, más o menos.

Niebla y más niebla.

OCÉANO ATLÁNTICO, BUQUE AURORA, 1915

Durante algunos días, mientras el Aurora navegaba por mares grises plagados de minas y submarinos, hubo momentos en que Alfonso estuvo más cerca de acompañar al año fatídico en su descenso a los abismos del tiempo de lo que él mismo alcanzó a sospechar. Pero en su destino estaba escrito que sólo habría de morir treinta y cinco años más tarde, cuando ya los hechos del año recién muerto serían sólo una armazón seca, sostenida a duras penas por los historiadores, armazón que cada día, cada hora, iría secándose más en su camino hacia el irreflexivo polvo helado.

Después el Aurora, de forma casi imperceptible, empezó a meterse por aguas que se hacían más tibias y azules. El olor a niebla y a muerte fue remplazado lentamente por el de la sal pura, y la sospecha lívida de periscopios y minas aguzadas, por la visión esplendorosa de delfines y alcatraces. Atrás la guerra quedaba como una balsa podrida, y el olor a descomposición que venía ahora en el aire era el del trópico, donde según todas las evidencias sensoriales la vida triunfaba y al parecer triunfaría siempre, arrolladora.

De la todavía lejana estructura destartada del puerto se soltó entonces una pequeña mancha negra que empezó a flotar hacia ellos como una cucaracha de agua y a crecer hasta convertirse en una lancha pequeña, casi una canoa, en cuya proa flotaba la bandera tricolor colombiana. Los dos suizos de carnes lechosas que miraron subir al práctico —escudo patrio en la gorra, fondillos gastados, zapatos llenos de barro rojo— eran ignorantes, no tenían una visión agradable de lo que era importante en este mundo, y tal vez no tuvieron la culpa de pensar, viendo al práctico recibir los papeles que le entregaba el impecable capitán inglés, que la compañía de transportes marítimos Cruise Line parecía más importante que el entero país al que arribaban. Alfonso los vio sonreír, divertidos, y sintió un odio que le hizo desear la completa desaparición del lejano e immaculado país montañoso.

«¡Ojalá y se los coma el paludismo!», pensó con alegría mirando aquellos cuellos pulcros donde más tarde habrían de ensañarse las chinches y los zancudos.

Esa noche en el hotel Alfonso durmió un sueño plagado de zancudos y de imágenes fantásticas donde guerras y amores agobiantes se entremezclaban en una espesa maraña que cambiaba constantemente de forma y se extendía como un mar. Se despertó con el pregón callejero de los vendedores de cocadas y con el vago olor a caño y frutas podridas, y sintió en el vientre la punzada de la felicidad, sensación que después, caminando ya por las calles repletas de calor y luz, se convertiría casi en una borrachera o en un suave delirio. Al día siguiente el modesto vapor Atanasio Girardot empezó a golpear con sus aspas las aguas cafés del Magdalena, sus dos chimeneas soltando humo negro contra el cielo azul, mientras Alfonso, acodado en la baranda, veía pasar río abajo las primeras chozas y caseríos que habría de mirar, desde vapores, trenes y mulas, durante su largo viaje hacia el Valle de Aburrá.

ENVIGADO, 1915

El portillo por donde se entraba al potrero era de los que se abrían fácilmente, pues bastaba levantar un poco el alambre que servía de ojal y lo unía al resto del alambrado. Para volverlo a cerrar, sin embargo, se necesitaban brazos fuertes de campesino. Alfonso fue incapaz de hacerlo y tuvo que pedirle a Josefina que lo ayudara. En el potrero las boñigas frescas eran sobrevoladas por moscas pequeñas, y de las boñigas secas y cuarteadas emergían las afiladas puntas verdes del pasto que las habían atravesado en el perpetuo proceso de convertirlas otra vez en hierba. Alfonso y Josefina, tocándose las manos, mezclando sus perfumes, trataban de acercar el madero al ojal y no podían (en la iglesia, abajo, las campanas llamaron a misa de diez), y allí se besaron por primera vez desde el regreso, mientras el portillo caía otra vez, desmadejado. La menuda Matilde, que se había quedado atrás tratando de tumbar un mango maduro con un palo, apareció cantando y lanzando la fruta al aire y volviéndola a recibir. Alfonso y Josefina, corazones veloces, miraban el valle, tomados de la mano.

El potrero, que caía en suave pendiente y tenía piedras grandes llenas de líquenes plateados, terminaba en una quebrada humilde, donde vivían unos peces también sencillos, terrosos, que los muchachos conocían como corronchos. A lo largo de la quebrada había siete u ocho pomarrosos florecidos. Alfonso, Josefina y Matilde se sentaron en el pasto al lado de una piedra del tamaño de una vaca y contra ella quebraron las cáscaras de los huevos duros, que soltaron los aromas de su fétida delicia. Con la destreza de quien ha vivido en Europa, Alfonso se puso la botella entre las rodillas, sacó el corcho, y el pequeño restallido rebotó en las piedras, perdiéndose entre los árboles y el pasto. Matilde se tomó un vaso de vino. La menuda Matilde era entrometida e impertinente y se quedaba mirando de frente y casi boquiabierta cuando Alfonso besaba las manos de Josefina o cuando los novios se miraban con ojos casi cristalinos por el amor y el deseo. Había trabajado en la casa de Alfonso desde que era niña, se había criado con sus hermanas menores, y nunca sabía cuál era su sitio. Cuando llegaba una visita, Matilde se quedaba

con la bandeja llena de pocillos vacíos en la mano, oyendo sin pudor, opinando incluso, hasta que las cejas de Pastora se juntaban amenazadoras y la muchacha entendía por fin que debía irse. Matilde fue impertinente y molesta cuando niña, tremendamente molesta e impertinente durante la adolescencia y siguió siéndolo incluso cuando se engordó y se casó con un hombre sordo y medio bruto que se la llevó para una finca de tierra fría donde sólo había neblina, cultivos de papa y pastizales.

El vaso de vino que Matilde se había tomado a sorbos bullosos, como si hubiera estado hirviendo, le causó una risa deshuesada e idiota que la adolescente trató de controlar tapándose la boca con las manos, mientras los miraba de reojo con sus ojos maliciosos llenos de lágrimas.

—¡Pero véanla pues! —dijo Josefina.

Se comieron los huevos duros con arepas y los pasaron con vino. Las vacas rumiaban y el agua de la quebrada fluía incesante hacia los ríos que fluían incesantes hacia el mar. Alfonso leyó con su francés impecable un poema largo, donde se hablaba de automóviles, hangares y estenodactilógrafas, mientras Josefina se asomaba al libro y le rozaba el hombro con los senos. Matilde, que los miraba y parpadeaba como una cotorra borracha, dijo que el niño Alfonso había aprendido a hablar como un alemán, pero ellos fingieron no oírla. Cuando el muchacho comenzó a traducir el poema, las figuras perdieron savia, las metáforas se disecaron y a las frases se les formaron aristas como de carpintería burda e incluso un poco absurda. Alfonso dijo, decepcionado, que el poema era mucho mejor en francés, y Josefina le contestó con una sonrisa. Las golondrinas rayaban el aire azul con su múltiple vuelo dislocado.

—El niño Alfonso lo que quiere es emborracharme —dijo Matilde.

Los novios caminaron potrero arriba, pasaron entre los alambres de púas, para no tener que abrir otra vez el portillo, y subieron despacio por un camino donde el barro seco tenía huellas de pezuñas, herraduras y grandes pies de campesinos descalzos. En una casa rodeada por un abigarrado universo de flores de dalia, rosales y batatillas, una señora campesina les sirvió vasos de leche que bebieron en una banca del corredor, mirando el caos florecido, mientras un niño barrigón los observaba con ojos grandes que se abrían atónitos arriba de dos largos mocos colgantes y amarillos.

—Se llama Alcibíades —dijo la madre.

En el sitio donde más tarde se tendieron había también piedras grandes, pero, en lugar de flotar semisumergidas en el pasto, estaban metidas en la

brumosa luz de una hojarasca crujiente cubierta por árboles que sonaban cuando eran mecidos por el viento. Tirados sobre el lago de hojas secas se besaron en el cuello, en los oídos, en las manos, y después descansaron de su pasión dejando que los corazones se serenaran, tendidos bocarriba tomados de la mano, mirando los intrincados copos de los árboles donde los pájaros, toches, silgas, azulejos, chillaban y saltaban entre las ramas tupidas. Media legua más abajo había quedado la menuda Matilde, que dormía acurrucada como un feto al lado de una piedra del tamaño de una pequeña nube y soñaba que iba acompañada de un hombre moreno de bigote negro y voz profunda. Los senos de Josefina olían al perfume francés que Alfonso le había traído de Europa; los pezones tenían un casi imperceptible sabor a sal y parecían, en el claroscuro de los árboles, pequeñas frutas, ciruelas de tierra fría, icacos tal vez, o rosadas y evanescentes pomarrosas.

Días después Alfonso estaba de nuevo al frente de su casa, despidiéndose de la familia, trepado en un caballo que mascaba el freno y resoplaba. Antes de montar, su padre, púdicamente orgulloso y cariñoso, le había dado dos rápidas palmadas en el hombro y le había dicho que se cuidara. Alfonso, vestido de impecable paño inglés, llevaba puestos unos lujosos zamarros de cuero negro y lustroso. A su madre se le encharcaron los ojos. Entonces el caballo comenzó a caminar por las calles empedradas, a contracorriente de los campesinos enruanados que aquella mañana de sábado bajaban por todas las vertientes de la montaña empujando cerdos chillones, vacas, terneros que habrían de ser regateados y vendidos al pie de los toldos blancos de la plaza de mercado.

Josefina se quedó esperando con la calma de quien sabe que todo a su debido tiempo le va a ser concedido. «Y ya se te volvió a largar la golondrina», comentó Pepa, brutal, pero la muchacha prefirió no hacerle caso. Bajo inmensas noches estrelladas, ella y Alfonso habían hecho planes para el futuro, ultimaron detalles de la ceremonia del matrimonio, quién llevaría las arras, quiénes serían los padrinos, y consideraron la posibilidad de irse a vivir a Bogotá después de casados. Alfonso tenía amigos en la capital y estaba seguro de lograr muchos éxitos. Josefina, hábil para la costura, bordó monogramas con las iniciales de los futuros esposos, jotas y aes entrelazadas de modo tan adornado y sólido que parecía que sólo destruyéndolas podrían separarse. Para ella la organización imaginaria del futuro se había hecho tan clara que podía incluso visualizar comedores de roble barnizado sobre los que explotarían los colores de floreros de azucenas o anturios; cortinas luminosas

que filtrarían hacia los cuartos una luz a la vez intensa e íntima, por completo diferente de la luz muerta con la que los postigos cerrados y el carácter de su madre entristecían las tapias húmedas de aquella casa; o mecedoras apacibles donde la gente podría quedarse dormida oyendo el canto de los pájaros, el murmullo de la lluvia. Ninguna de esas imágenes alcanzaría a tomar forma en la vida real, pues Josefina, quince días después de la partida de Alfonso, recibió una carta gruesa donde, entre mucha retórica sentimental, entre mucho agradecimiento que por lo estético resultaba un poco amanerado, y en todo caso hondamente ofensivo y doloroso, el muchacho le comunicaba el hecho, nítido como una bofetada, de que acababa de casarse con otra.

Que a Josefina casi la mata la tristeza, que la voz se le puso ronca, que jamás quiso saber de noviazgos o matrimonios fueron detalles repetidos a lo largo de los años con un cansado pero insistente escándalo que casi llegaba a vaciarlos de sentido. Una tarde de marzo, casi siete décadas después, un hombre feo y raro que decía ser familiar suyo le preguntaría si era cierto que había estado a punto de morir después de enterarse del matrimonio de Alfonso.

—Una cosa son las fiebres tifoideas y otra las carajadas de muchachos — contestaría entonces la anciana con precisión notable para alguien que día a día, hora a hora, sentía que grandes porciones de su vida eran borradas o confundidas por la niebla.

ENVIGADO, 1978

Se despertó y oyó el canto de un gallo cercano. Sabía que estaba cerca porque alcanzaba a oírlo con alguna precisión. Durante los últimos tiempos la anciana era testigo del paulatino desgaste de los sonidos de su mundo. El radio de Maruja —cuyo nombre se le perdió para siempre, debiéndose referir a ella con el apelativo genérico de «Aquella»—, el repicar de la loza en el lavaplatos y el murmullo de los árboles se fueron debilitando hasta esfumarse.

Con el tiempo Aquella tampoco fue para Josefina una sola aquella. Cada vez que aparecía la veía como una persona distinta, y de ese modo Maruja se volvió infinitas mujeres que entraban y salían del cuarto llevando sopas y sacando bacinillas, en un fenómeno de transmutación espejeante y vertiginosa que Josefina contemplaba con un asombro intenso que no dejaba espacio para el miedo. El presente se hizo tan detallado y concreto —una vez las palabras y convenciones que articulaban lo existente, simplificándolo, perdían función y sentido— que el paso del tiempo empezó a pulverizarse en una multiplicidad de presentes que se abrían de forma anárquica, riquísima y siempre sorprendente.

Se enderezó en la cama y se colocó en la garganta un poco de pomada que olía a menta y eucaliptos.

BOGOTÁ, 1915

El tren cruzó la sabana pitando y soltando vapor, avanzando con cautela por entre una neblina pesada que borraba la carrilera, borraba las vacas de los hatos, los alambrados y las casas, y sólo dejaba visibles copos de eucaliptos fantasmales flotando sobre la niebla, envueltos en la luz azulosa del día que llegaba. Y ya desde la estación, cuyos faroles permanecían encendidos a pesar de que la mañana se había abierto por completo, empezó Alfonso a sentir que para él la ciudad había cambiado demasiado. Todo parecía haberse reducido de tamaño. La estación misma, dos años atrás descrita con palabras como Magnificencia, Templo del Progreso Técnico y Construcción Admirable, parecía ahora un calco reducido de las inmensas estaciones de tren que había conocido en Europa, un calco encogido que, como todos los lugares públicos bogotanos, estaba empobrecido por el olor a amoniaco de sus rincones y por policías de gorra vieja, adormecidos al pie de columnas sucias y precariamente grandiosas.

También el poeta Gustavo Rivas, el ácido comentarista que alguna vez había sido moderadamente odiado por el nuncio apostólico, parecía haberse encogido. Alfonso subió a su casa el mismo día de su llegada, luego de un sueño reparador en el Hotel Japonés, y lo encontró en el sillón de cuero haciendo el detallado carboncillo de una rosa carmesí que llameaba sobre el escritorio metida en un vaso con agua de apariencia metálica. Y la primera señal de que el poeta se había reblandecido durante ese año fue que no lo recibió con la fría actitud sarcástica que era habitual en él sino que se le humedecieron los ojos al verlo; más aún, se levantó del sillón y fue a abrazarlo.

Un año atrás el poeta todavía se movía con la seguridad de su arrogancia incommovible. Ahora Alfonso lo vio avanzar hacia él, arrastrando un poco los pies, con los brazos extendidos y los gestos titubeantes de los alcohólicos avanzados. El cuarto de Rivas se mantenía, sin embargo, en el mismo desorden austero y limpio que el muchacho había conocido. Pilas de libros se amontonaban, sin polvo, en cualquier parte y la botella de coñac se mantenía

presente al lado de la copa ventruda y siempre medio llena. Ahora había un piano negro donde más tarde Rivas tocaría una lentísima pieza fúnebre de Chopin, para asombro de Alfonso, que desconocía las aptitudes musicales del poeta, y también se veían muchos dibujos al carboncillo recostados contra las paredes de tapia. Antes de que la tisis y el alcohol lo ablandaran, el poeta había dibujado jóvenes desnudos en actitudes que el nuncio no habría dudado en calificar de perversas. Ahora casi todos eran dibujos de flores y casi todas las flores eran rosas o azucenas. Se trataba indudablemente de trabajos muy hermosos, pero en ellos se empezaba a notar cierta pérdida de profundidad, cierta ingenuidad en el modo de matizar los claroscuros que hacían presentir un largo camino en cuyo extremo estaba La Rosa, la flor eterna e infantil que aparece en las cartillas de lectura y que nunca ha tenido, como las flores reales, esas características individuales e irrepetibles que son su vida, que las conducen por su viaje a través del tiempo y terminan por precipitarlas en la destrucción y el olvido.

Ya no resultaba tan difícil hablar con el poeta Rivas. El ácido comentarista al parecer había abandonado aquellos silencios altivos desde los que se lanzaba como un ave de presa, mortalmente fino y locuaz, para descifrar, desgarrando, los fenómenos humanos. Ahora hablaba sin parar, en un tono opaco y monocorde. Mencionaba sus días de París, vistos en una dudosa retrospectiva feliz, llena de camaradería y jolgorio espiritual, sin jóvenes amantes que le reventaran la boca y le tumbaran los dientes, sin ajeno venenoso ni sucia prostitución. Y como Alfonso llegaba de Europa, el poeta lo trataba con deferencia y le desgranaba anécdotas largas de su vida en el Viejo Continente, llenas de nombres de calles y descripciones de monumentos, que pasaban por multitud de detalles intrascendentes y terminaban, cuando era necesario llegar a la esencia del asunto, en pavorosas lagunas de olvido. Entonces Rivas volvía a llenar las copas y brindaba por los viajes y la vida.

El tema de Europa se agotó y empezaron a hablar sobre los amigos comunes. A estas alturas el poeta Rivas estaba ya borracho y a Alfonso le resultó difícil entender las circunstancias de una reciente y grave discrepancia entre Rivas y Martínez Mutis. Se mencionó un artículo de Rivas no publicado en la revista que ahora dirigía el joven ganador del Premio Panamericano, de Cádiz, pero Alfonso no entendió por qué Martínez Mutis no había querido publicarlo. En cambio las palabras «bellaco» y «Judas» resonaron nítidas en el discurso de aquel hombre minado por la enfermedad y el medioambiente y se repitieron con una intensidad contenida y ciega que resultaba monótona.

Cuando las gordas palomas revolotearon y empezaron a arrullar, esponjadas, y a pasearse de un lado a otro del alféizar, el poeta Rivas caminó hasta la ventana midiendo sus pasos como un anciano y, zureando, empezó a repartirles el maíz que sacaba de una bolsa. Otras veces Alfonso lo había visto quedarse silencioso en su sillón mirando los hechos de este mundo con ojos inyectados de sangre que se iban cerrando poco a poco hasta encontrar las puertas del sueño. Nunca lo había visto, como ahora, moverse con la expresión de beatitud atormentada que a veces tienen los borrachos. Sin embargo, el poeta seguiría sorprendiéndolo hasta el fin. Cuando terminó de zurear como un idiota se sentó en el piano, empezó a tocar a Chopin y conmovió a Alfonso hasta los huesos.

Rivas sólo vino a mencionar al difunto Del Castillo poco antes de quedarse dormido, cuando ya se había puesto demasiado confuso y lacrimoso. Pero entre tanto cariño póstumo, entre tanta referencia a la pureza e inocencia del suicida, entre tanto sollozo dramático, Alfonso fue incapaz de entender si el cuerpo del ausente había sido, estaba siendo o se arriesgaba a ser trasladado a una fosa común. Tres días después habló con Villafañe, quien acababa de regresar de una pequeña gira poética triunfal por Popayán, Cali y Cartago, y se enteró de que efectivamente, debido a un enredo de certificados de defunción donde nombre y seudónimo se enmarañaron en un barullo burocrático —enredo causado por la desidia de quienes debían haberse convertido en guardianes de su memoria—, el cuerpo del poeta había sido exhumado de la sobria bóveda donde fue enterrado para luego arrojarlo sin misericordia a las inclemencias populares de la fosa común, mancomunándolo de manera inextricable a la inmensa cantidad de muertos sin nombre que conforman la sombra total del olvido humano.

También el poeta Villafañe había cambiado. En una polvorienta y caliente biblioteca pública de la ciudad de Cartago acababa de ser coronado con una guirnalda de laurel y comparado repetidamente con Virgilio. Aquel hombre de alma cristalina había publicado una pequeña colección de poemas bucólicos donde se exaltaban las vegas, los guaduales, ríos y selvas de las haciendas que su abuelo, no sin alguna violencia, había abierto en el norte del Valle del Cauca y el poeta acababa de heredar. Y esos poemas limpios y bien cincelados —en los que ciertamente se podía respirar el olor de los amados pastizales, aunque a veces, como los pastizales mismos, pudieran resultar imperceptiblemente tediosos— le valieron una aclamación magna entre un público sediento de bardos clásicos locales. De manera que el cristalino

Villafañe se vestía de modo diferente y había cambiado de peinado. Su frente alta estaba ahora descubierta, pues ya no usaba sombrero, y se veía enmarcada por algunas volutas clásicas que de algún modo el poeta había logrado elaborar a partir de su pelo escaso y lacio. Y como el abrigo de paño negro había sido remplazado por una especie de batón blanco de cuello redondo, parecido al que usan los pintores y escultores para no salpicarse, su rostro lavado y largo tenía ahora cierta calidad neoclásica que recordaba a un Dante Alighieri de ojos dulces y crédulos. Estaba acompañado de una mujer muy hermosa que sonrió abiertamente cuando Villafañe dijo estar trabajando en un poema largo que habría de titularse «La Caucásida», y Alfonso comentó que iba a resultar difícil encontrar un Eneas entre aquellos hombres que llegaron a tumbar caracolés y a sudar de paludismo.

—De veras —dijo entonces Villafañe, en quien se aunaban un temperamento de cristal, una inclinación natural por el verso alejandrino y muchos cientos de hectáreas de la mejor tierra de Colombia—. ¿Sabes que no lo había pensado?

La muchacha que acompañaba al poeta se llamaba Laura —hombros anchos, alta, muy rica y un poco burlona—, y se convirtió para Alfonso en la pasión más avasalladora que había conocido hasta entonces. De haber sido necesario, por ella habría llegado a arrodillarse, suplicar, llorar y amenazar con el suicidio. No fue necesario, por supuesto. Exuberante como era, Laura cedió apoteósica a la presión del muchacho, y contra la oposición de la familia de ella —que vio en aquel matrimonio una unión precipitada con un culto y en cierto modo elegante pobrete de Medellín—, Alfonso y Laura se casarían, menos de veinte días después de conocerse, en circunstancias que más de medio siglo después resultarían inverosímiles de lo puro románticas. Hubo una escalera que Alfonso arrimó a la ventana de Laura y hubo dos caballos que galoparon con los amantes bajo la luz de la luna. Un cura de uñas sucias y acento español los casó en la pequeña iglesia blanca de un pueblito que tenía casas coloniales de tapia y nombre muisca.

León oyó muchas veces el relato de las circunstancias de aquel matrimonio y, aunque no dudaba de que todo hubiera ocurrido de esa manera, nunca pudo pensarlas como verdaderas. Creía haber aprendido a conocer a Alfonso y estaba casi seguro de que aquella escalera, aquellos caballos y aquel galope bajo la luz de la luna habían sido más poéticos que necesarios, más imaginarios que reales. Entre todos los papeles que el abogado logró reunir sólo volvía a mencionarse a Laura en un diario incompleto donde Alfonso

consignaría las impresiones de un viaje en automóvil por Estados Unidos y México. Con el tono desapegado de un hombre maduro, rico y sereno, se mencionaba en alguna parte que Laura había logrado conseguir un autógrafo del actor norteamericano Clark Gable. En otra parte, y en el mismo tono sencillo y a estas alturas nada poético, mencionaba que a Laura la comida con tanto chile le producía cólicos y diarreas constantes.

ENVIGADO, 1978

León escribió más de mil páginas sobre el asunto, y llegar, no llegó a ninguna parte. Aquello habría sido grave en alguien que creyera que el mundo de los fenómenos tiene pies o cabeza, o en alguien que buscara la gloria. Pero León sabía mantenerse incorruptible en su anarquía y tenía muy claro que no había ningún sitio al que se pudiera llegar, puesto que ya se había estado en él desde el principio; y en cuanto a la gloria, era bastante explícito cuando decía que uno podía ser primo hermano de todos los miembros de todos los comités editoriales de los periódicos, editoriales y revistas del mundo entero y no acercarse un paso a la descripción viva de una casa metida en un caos de flores de dalia y batatillas, a la percepción de la construcción y la destrucción cuando se dejan venir con un solo y único movimiento, o a la visión de los filos donde lo que fue flotó un instante y después acabó por esfumarse. Eso era algo. El resto era el bagazo del hombre sonriendo a los fotógrafos, sentando pautas en materia de belleza, artes y política, y tal vez estrenando billetera.

—Se me trabaron hasta las uñas —dijo entonces León, refiriéndose a los efectos de la marihuana que él y su hermano se acababan de fumar en la terraza mientras las mil y pico de páginas, puestas en el piso, esperaban a ser reintegradas a la naturaleza.

No todas eran malas, por supuesto. Es cierto que muchas consistían en la compilación fría de datos: horarios de trenes que habían rodado entre las montañas y enmugrado con su humo ojos de pasajeros que llevaban ya demasiado tiempo muertos y empezaban a ser olvidados por completo; planos de las rutas de tranvías que habían ardido hacía muchos años —en 1948 en Bogotá, para ser precisos, entre un reguero de muertos que todavía clamaban justicia—; descripciones de atuendos femeninos que alguna vez fueron desgarrados por manos ávidas, pero que después cayeron también por completo en el desuso y el olvido; o listas con las cifras de los muertos de las lejanas batallas, muertos que todavía se movían como arrumes de hojas secas en los recovecos de los libros. Pero en cambio en otras León se había sentido creando como los dioses. Como Dios, de hecho, pues luego de una semana de

intensa alquimia, sumando los colores, contrastando los sonidos de las palabras, el abogado, hombre sencillo y tímido a fin de cuentas, podía sucumbir durante la borrachera del viernes al más grande de todos los delirios y empezar a revelar a sus incrédulos amigos las características de su naturaleza divina.

—Tengo la belleza. Soy el que Soy. Soy el Creador —decía entonces levantando el dedo, y empezaba a ponerse pesado diciendo que él creaba los ríos y los árboles y que por consiguiente era Dios. Al día siguiente, con las orejas coloradas por la resaca y la vergüenza, miraba de reojo para ver cuál de sus amigos iba a caerle primero con el recuento minucioso de lo que había dicho. «No vuelvo a beber», aseguraba, mientras miraba subir las burbujas del agua mineral y sentía que las venas le palpitaban en la frente adolorida.

Las hojas ardieron página tras página en la noche frente a las pupilas dilatadas de los flacos hermanos que las miraban llamear una a una en su pequeño clímax de color y después envolverse resonando un poco y encogerse en su inevitable camino a la ceniza. El humo subía hacia el cielo estrellado de noviembre. En volutas subían los trenes, los amantes, los presidentes muertos, polvo de su polvo, guacamayas sobre el río, polvo fino de ceniza que volvería a caer sobre los árboles y a posarse un instante en el follaje, en espera de que la primera lluvia volviera a arrastrarlo otra vez hacia la tierra, llevándolo de nuevo a las raíces de icacos y pomares que florecerían de nuevo para después volver a morir, y aparecer, y morir, y aparecer de nuevo.

Casi dos meses después, León despertó a medianoche y sintió un olor inconfundible a menta y eucaliptos. Se incorporó en la cama y miró con sus grandes ojos cafés la oscuridad. La muerte de los ancianos no nos causa dolor sino tristeza. El olor a menta y eucaliptos, única experiencia sobrenatural en toda su existencia, se sostuvo en el aire por un rato y después se adelgazó también hasta morir.

—Y vino a despedirse —dijo el abogado.

ÍNDICE

Envigado, 1977

Envigado, 1913

Envigado, 1977

Río Magdalena, buque Eloísa, 1913

Envigado, 1977

Envigado, 1977

Río Magdalena, buque Eloísa, 1913

Envigado, 1977

Envigado, 1977

Ferrocarriles Nacionales, 1913, rumbo a Beltrán

Bogotá, 1956

Envigado, 1913

Hotel Japonés, Bogotá, 1913

Envigado, 1977

Bogotá, Palacio de la Carrera, 1913

Medellín, 1977

Santa Rosa, Caldas, 1913

Envigado, 1913

Vereda Las Brisas, cerca de Santa Rosa, Caldas, 1911

Bogotá, 1913

Rumbo a Bogotá, 1977

Buenaventura, 1945

Bogotá, 1913
Envigado, 1913
Bogotá, 1913
Envigado, 1913
Envigado, 1977
Bogotá, 1913
Océano Atlántico, buque Leonora, 1914
Envigado, 1977
Santa Rosa, Caldas, 1914
Halma, 1914
Envigado, 1939
Bruselas, 1914
Envigado, 1977
Envigado, 1978
Londres, 1914
Envigado, 1978
Océano Atlántico, buque Aurora, 1915
Envigado, 1915
Envigado, 1978
Bogotá, 1915
Envigado, 1978



Foto: © Camilo Rozo

Tomás González

Nació en Colombia, en 1950, y estudió Filosofía antes de convertirse en barman en un club nocturno de Bogotá, cuyo propietario publicó *Primero estaba el mar*, su primera novela, en 1983. González ha vivido en Miami y Nueva York, donde escribió algunos de sus libros mientras se ganaba la vida como traductor. Después de veinte años en Estados Unidos, regresó a Colombia. Su obra también incluye las novelas *Para antes del olvido* (1987), *La historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003), *Abraham entre bandidos* (2010), *La luz difícil* (2011), *Temporal* (2013) y *Niebla al mediodía* (2015); el poemario *Manglares* (1997), y los libros de relatos *El rey del Honka-Monka* (1993), *El lejano amor de los extraños* (2013) y *El Expreso del Sol* (2016). Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés, alemán e italiano, entre otros idiomas.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

PRIMERO ESTABA EL MAR

EL REY DEL HONKA-MONKA

EL EXPRESO DEL SOL

Tomás González

Para antes del olvido

Josefina y Alfonso vivieron un amor de un solo beso y un reencuentro fugaz. Pero su historia es tan legendaria que más de sesenta años después León decide reconstruirla. Para eso cuenta con los diarios de viaje de Alfonso, un joven periodista con intuldas de poeta que deja Envigado para viajar a la Bogotá de principios del siglo xx, y con la memoria frágil de Josefina, quien a pesar de sufrir el acecho del olvido logra regresar a sus recuerdos más lejanos para aferrarse a la luz de la melancolía y a la vida.

Para antes del olvido es una novela de amor, pero es también una galería de personajes —poetas malditos, mujeres nacidas para la alegría, madres demoledoras, abogados embebidos en la pereza— que padecen la vida a su manera para develar las formas verdaderas de la memoria y la existencia.

Tomás González es sutil pero punzante cuando traduce lo humano en sus historias, por eso su lectura siempre resulta estremecedora. Y en esta novela, que mereció el Premio Plaza y Janés en 1987, reflexiona sobre la devastadora imposibilidad de materializar lo que se esfuma una vez se ha impuesto el olvido, sobre las ansias de no vivir en vano, de ser más que lo efímero.

Seix Barral Biblioteca Breve

